
Anna Markland
la autora de novelas románticas de Medieval más vendida de USA Today
Corazón Leal
Dinastía Von Wolfenberg
Libro 1

CORAZÓN LEAL

Dinastía Von Wolfenberg

Libro 1

Anna Markland

CONTENIDO

Página del título
Copyright
Dedicatoria
Más sobre Anna Markland
Prólogo
Preparativos de boda
Frustración
Mut
La cacería
La cascada
Una casa donde habita el amor
Inquieta
Canción y baile
Matones
Cortejo
Preguntas insistentes
Emociones encontradas
No puede estar muerto
Nunca digas nunca
Wendelin
Doncella de hielo

Encantamiento tejido
Entrevistas difíciles
Verdad inevitable
Los hermanos
Rumores de guerra
Primer beso
Amigo o enemigo
Lenguas sueltas
Convocado
Llegada tardía
Un juego de espera
La carta
Escucha a los sapos
La casa de verano
Negociaciones
Pavos reales
Hércules y Afrodita
Lecho nupcial
Epílogo

COPYRIGHT

© 2016 Anna Markland

Todos los derechos reservados. Este libro está autorizado únicamente para su disfrute personal. No puede ser revendido ni cedido a otras personas. Si desea compartirlo, por favor adquiera un ejemplar adicional para cada destinatario. Gracias por respetar el arduo trabajo de la autora.

Este libro, o partes del mismo, no podrá reproducirse en ninguna forma, almacenarse en ningún sistema de recuperación ni transmitirse por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin la autorización previa y por escrito de la editorial, salvo en los casos previstos por la legislación de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

DEDICATORIA

Para mi hijo Jackson, mi pequeño dínamo.

MÁS SOBRE ANNA MARKLAND

Anna es autora superventas del *USA Today* y ha publicado más de sesenta novelas románticas históricas ambientadas en las épocas medieval, vikinga, *Highlander*, isabelina y regencia, galardonadas y muy apreciadas por sus lectores. Independientemente del contexto histórico o geográfico, muchas de sus series narran las aventuras de generaciones sucesivas de una misma familia, con especial énfasis en la importancia del linaje y el honor. Puede consultarse una lista detallada en: https://www.annamarkland.com/

Es una autora independiente, por lo que dar a conocer sus libros resulta fundamental para su éxito. Si ha disfrutado de esta obra, considere la posibilidad de escribir una reseña. Las reseñas ayudan a otros lectores a descubrir nuevos libros.

PRÓLOGO

Finca del conde Dieter von Wolfenberg, Sajonia, año 1136 d. C.

—No permitiré que la locura de mi madre manche nuestro linaje —insistió Johann, aunque lamentaba romperle el corazón a su padre —. Intentó asesinarte.

Se abstuvo de mencionar el inquietante detalle de que su madre había estado a punto de despojar de su hombría a su esposo durante uno de sus ataques de furia. Fue una trágica bendición que Frederica von Wolfenberg acabara quitándose la vida y, un milagro aún mayor, que su padre hubiera conocido después a Blythe FitzRam y se hubiera casado con ella.

—Eres mi heredero —replicó su padre con cansancio, clavando la mirada en el hogar frío, ambas manos apoyadas en la repisa de mármol—. Tu madrastra y yo esperamos que cumplas con tu deber. Debes casarte y engendrar hijos.

Johann negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no me prometiste con alguna mujer titulada cuando era niño?

—Quería que eligieras a tu propia esposa. Tu madre y yo fuimos prometidos desde la infancia. No tuve elección y tuve que casarme con ella, aunque albergaba serias dudas sobre su estado mental.

Johann se pellizcó el puente de la nariz, cansado de una discusión que nunca desaparecía. A regañadientes, desplegó su arma definitiva.

—Mi intención es renunciar a mi derecho a tu título, papá. Luther será un conde mejor.

Su padre se apartó del hogar para continuar la discusión, con la desesperación profundamente grabada en el rostro. Guardó silencio cuando un criado entró para encender el fuego.

Johann aprovechó la ocasión para huir y chocó en el pasillo con su hermano despreocupado y jovial. Quería a Luther, pero la diferencia entre sus temperamentos era prueba suficiente. Aunque eran hijos del mismo padre, Lute había heredado el optimismo de su madre, mientras que Johann…

—Vaya, *bruder* —exclamó Lute—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

Atrapado por la emoción, Johann solo pudo negar con la cabeza.

Su perspicaz hermano echó un vistazo rápido por la puerta entreabierta y comprendió la situación de inmediato.

—¿Otra discusión sobre el matrimonio? —dijo en voz baja—. Sé lo que se siente. A mí también, nuestros padres no dejan de presionarme.

Todos los miembros de la familia sabían que la locura había destruido a la madre de Johann, pero él no había compartido con ninguno de sus tres hermanos sus temores de heredar aquella demencia. Conforme cerraba la puerta con suavidad, comprendió que había llegado el momento.

—No tendrás ningún problema en encontrar esposa, Lute. La mejor amiga de nuestra hermana parece muy interesada en ti.

—Te equivocas. A Kristina le interesas más tú que yo —lo miró Lute con curiosidad.

El corazón de Johann se hundió. Llevaba años enamorado de Kristina Halden. Había visto florecer a la amiga de la infancia de Sofía, de una niña pequeña a una joven hermosa. Cuando comenzaron a despertar sus impulsos masculinos, empezó a evitarla. Bastaba una sola mirada a su rostro encantador, su cabello dorado y su generoso busto para que la sangre se le agolpara en la ingle. Cuando ella le hablaba, su voz sensual lo dejaba sin palabras. Era imposible que él le resultara atractivo.

—Como le he dicho a papá, no tengo intención de casarme. Nunca me arriesgaría a transmitirle a Kristina la locura de mi madre. Tú necesitarás una esposa. Voy a renunciar a mi condición de heredero en tu favor.

Con la boca abierta, Lute le agarró el brazo antes de que pudiera escapar.

—Me niego. No es mi derecho de nacimiento. Esa idea es una locura. Tú no estás loco.

—Lo llevo en la sangre —contestó Johann, esbozando una sonrisa torcida ante la ironía involuntaria.

—¿Qué llevas en la sangre? —preguntó su madrastra al aparecer desde el pasillo que conducía a las cocinas.

Se le encogió el estómago. Blythe von Wolfenberg siempre lo había querido como a un hijo propio, y deseaba con todo su corazón que realmente lo fuera. Discutir con ella le dolía, pero…

—Renuncio a mi título en favor de Luther —declaró.

Su madrastra frunció el ceño y apoyó una mano en su brazo.

—Esto tiene que ver con tu madre, ¿verdad?

Apretó la mandíbula, decidido a mantenerse firme, pero permitió que ella lo condujera de nuevo al salón. Lute los siguió.

El padre de ambos se encontraba ahora de espaldas a un fuego vigoroso, con los brazos cruzados sobre el pecho, aparentemente ajeno al siseo y los chasquidos de los troncos de pino. Fulminó a Johann con la mirada.

—Estás siendo poco razonable —gruñó cuando el criado se retiró.

—Ese comentario no ayuda en nada, Dieter. —Su madrastra puso los ojos en blanco.

—Me niego a aceptar el título y todas las responsabilidades que conlleva. Si estás decidido, tendrás que traspasar la herencia a Konrad. —Lute se dejó caer en un sillón.

—Eso no es una opción, y lo sabes. Nuestro hermano pequeño está decidido a ingresar en la Iglesia. Aspira a convertirse en obispo. —Johann cruzó los brazos, con la exasperación oprimiéndole la garganta.

—Eso sí que es una locura, si me preguntas a mí —sonrió Lute con picardía.

—Muchachos —reprendió Blythe—, no olviden que mi hermano fue monje.

Lute resopló, con un brillo divertido en los ojos.

—Odio decirlo, mamá, pero piensa cuánto tiempo aguantó el tío Aidan en el monasterio.

Johann estuvo tentado de reír al ver la expresión perpleja en los rostros de ambos padres, pero después su padre sonrió y fue un alivio comprobar que recuperaba el buen humor.

—Lute tiene razón —admitió—. Aidan pronto descubrió que necesitaba el amor de una buena mujer. —Caminó hasta su esposa y la rodeó por la cintura con un brazo—. Igual que yo.

Blythe se acurrucó junto a su marido. Johann envidió el amor profundo y duradero que compartían, pero su destino era llevar una vida solitaria. Tal vez debería ser él quien ingresara en el sacerdocio. La sola idea le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. Se desplazó hasta el lugar que su padre había ocupado junto al hogar.

—Si pudieras verte ahora —comentó Lute—. Estás igual que papá ahí plantado. Hace un momento eran como gemelos, con los brazos cruzados.

—Es verdad —asintió Blythe—. Eres el vivo retrato de tu padre, Johann. Lo vi desde la primera vez que te miré, aunque solo tenías tres años.

—Pero hay quienes podrían sugerir que yo mismo estaba un poco loco —advirtió su padre—, al raptar a la mujer equivocada y luego enamorarme de ella.

La mención de la insólita forma en que Dieter y Blythe se habían conocido siempre lograba arrancar una sonrisa a todos.

El nudo en el estómago de Johann se aflojó un poco.

—Es cierto que me parezco a ti, papá —concedió.

—Y también hablas y caminas igual —bromeó Lute—. Son como dos gotas de agua.

—Excepto que mi pelo tiene más canas —añadió su padre.

Johann comprendió lo que intentaban hacer.

—Pero el hecho sigue siendo el mismo: mi madre estaba loca, y la locura corre por las familias. Ninguno de ustedes puede negarlo. ¿Cómo voy a imponerle eso a una mujer que espera tener hijos?

—¿Se lo has preguntado? —intervino Lute justo cuando Konrad entraba en el salón.

—¿Preguntado a quién qué? —quiso saber el hermano menor.

Su madrastra le dirigió a Johann una mirada comprensiva. Ella también sabía que el aplicado Kon perseguiría el asunto como un

perro con un hueso. Fue un alivio cuando Lute acudió en su ayuda.

—Johann quiere que tú seas el próximo conde.

El espigado joven de diecinueve años se detuvo en seco, con el ceño profundamente fruncido.

—¿Qué?

—Te está tomando el pelo —lo tranquilizó su madre.

Kon se iluminó de inmediato y le dio un puñetazo en el brazo a Lute antes de escabullirse hacia otro sillón. Miró a su alrededor.

—¿Por qué está todo el mundo tan mustio?

Su padre se aclaró la garganta, clavando los ojos en Johann.

—Estamos teniendo una conversación. Johann teme que Kristina rechace su propuesta de matrimonio.

—No hay ningún peligro de eso —replicó Kon—. La chica está colada por él.

—Te lo dije —afirmó Lute con suficiencia, sacando la lengua.

—No tiene nada que ver con una persona en concreto. —Johann se dejó caer en una silla. Pero una pequeña voz interior se preguntó si quizá sí temía el rechazo de Kristina y si la locura de su madre no era más que una excusa.

***

Kristina Halden y Sofía von Wolfenberg hicieron una elegante reverencia en respuesta a la exageradamente formal inclinación del anciano maestro. En cuanto el venerable caballero salió arrastrando los pies de la sala de música, ambas se dejaron caer en el sofá presas de un ataque de risas.

—No sé cómo consigo mantener la cara seria cuando se le escapan gases —dijo Sofía con voz ronca cuando por fin recuperó el aliento.

Kristina se secó las lágrimas con un pañuelo y luego se pellizcó la nariz.

—No se da cuenta de que lo hace. Pensarías que notaría el olor —añadió con voz nasal.

Aún riéndose, Sofía recogió su lira y la devolvió con cuidado a su estante.

—Pasa cada vez que flexiona las rodillas siguiendo el ritmo de nuestra música. Como si él mismo fuera un instrumento de viento.

La hilaridad volvió a apoderarse de ellas.

—Y luego me riñe cuando mis macillos golpean los alambres equivocados del dulcémele —logró decir Kristina entre risas, con una amplia sonrisa.

Todo resultaba maravillosamente cómodo y familiar. Ella y Sofía llevaban burlándose de un profesor de música tras otro desde que eran niñas, aunque coincidían en que aquel último ruso era, sin duda, el más cómico de todos.

Lo mejor de las clases era que se impartían los viernes por la tarde y a Kristina se le permitía quedarse en la finca de los von Wolfenberg durante todo el fin de semana. Era un respiro muy agradecido. Sus padres discutían constantemente o, por el contrario, se ignoraban de manera deliberada. El padre de Sofía, en cambio, trataba a su esposa con un afecto cálido, y resultaba evidente que seguían enamorados a pesar de llevar más de veinte años casados.

Como hija única, Kristina disfrutaba formando parte de las animadas pero afectuosas disputas entre Sofía y sus hermanos. Ella y su amiga eran como hermanas, y consideraba a los chicos como si fueran sus propios hermanos… excepto a Johann. Sus sentimientos hacia él habían cambiado con el tiempo. El tímido enamoramiento de una niña se había transformado en la torpe infatuación de una joven. En su presencia se quedaba sin palabras y se sentía desmañada. Probablemente él la consideraba una adolescente torpe.

—¿Dónde encuentra tu padre a estos profesores? —preguntó, volviéndose más seria.

Sofía también se serenó, alisándose las faldas.

—No lo sé. Hablando de papá, seguro que él y los demás nos están esperando.

Los von Wolfenberg se reunían en el salón cada tarde antes de la cena. Incluso los perros formaban parte del encuentro. El padre de Sofía era un reconocido criador de *hovawarts*, aunque solo dos vivían como mascotas de la familia. Sofía le había contado la historia de un *hovawart* llamado Vormund que, muchos años atrás, había

salvado la vida de su padre durante la revuelta de Colonia contra el emperador Heinrich.

Kristina esperaba con ilusión toda la semana aquella reunión, deleitándose con el animado intercambio de bromas y comentarios de la familia de su amiga.

Una vez cubierto el dulcémele para protegerlo del polvo, avanzaron del brazo hacia la alcoba de Sofía. Se lavaron las manos y se revisaron mutuamente el peinado en busca de mechones rebeldes. Dejarse caer en el sofá entre ataques de risa solía causar estragos en el arreglo de una joven.

—Hagamos un pacto —propuso tras fruncir el ceño, tomando las manos de Kristina—. Debemos prometernos seguir siendo amigas después de casarnos.

La garganta de Kristina se le cerró. En casa de los Halden, la discusión constante giraba en torno a la elección de un marido adecuado para ella, ahora que había cumplido diecisiete años. Tragó saliva con dificultad.

—¿Tus padres ya han hecho algún arreglo para ti?

—*Nein* —respondió Sofía—. Me están permitiendo opinar sobre con quién me caso.

—Qué suerte tienes —susurró Kristina.

Su amiga se encogió de hombros.

—Todo tiene que ver con la madre de Johann. Mi padre se vio obligado a casarse con ella porque estaban prometidos desde niños. Te dije que estaba loca, ¿verdad?

El corazón de Kristina se llenó de compasión por Johann.

—*Ja*. Debe de ser difícil para él.

—Parece preocuparle cada vez más últimamente, aunque estoy segura de que no tiene recuerdos de ella. —Sofía la observó con atención y le guiñó un ojo—. Necesita una esposa cariñosa que le distraiga de todo eso.

El calor le subió a Kristina por el cuello y temió que su rostro estuviera tan rojo como una remolacha en invierno.

—*Ja*. ¿Estará él en la cena de esta noche? —preguntó, en un intento de sonar despreocupada mientras colocaba en su sitio un mechón rebelde.

—Si te casaras con Johann, seríamos hermanas de verdad. —Sofía le apretó la mano, con un brillo peculiar en los ojos.

Kristina bajó la mirada hacia sus pies, temerosa de que su amiga advirtiera su turbación.

—Ni siquiera le gusto.

—No lo ves, ¿verdad? —señaló Sofía con suavidad.

—¿Ver qué?

Sofía se llevó las manos a la cintura.

—Johann tiene veinticuatro años. Siempre ha sido el más maduro y reflexivo de mis hermanos: seguro de sí mismo, inteligente, elocuente. Muy parecido a papá, de hecho.

—Estoy de acuerdo, así que… —Kristina sostuvo la mirada de su amiga.

—Lo es todo eso, hasta que entras tú en una habitación. Entonces se convierte en un idiota tartamudo.

—¿Crees que le gusto? —Una chispa de esperanza prendió en el corazón de Kristina.

Sofía le dio un empujón.

—No estás escuchando. Johann está enamorado de ti, igual que tú lo estás de él.

Desequilibrada, Kristina abrió la boca para protestar, pero ¿qué sentido tenía? Sofía la conocía demasiado bien.

—¿Es tan evidente?

—Desde hace mucho tiempo —contestó su amiga—. Pero tienes que decirle lo que sientes.

—Nunca sé qué decir. Empiezo a sudar. Poco propio de una dama y, para colmo, me dan ganas de echarme sobre él.

—Mi madre diría que eso es señal de la alquimia entre almas gemelas.

—¿Hablas de esas cosas con tu madre? —Kristina se quedó boquiabierta.

—Claro. Mi segundo nombre es por mi abuela Agneta FitzRam, que se ahogó en el desastre del Barco Blanco hace dieciséis años. Ella hablaba con mucha franqueza de estos temas con sus hijas, y mi madre se ha asegurado de que yo sepa qué esperar cuando me

case. —Su rostro se sonrojó—. Me ha explicado, por ejemplo, maneras de complacer a un hombre… eh… en el lecho.

Kristina sonrió, invadida de pronto por un deseo urgente de aprender a complacer a Johann. Era musculoso, de hombros anchos y alto. Había crecido sin hermanos, pero a menudo había evocado imágenes vagas de Johann sin ropa. Temía no ser nunca lo bastante mujer para el hombre de su imaginación.

—Puede que tenga que acudir a ti en busca de consejo.

—¡Será nuestro secreto! —Sofía le devolvió la sonrisa, llevándose un dedo a los labios.

***

Johann paseaba de un lado a otro por el pasillo frente a la alcoba de su hermana. En varias ocasiones estuvo a punto de marcharse, con el estómago revuelto. Tal vez estuviera condenando a Kristina a una vida de tormento. El sonido de las risas femeninas alivió momentáneamente sus dudas, pero estas regresaron con toda su fuerza cuando la puerta se abrió y dos jóvenes de mejillas enrojecidas se detuvieron en seco, mirándolo boquiabiertas. Su mente se quedó en blanco, salvo por una abrumadora necesidad de apartar el mechón rubio rebelde detrás de la oreja de Kristina.

«Estoy poseído».

—¿Qué haces aquí? —reaccionó, con una sonrisa maliciosa que le dejó claro que sabía perfectamente el motivo de su presencia frente a su habitación. Incluso su hermana pequeña reconocía su infatuación.

El rubor de Kristina se intensificó, así que quizá no importaba que su propio rostro estuviera ardiendo. De hecho, todo su cuerpo parecía en llamas. ¿Qué tenía aquella mujer?

—He venido a acompañar a las damas hasta el salón —dijo con torpeza, irguiendo los hombros.

Sofía lo miró como si fuera un imbécil, algo que él admitió que era bastante acertado.

—No necesito que mi hermano me acompañe al salón en mi propia casa, aunque sí es de buena educación que acompañes a

Kristina. No puedo imaginar por qué has tardado tanto en pensarlo. —Se alejó con un revoloteo de faldas de seda, con la nariz en alto.

Kristina se apoyó en el marco de la puerta, tan nerviosa como él se sentía.

—*Guten abend*, Johann —murmuró con timidez.

—Buenas noches, *fräulein* Kristina —saludó—. ¿Ha sido buena la lección? —Se reprendió a sí mismo en silencio. Las clases de música de ella eran importantes y se sentía orgulloso de su destreza con el dulcémele, pero ¿por qué no podía hablarle de sus sentimientos, de sus temores?

El nudo en su estómago se aflojó cuando ella le dedicó una amplia sonrisa y percibió un leve rastro de su perfume. Inhaló profundamente.

«Lavanda».

—Me encanta la lavanda…

—*Meister* Grigor es como un instrumento de viento…

—Perdón —exclamaron ambos al mismo tiempo.

Animado por su sonrisa, tomó su mano y rozó con un beso sus nudillos.

—No suelo quedarme sin palabras —dijo con voz ronca—. Solo me ocurre contigo.

—A mí me pasa lo mismo contigo. —Ella presionó ligeramente sus dedos cálidos contra los de él, sin retirarlos.

—Es extraño. Al fin y al cabo, nos conocemos desde que éramos niños —añadió el joven, alentado por un atisbo de anhelo en sus ojos azules.

—Pero ya no somos niños —rebatió ella con esa voz sensual que siempre lograba alterarlo—. Y nunca antes me habías besado la mano.

Sentía un deseo casi irresistible de soltar de golpe una petición para besarla en los labios, pero antes de ir más lejos había un asunto que debía abordar: la locura.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar —dijo, con un tono más desesperado de lo que le hubiera gustado.

—No me importa. —El corazón se le desplomó cuando ella lo miró a los ojos.

Se quedó boquiabierto, como un pez fuera del agua.

—No me refería a eso —añadió ella con rapidez—. Sí me importa… tú. —Apartó la mirada, mordisqueándose el labio inferior —. Mucho.

Había soñado muchas veces con estrecharla entre sus brazos y suplicarle que se convirtiera en su esposa, pero…

Maldijo el legado de su madre enloquecida. El temor se deslizó por sus venas. Kristina lo sabía. La felicidad que parecía al alcance de la mano podía escapársele en cualquier momento.

—Lo sabes —dijo con voz ronca.

—*Ja*. Lo sé desde hace años —contestó ella con suavidad—. Y no importa.

—Tus padres… —Se tambaleó, aunque la cautela aún mantenía sus pies clavados en el suelo de madera.

Ella dio un paso hacia él.

—Son arrogantes. La posibilidad de que su hija se convierta en condesa… —Su voz se apagó y volvió a apartar la mirada—. Pero estoy siendo demasiado atrevida.

Estaba demasiado cerca; el tenue aroma de su excitación resultaba excesivo para sus sentidos ya desbordados. ¿Era posible que realmente se preocupara por él?

Apoyó las manos en su cintura y la atrajo hacia sí, hasta que sus pechos rozaron su torso. Tuvo cuidado de mantenerla alejada de su excitación, no fuera a alarmarla. Le costó un enorme esfuerzo resistir la tentación de deslizar los pulgares sobre sus pezones turgentes.

La joven abrió los ojos con sorpresa y, para su enorme deleite y alivio, se alzó de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y amoldó sus pechos a su pecho. Con un gemido suave, casi felino, se entregó: muslos contra muslos, vientre contra vientre, caderas contra caderas. Estaba seguro de que era virgen y, sin embargo, parecía comprender de forma instintiva lo que significaba la carne dura que se apretaba contra ella. Tal vez su intuición de que era una mujer apasionada había sido acertada. Esa idea no hizo nada por contener la necesidad que le ardía en la entrepierna.

—He deseado abrazarte así desde hace muchísimo tiempo —inspiró hondo y masculló ásperamente.

—Bésame —murmuró—. Llevo esperándolo toda la vida.

Él inclinó la cabeza y la besó. La calidez con la que lo recibió lo estremeció. Mordisqueó su labio inferior con suavidad. Aun gimiendo, ella se balanceó hacia atrás contra el marco de la puerta, arrastrándolo consigo. Abrió la boca y rozó su labio con la lengua. Él la succionó, exultante cuando la lengua de ella se unió a la suya. Las rodillas amenazaron con fallarle cuando, a su vez, ella atrapó su lengua en su boca. En un instante de claridad deslumbrante comprendió que aquella mujer era su destino.

—Kristina —dijo con voz ronca cuando la necesidad de respirar los separó—, cásate conmigo.

Ella apoyó la frente en la suya.

—Eres el único hombre al que he amado, Johann. Me casaré contigo.

Pese a su euforia, la duda volvió a alzar su fea cabeza, pero necesitaba asegurarse de que ella comprendía los riesgos.

—Si el Cielo quiere, nuestros hijos serán completos y sanos.

—Los amaremos de todos modos —dijo la joven en voz baja.

Johann le tomó las nalgas y la apretó contra su excitación, feliz de comprobar que aquel gesto resultaba completamente natural. El corazón se le hinchó con la certeza de que los años venideros estarían llenos de cercanía y confianza, dentro y fuera del lecho.

—Eres sabia.

—Y paciente —añadió Kristina.

***

Kristina no sabía qué esperar cuando Johann le apretó la mano con gesto tranquilizador y la condujo hasta la puerta del salón. Había entrado muchas veces en aquella estancia acogedora, pero siempre como la amiga de Sofía. ¿Considerarían los von Wolfenberg que era una esposa adecuada para su hijo mayor?

Johann se inclinó para susurrarle al oído, y su aliento cálido envió oleadas de deseo que le recorrieron los muslos hasta un lugar

muy íntimo.

—Ya te quieren —dijo, mordisqueándole el lóbulo—. Pero no tanto como yo.

Kristina siempre había creído que Johann sería un esposo paciente y cariñoso, pero aquel era un aspecto de él que solo había imaginado. Ahora lo veía con otros ojos: seguro de sí mismo y, al mismo tiempo, desbordado por la certeza de que sería un amante ardiente. Tal vez no necesitaría los consejos de Sofía. Ella y Johann aprenderían juntos a complacerse. Una vez confesados sus sentimientos, el deseo contenido durante tanto tiempo parecía haberse adueñado por completo de su cuerpo. Incluso los pezones le hormigueaban.

Con la esperanza de que la lujuria que sentía no se reflejara en su rostro, entró en el salón. El conde Dieter estaba de espaldas al fuego. Al verlos, su ceño se desvaneció.

—Veo que traes buenas noticias, hijo mío —afirmó a Johann con una amplia sonrisa.

El hombre al que amaba irguió el pecho, llenándola de orgullo.

—Tengo la intención de pedirle al padre de Kristina permiso para casarme con ella —dijo, y miró a su madrastra—. Si nadie en esta familia tiene objeciones.

Sofía dio un chillido, saltó de la silla y se apresuró a abrazar a Kristina.

—Hermana —sollozó.

A Kristina se le cerró la garganta y ya estaba llorando cuando toda la familia von Wolfenberg se reunió a su alrededor en un alegre corro, expresando su felicidad. El padre de Johann la besó en ambas mejillas. Su madrastra la abrazó, igual que Lute. Kon rozó con cortesía sus nudillos con un beso y le sonrió al felicitarla. Sofía se aferró a ella todo el tiempo, dando pequeños saltos al mismo tiempo que las lágrimas le corrían por las mejillas. Lute y Kon golpearon a Johann en broma hasta que su padre los apartó con un gesto y estrechó a su hijo mayor en un abrazo de oso. Por último, Johann se refugió en los brazos abiertos de su madrastra, con los ojos llenos de lágrimas. Incluso los *hovawarts* quisieron participar en la celebración. Armond y Amara olisquearon los pies de Kristina, como

si algo en su nueva condición hubiera cambiado su aroma. La idea le hizo subir el calor a las mejillas.

Una educada carraspera atrajo la atención de todos hacia Manfred.

—La cena está servida —anunció el anciano criado.

El conde Dieter encabezó la comitiva hacia el comedor, pero Johann sujetó la mano de Kristina y la retuvo.

—Debería advertirte —señaló con voz ronca, atrayéndola hasta quedar frente a frente—. Estoy completamente loco.

Ella siguió el juego.

—¿Alguien te ha robado el juicio?

Johann soltó una carcajada.

—Exactamente.

PREPARATIVOS DE BODA

Un mes después

Kristina dio una vuelta sobre sí misma en la alcoba, luciendo el elaborado vestido de novia de satén. La costurera, arrodillada, se recostó hacia atrás para examinar el dobladillo.

Sentada en el borde de la cama, Sofía fingió un mohín.

—El azul de la pureza te favorece. Estoy celosa.

—Tu turno llegará pronto —respondió su mejor amiga con una sonrisa.

Sofía frunció el ceño.

—Llevas enamorada de mi hermano toda la vida. Yo ni siquiera he conocido a nadie que me guste.

Kristina tomó ambas manos de su amiga.

—Es cierto que he amado a Johann durante años, pero hizo falta que tú te entrometieras para que acabáramos juntos.

—Todo el mundo en esta casa sabe desde hace mucho que tú y Johann están hechos el uno para el otro. ¡Estaban demasiado enamorados para darse cuenta! —sonrió Sofía de oreja a oreja.

—Tal vez conozcas a alguien especial en la boda —insinuó Kristina, acicalándose ante el espejo ovalado.

Sofía se encogió de hombros, recordando de pronto unas noticias recientes e inquietantes.

—Ojalá los duques Friedrich y Conrad Staufen no vinieran.

Con los brazos en alto, Kristina permaneció inmóvil mientras la costurera desataba los cierres del vestido.

—Seguro que es cosa de mis padres. No fueron muy discretos con la lista de invitados. Mi padre asegura que los hermanos Staufen se han reconciliado con el emperador.

Sofía se deslizó de la cama para ayudar a la criada y a su aprendiz a levantar el vestido por encima de la cabeza de Kristina.

—Puede que sea así, pero hizo falta una guerra sangrienta para lograrlo. Los Staufen no pueden estar contentos con la derrota.

—Cuatro enemigos acérrimos piensan asistir a tu boda: por un lado, el emperador y nuestro duque Heinrich de Sajonia; por el otro, Friedrich y Conrad Staufen.

—Míralo por el lado positivo. No todas las muchachas tienen el honor de contar con la presencia de tres duques y un emperador del mismísimo Sacro Imperio Romano en su boda —suspiró Kristina con resignación entretanto se ponía un vestido de día sobre la camisa.

Sofía ató la cinta del vestido de su amiga.

—El emperador Lothair está obligado a venir. Puede que no hubiera alcanzado el trono sin el apoyo de mi padre.

Kristina asintió cuando las costureras se marcharon con el pesado vestido.

—Johann está muy orgulloso del papel de tu padre en las victorias de Welfesholz y Andernach, y además tienes un hermano que fue nombrado en honor al emperador.

Como si la mención de su tocayo imperial lo hubiera invocado, Lute asomó la cabeza por la puerta tras llamar suavemente.

—¿Todo despejado? —preguntó con su sonrisa habitual.

Sofía se lanzó hacia él.

—No puedes entrar en mi alcoba, Luther Caedmon von Wolfenberg.

Él atrapó su dedo acusador en el aire.

—He venido porque sabía que querrán oír las buenas noticias. Vi salir a las costureras y supuse que la prueba había terminado.

Con un mohín, Sofía retiró el dedo de su agarre, aunque la curiosidad pudo más que el enfado.

—¿Noticias?

Jugueteando con los puños de su túnica, Lute se pavoneó hasta el interior de la estancia y dio un beso rápido en la mejilla de Kristina.

—¿Estás satisfecha con el vestido, futura hermana?

Kristina rio, aprobando con entusiasmo la prenda.

—Sé que te divierte provocarme, *bruder*, pero ¿cuáles son tus importantes noticias? —Sofía apretó los puños a los costados.

Él se dejó caer entre los cojines del diván, se cubrió un bostezo con el dorso de la mano.

—Los duques Friedrich y Conrad no vendrán después de todo.

Sofía y Kristina se dejaron caer a ambos lados de él en un torbellino de faldas.

—¡Es un alivio! —exclamó Kristina.

—Aún no podemos relajarnos —replicó él con gran seriedad—. Enviarán un emisario para representarlos, así que papá todavía tendrá que andar con pies de plomo.

—Como futuro conde, Johann también estará distraído. —Kristina frunció los labios.

Lute le dio una palmadita en la mano.

—Benditos sean los santos porque yo no tengo que preocuparme por los juegos políticos. ¿Te he dado ya las gracias por casarte con mi medio hermano?

—Mil veces. —Kristina le dio un codazo.

—En serio —insistió—. ¿Te imaginas viéndome como *conde*? ¡Sería conocido en todas partes como el conde «Luther el Ridículo»!

Sofía le dio un golpecito.

—Sé que Johann amenazó con cederte el título por miedo a transmitir la locura de su madre, pero Kristina no tardó en convencerlo de que eso no le preocupaba.

—Exacto —respondió él con un guiño y un encogimiento de hombros—. Johann será *graf*, nuestro santo hermano Kon ingresará en el sacerdocio, tú te casarás. En cuanto a mí…

Sofía sintió una punzada de compasión por su hermano despreocupado.

—Encontrarás tu lugar —dijo, enlazando su brazo con el suyo—. Además, tal y como están las cosas, probablemente yo nunca me case. Envejeceremos juntos, dos viejas gruñonas.

Lute se levantó del diván, le tomó la mano y la ayudó a ponerse en pie.

—Tonterías. Ya verás. En la boda tendrás a muchos hombres adecuados rondándote. Eres la única hija de un conde influyente.

—Eso mismo le he dicho yo —intervino Kristina.

Sofía se mordisqueó el labio inferior. Jóvenes a los que nunca había conocido iban de camino a Wolfenberg para la boda, pero la idea de una bandada de pretendientes la ponía nerviosa. Aunque, si uno de ellos lograba hacerla perder la cabeza… En ese momento, se echó a reír. Esas cosas solo ocurrían en la poesía de los trovadores francos.

FRUSTRACIÓN

Finca del conde Gunther Rödermark,
Ducado de Franconia, Alemania

Con una mano apoyada en la repisa del hogar, ennegrecida por el humo, Brandt Rödermark contemplaba el pergamino con incredulidad.

—¿Una boda?

—*Ja* —contestó su padre, sacando pecho—. Dentro de una semana a partir de hoy. Es un gran honor representar al rey Conrad y a su ilustre hermano.

—Conrad no es rey, solo nuestro duque —replicó Brandt.

El escaso buen humor de Gunther Rödermark se desvaneció. Golpeó con un puño carnoso la palma de la otra mano.

—*¡Nein!* Nuestro duque de Franconia es el legítimo rey de Alemania.

—Conrad y Friedrich Staufen perdieron la guerra contra el emperador. Se han reconciliado con él —insistió Brandt, consciente de que era inútil discutir cuando su padre se negaba obstinadamente a reconocer la realidad.

—Bah —gruñó su progenitor mientras se incorporaba con esfuerzo ayudándose de un bastón—. Ya lo verás. —Cojeando, salió del salón.

Brandt hizo una mueca cuando la puerta se cerró de golpe. Él y su padre rara vez coincidían en nada, pero, por respeto a la memoria de su madre, solía volver a asumir el papel de hijo obediente. Por alguna razón que nunca había llegado a comprender, Delfina Rödermark había amado a su marido.

Negando con la cabeza, volvió a mirar la misiva ducal arrugada que apretaba entre los dedos, tentado de arrojarla a las llamas voraces del fuego que ardía en la chimenea. A pesar del sofocante

calor del verano, su padre insistía en mantener encendido el hogar y se quejaba constantemente de tener frío. Había oído hablar del *graf* Dieter von Wolfenberg, leal vasallo de Heinrich, duque de Sajonia. Era celebrado como el héroe de Andernach y Welfesholz, dos victorias decisivas que habían afianzado la pretensión de Lothair al trono del Sacro Imperio Romano. Al parecer, el hijo del conde iba a casarse, y los hermanos Staufen preferían que Brandt acudiera en su lugar.

En los buenos tiempos y en los malos, su padre había sido un aliado incondicional de los Staufen en su empeño por alcanzar el trono del Sacro Imperio Romano. Brandt había arriesgado la vida en diversos enfrentamientos durante la guerra. Como recompensa, lo enviaban a la guarida del Lobo de Sajonia. Sin duda, Lothair de Süpplingenburg, emperador del Sacro Imperio Romano y auténtico rey de Alemania, estaría presente, al igual que el duque Heinrich.

No tenía más remedio que ir. En cambio, debía meditar con cuidado cuántas tropas incluiría la escolta de los Rödermark. Demasiadas se interpretarían como un gesto beligerante; muy pocas, y Brandt quizá no volvería a ver Franconia. El hijo de un conde poco relevante distaba mucho de ser un sustituto adecuado de dos duques; sospechaba que la ofensa a los sajones era deliberada.

Wolfenberg suponía un viaje arriesgado de cuatro días hacia el norte, a través de tierras inciertas. Al parecer, su padre había olvidado la ceremonia de esponsales fijada para dentro de tres días, que lo uniría para siempre a Dorothea Rittenhuis. Evocó la imagen de la furia de aquella joven fogosa cuando llegara de Fráncfort y se enterara del aplazamiento. Al menos le producía cierta satisfacción saber que sería el conde Rödermark quien tendría que lidiar con los airados padres de Dorothea.

MUT

Cuatro días después, Brandt hizo una señal a sus hombres para que se detuvieran en lo alto de una elevación. Los había exigido al máximo, pero no hubo quejas ni incidentes. Una vez más dio gracias a los santos por contar con un caballo con corazón de león. Tras felicitar al resoplante Löwe con una sonora palmada en el cuello, recorrió con la mirada el amplio valle que se extendía ante él. Una imponente mansión de entramado de madera ocupaba una posición elevada sobre una alta ribera del Elba. Decenas de elaborados pabellones levantados en los campos circundantes daban fe del gran número de invitados a la boda y de su elevado rango social. Gallardetes de vivos colores ondeaban en la cálida brisa; hombres y mujeres iban y venían como hormigas, seguramente criados que transportaban comida y provisiones desde la casa solariega.

Su contingente no encontraría un lugar donde acampar cerca de la mansión, pero no le importaba estar más próximo al río. Era poco probable que las orillas estuvieran embarradas con el calor de comienzos del verano, y un baño refrescante en el Elba reanimaría su cuerpo fatigado por el viaje y su espíritu inquieto. Levantar el campamento a una distancia prudente de los demás era una buena idea, dado que no tenía forma de saber con certeza quién era amigo y quién enemigo. En apariencia, los aspirantes al trono del Sacro Imperio Romano se habían reconciliado, pero las corrientes subterráneas de intriga que aún persistían podían arrastrar con rapidez a los desprevenidos. Su ayudante se acercó a caballo y examinó el panorama. Como era de esperar, Vidar gruñó al señalar un lugar adecuado, y Brandt instó a Löwe a iniciar el descenso gradual.

Se aproximaban al río cuando un grupo de unos treinta jinetes salió al galope de una zona densamente arbolada en el extremo

opuesto del valle. El primer impulso de Brandt fue retirarse, pero pronto resultó evidente que no se trataba de una partida de guerra. Risas masculinas, el sonido estridente de los cuernos de caza y los ladridos de los perros resonaron por la pradera. Un hombre alto, de cabello canoso, encabezaba a los jinetes. Por su porte, Brandt supuso que se trataba del conde von Wolfenberg.

Justo detrás de él, escoltados por guardias, cabalgaban dos nobles, probablemente el emperador y el duque Heinrich. Se dirigieron hacia los pabellones más grandes, pero el conde tiró de las riendas para detenerse y volvió la vista hacia los árboles. De entre ellos surgieron cuatro o cinco rezagados, dos de los cuales eran mujeres que montaban de lado.

Brandt tenía buen ojo para los caballos. Los Wolfenberg y sus invitados cabalgaban palafrenes que avanzaban con el paso suave y pausado característico de la raza; pero uno destacaba por encima de los demás: un magnífico tordo rodado, solo superado en belleza por la mujer que lo montaba. Pocas mujeres de las que Brandt conocía podían manejar un caballo con tanta seguridad y gracia.

Sin perder de vista al animal, Brandt condujo a sus hombres hasta el lugar que Vidar había elegido. Desmontó y entregó las riendas a su escudero, confiado en que Drogo cuidaría bien de Löwe. Los hombres de Vidar comenzaron a descargar los asnos. Brandt tuvo que apartar a regañadientes su atención del espléndido caballo y de su amazona para discutir con su ayudante la disposición de las tres tiendas más pequeñas y del pabellón del duque Conrad. Habría estado satisfecho compartiendo tienda con los hombres, como había hecho durante todo el viaje, pero era el emisario de dos duques y estaba obligado a utilizar el pabellón que le habían asignado. Confiaba en que Vidar no tardaría en comprender cómo levantar el refugio mayor que habían recogido por el camino.

Cuando los hombres tuvieron la tarea bien encaminada, volvió a buscar a los jinetes con la mirada. La mujer había desmontado y conducía su palafrén hacia las caballerizas, acariciándole el cuello al mismo tiempo que le hablaba en voz baja. Brandt respetaba a quienes establecían un vínculo con sus caballos. En cuanto por fin llegó junto al grupo principal, intercambió unas palabras con el

conde. Por la familiaridad entre ambos, Brandt pensó que quizá fuera su hija. Apartó la vista de ella cuando un hombre más joven, de edad similar a la suya, se acercó a caballo a la segunda mujer, se irguió en los estribos, se inclinó y la besó. Era un beso de amantes, y parecía no importarles que los demás los observaran. Aquellos dos debían de ser la pareja prometida. Reprimió una punzada de celos. Por derecho, debería estar en casa firmando sus propios documentos de compromiso. De manera extraña, su irritación tenía más que ver con la ternura del beso que la pareja se había dado. A él nunca lo habían besado con un ardor semejante.

Otro joven desmontó y caminó junto a la hija del conde, ambos llevando de las riendas a sus caballos en dirección a las caballerizas principales. Brandt sabía que el conde tenía tres hijos, y el muchacho y la joven charlaban con la naturalidad propia de unos hermanos. Una idea molesta se abrió paso en sus pensamientos. Cualquiera que lo viera a él y a Dorothea juntos en circunstancias similares podría pensar que eran hermano y hermana. No recordaba haber tocado jamás a la mujer con la que debía casarse, salvo un breve beso en los nudillos. Probablemente montaría en cólera si él intentara besarla en los labios. Soltó una breve risa al caer en la cuenta de que ella nunca dejaba de hablar el tiempo suficiente como para permitirle besarla.

Se sintió frustrado cuando varios pabellones le ocultaron la vista del avance de la joven y luego contuvo el aliento al volver a verla. Se había quitado el tocado. Cascadas de cabello rubio le caían por la espalda casi hasta las nalgas. Un manto dorado. En un instante de locura, se sintió tentado de cruzar la pradera a toda prisa y elogiar sus dotes como amazona solo para poder acercarse a aquella melena increíble, quizá deslizar los dedos en ella… Pero cerró la boca y regresó bruscamente a la realidad. Era un forastero. Un enemigo. Mejor no llamar la atención.

—Levanta el pabellón cuanto antes —ordenó a Vidar con más aspereza de la que pretendía—. Y asegúrate de que mi escudero prepare mi uniforme. Debo presentar mis respetos a nuestro anfitrión.

***

Al llegar a las caballerizas, Sofía alisó con la mano el hombro de Mut.

—No está como siempre —dijo a su padre—. Parecía flaquear hacia el final del trayecto.

Con la lengua fuera, los *hovawarts* de la familia observaban a su amo mientras este entregaba las riendas de su caballo al mozo de cuadra y le daba una palmada en la grupa a Mut.

—A mí me parece bien, pero tú lo conoces mejor. ¿Está descompuesto?

Antes de que ella pudiera responder, los interrumpió Kon. Tras acompañarla durante el largo paseo desde el bosque, se había apartado para atender a su propia montura una vez llegaron a las caballerizas.

—Papá —anunció su hermano menor—, ha llegado otro invitado y solicita ser presentado.

A Sofía le habría gustado que prestaran toda su atención a su caballo, pero el decoro exigía saludar al recién llegado. Se volvió con impaciencia, esperando encontrarse con otro conde o barón obeso. En su lugar, vio a su padre estrechando la mano de un joven que distaba mucho de ser corpulento. Aquel gigante era más alto que cualquiera de sus hermanos, incluso Johann, aunque probablemente tenía la misma edad que su medio hermano. Un cabello lustroso, negro como la tinta —en contraste con el suyo, rubio— enmarcaba su rostro antes de caer sobre unos hombros anchos. Era demasiado imponente para ser real, el tipo de caballero del que cantaban los trovadores. Incluso Armond y Amara, que solían ladrar a todo desconocido, se sentaron dócilmente y lo miraron fijamente.

Sus ojos saltaron de la barba oscura de su mentón a la profundidad intrigante de sus ojos almendrados y brillantes, y de ahí a la nariz ligeramente aguileña, que no hacía sino aumentar su atractivo. Recorrió con la mirada el cuello marcado, la cintura esbelta y las piernas largas, larguísimas. Fue un gesto descarado que jamás antes se había permitido. El corazón le dio un vuelco extraño. Sin embargo, algo no encajaba. Su padre parecía saludar al nuevo

invitado con menos calidez de la habitual. La nariz de Kon se movió, señal inequívoca de su incomodidad. Inspiró hondo para calmar el corazón desbocado cuando el desconocido posó en ella unos ojos azul hielo.

—Ya conoces a mi hijo, Konrad. Permíteme presentarte ahora a mi hija, Sofía Agneta —presentó su padre—. Sofía, te presento a Brandt, primogénito del conde Gunther Rödermark.

La joven hizo una leve inclinación, rezando para no perder el equilibrio. Menos mal no se requería una profunda reverencia. Era hijo de un conde, su igual. Buscó en su memoria. ¿Dónde, por el amor del cielo, quedaba Rödermark?

—El señor Rödermark es el emisario del duque Conrad —explicó su hermano, con voz tensa.

El corazón se le cayó a los pies. Era franconio, representante de Franconia. Balbuceó alguna respuesta, de pronto consciente de lo desarreglada que debía de estar tras la larga cabalgata.

—El emperador y el Duque se han retirado a sus pabellones —explicó von Wolfenberg—. Te presentaré más tarde.

El gigante hizo una reverencia cortés y luego se acercó a Mut para acariciarle el hocico.

—Vuestro palafrén no parece estar en su mejor momento —opinó en voz suave.

Molesta consigo misma por haber estado a punto de olvidarse de su querido caballo, se preguntó si él habría estado escuchando a escondidas.

—*Ja* —respondió, asombrada por el efecto que su contacto tenía en el animal. ¿O sería el timbre grave y ronco de su voz?—. Has calmado a Mut —susurró.

Él sonrió.

—Bien puesto el nombre. Es valiente. Un ejemplar magnífico.

Sofía temió que la alquimia de aquella sonrisa le hubiera provocado una especie de niebla mental. Al parecer víctimas del mismo encanto, Armond y Amara se dejaron caer a los pies del recién llegado. Las palabras se le negaban y, si no cerraba la boca pronto, la baba…

—Tengo buena mano con los caballos —afirmó él, entretanto examinaba los dientes de Mut.

«Y con los perros también», pensó ella.

Cuando pasó ligeramente la mano por una de las patas delanteras y luego por la otra, el animal ni se inmutó. Si él apoyara esos dedos largos y elegantes sobre sus hombros, estaba segura de que la preocupación persistente por su caballo desaparecería.

Un calor le subió por la columna hasta el rostro. Aquello tenía que parar. Brandt Rödermark había venido a espiar para los Staufen.

—Mut necesita descanso —comentó él con voz práctica.

«Al final no era ningún hacedor de milagros».

***

Brandt murmuró una petición para retirarse, hizo una reverencia y se marchó. Sofía von Wolfenberg podía ser una amazona de primera categoría, pero no había hecho ningún esfuerzo por ocultar su desdén ante su afirmación de ser un experto en caballos. Su ceño fruncido la había delatado en el momento en que comprendió que él era el emisario de los Staufen. Ella lo había recorrido con la mirada como si fuera…

A medio camino de regreso al campamento, Brandt se detuvo en mitad del prado y aflojó la mandíbula, tentado de reír.

«Lujuria».

Eso era lo que había visto en aquellos ojos verdes. Miró de nuevo hacia las caballerizas. Quizá la joven fuera una descarada. Negó con la cabeza. Sofía tenía una inocencia inconfundible. Era como si aquel encuentro la hubiera descolocado.

Reanudó la marcha. Nunca le habían faltado mujeres deseosas de él. Cierto que había coqueteado con unas cuantas, hasta que su padre autoritario le recordó con severidad su compromiso con Dorothea. Desde entonces, se había endurecido para ignorar a las mujeres coquetas. Sofía era imposible de ignorar. Aquella melena increíble, la boca perfecta, la voz sensual, los pechos atractivos que parecían del tamaño justo para…

Maldijo cuando su cuerpo reaccionó de manera previsible, aunque era la primera vez que una mujer lograba quebrar su determinación de honrar el compromiso de sus padres con la familia de Dorothea. Aceleró el paso. El conde no parecía tener prisa por presentarlo al emperador. Vidar probablemente ya habría levantado el campamento y puesto en marcha los preparativos de la cena. Las sombras se alargaban. Había programada una cacería a primera hora de la mañana y necesitaba dormir. Sacaría a Sofía de su mente, aunque intuía que ella tenía razón y que a su caballo le pasaba algo.

LA CACERÍA

A la mañana siguiente, Sofía se sintió irritada al comprobar que Rödermark no había aparecido para desayunar en el pabellón de comidas levantado en los terrenos de la finca para los invitados distinguidos. Había dado vueltas en la cama toda la noche, incapaz de sacarlo de sus pensamientos por alguna razón que no lograba comprender.

Se arrepentía de su descortesía del día anterior. Había desdeñado sus intentos de ayudar con Mut y, por el contrario, no cabía duda de que había logrado calmar al caballo. La preocupación por su palafrén seguía atenazándola. Quizá debería escoger otra montura para la cacería… o no participar en absoluto.

El emperador, el duque y su padre ya estaban especulando sobre el resultado de la jornada de caza. Sus alardes ruidosos y los ladridos entusiastas de los perros devolvieron su atención al pabellón. Lute y Kon, con la boca llena, no perdían palabra de cuanto decía el emperador. Johann y Kristina cuchicheaban en un rincón, perdidos el uno en la mirada del otro. Su madre supervisaba a los criados que retiraban los restos del festín matinal.

Sofía miró hacia el campo, donde el sol empezaba a disipar el rocío de la mañana, pero no se veía rastro del atractivo franconio cerca del pabellón de los Staufen. Inquieta, se encaminó a las caballerizas. Los mozos ya habían preparado los caballos para la cacería. Se sintió aliviada al ver que Mut parecía encontrarse de mejor ánimo. Tomó las riendas y apoyó la frente en su hocico.

—¿Te apetece ir de caza hoy? —susurró.

Mut resopló.

—Parece haber mejorado —dijo una voz grave, haciendo que su corazón se desbocara dentro del pecho.

No necesitaba volverse para saber quién era y, en cualquier caso, no podía permitir que el espía de los Staufen notara que la había sobresaltado. Bastaría con verle el rostro enrojecido para saberlo.

—*Ja* —respondió, jugueteando con la crin del caballo. Intentó acompasar la respiración cuando Rödermark se arrodilló y apoyó la mano en la pata delantera de Mut. Lo miró con desconcierto, fija en aquellos hombros anchos cubiertos de fina lana, asaltada por un impulso insensato de pasar los dedos por su melena negra.

—Puede que esté cojeando de una pata —comentó él al incorporarse, sacudiéndose el polvo de los calzones.

A Sofía se le erizó el orgullo. Aquel forastero se permitía pensar que conocía a su caballo mejor que ella.

—Estará bien —replicó, sin saber por qué se sentía obligada a mostrarse brusca—. ¿Qué tenía aquel hombre que la ponía tan incómoda?

Él la miró a los ojos y se encogió de hombros.

—Tú sabrás.

Con un mohín propio de una niña reprendida, ella condujo a Mut fuera del establo. Rödermark la siguió hasta donde un mozo sostenía las riendas de su caballo. El corazón volvió a latirle de forma irregular cuando él entrelazó los dedos y se ofreció a ayudarla a montar. En ese momento apareció su padre, con los perros pisándole los talones. Parecía inusualmente apurado. Seguidamente, estrechó la mano de Rödermark.

—Perdóname, pero el plan era emparejarte con mi hijo mayor, dado que el terreno os es desconocido. En cambio, ya sabes cómo es el amor joven: ha suplicado excusarse para cabalgar con su prometida.

Brandt sonrió, provocándole a ella un extraño aleteo en el vientre.

—Lo comprendo —contestó. Luego fijó en ella su mirada azul y supo que no había escapatoria.

—¿Quizá vuestra hija estaría dispuesta a mostrarme el terreno?

¿Pasar el día cabalgando con un apuesto hombre del mundo que despertaba pensamientos y sensaciones inquietantes? ¿Un noble que

probablemente tenía a un centenar de mujeres a su disposición?

«Imposible».

—Sería un honor —dijo antes de que su padre, con el ceño fruncido, pudiera cortar la idea de raíz.

—Así podré vigilar a su caballo —añadió Rödermark, volviendo a doblar la rodilla, con los dedos entrelazados.

Apretando los dientes, Sofía forzó una sonrisa, apoyó el pie calzado en sus manos y permitió que la ayudara a montar, satisfecha ante la idea de que llevaba estiércol seco de caballo en las suelas de las botas.

***

Poco después del amanecer, un mensajero informó a Brandt y a sus hombres de que se había instalado un pabellón de comida junto al río para que soldados y sirvientes desayunaran, y otro, más cercano a la casa, destinado a los dignatarios. Él y Vidar consideraron más seguro que sus hombres se mantuvieran al margen. Habían comido en su propio campamento con las abundantes provisiones que habían traído. Cuando Brandt condujo a Löwe hasta las caballerizas, los aromas deliciosos que llegaban del pabellón cercano a la casa le hicieron lamentar no haber sido menos reticente a unirse a los dignatarios. Al fin y al cabo, era hijo de un conde y emisario de dos duques. Su principal preocupación era el palafrén de Sofía. Algo no iba bien, aunque no estaba seguro de qué. Ella también lo había percibido. Reconoció, además, que esperaba con cierta expectación volver a ver a la joven sajona. La reacción de su cuerpo al entrar en el establo y verla apoyada contra el caballo se burló de su insistencia en que lo que de verdad le interesaba era el animal. No pretendía sobresaltarla soltando algún comentario trivial, pero, a juzgar por su rubor y la rigidez de sus hombros, lo había hecho.

Se inclinó para examinar la pata de Mut, percibiendo su irritación mientras lo observaba. Tal vez su impresión de que era una joven noble malcriada fuera acertada. Y, sin embargo, había algo en ella que lo atraía. Algo que lo llevó a sugerir, contra su propio juicio, que

cabalgaran juntos en la cacería. Cazar con enemigos era una empresa potencialmente peligrosa. Pocos habían olvidado el accidente que costó la vida nada menos que a Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, aunque el suceso hubiera tenido lugar más de treinta años atrás. La cabalgata del día se le antojaba como los rápidos del Rin. Le divertía que Sofía fingiera indignación y, aun así, aceptara sin dudar. Habría preferido colocar las manos en su cintura y alzarla hasta la silla, pero dudaba que el conde lo aprobara. La ayudó a montar, se sacudió las manos y montó a Löwe.

Ella tomó la delantera, galopando por el campo hacia el bosque, con la espalda rígida y la cabeza erguida. A lo lejos, el emperador, el duque y los demás invitados se dirigían apenas a las caballerizas. Debería haberse quedado para presentar sus respetos, aunque el emperador parecía decidido a ignorarlo. La intrigante belleza de cabellos dorados se acercaba ya a los árboles. Emitió un sonido que solo Löwe comprendió y el fiel caballo lo lanzó en persecución de una mujer a la que, en realidad, debería evitar. Sofía redujo el paso de Mut cuando él la alcanzó, y cabalgaron uno junto al otro en silencio entre robles de hojas oscuras, majestuosos castaños y hayas cobrizas que brillaban a la luz. Los pájaros trinaban en el aire quieto. Los árboles ofrecían una sombra agradecida frente a los rayos oblicuos del sol de verano, que se filtraban a través del dosel allí donde podían. Los hombros de Sofía se relajaron.

—Te encanta este bosque —opinó él.

Ella lo miró con cautela, pero decidió que no se estaba burlando.

—Así es —devolvió una sonrisa—. Llevo cabalgando por aquí desde que era niña.

Él pensó en los densos pinares de Rödermark, adonde solía ir para calmar su espíritu atormentado.

—Es un lugar mágico.

El hechizo se rompió cuando una docena de jinetes pasó al galope, entre ellos el conde Dieter, el emperador y el duque. Evidentemente, él no era lo bastante importante como para que se detuvieran.

—¡Vamos! —gritó un joven desde la retaguardia del grupo.

—Mi hermano, Luther —explicó la joven al mismo tiempo que detenían los caballos y observaban cómo los demás desaparecían entre los árboles—. Le llamamos Lute.

—Supongo que deberíamos seguirlos.

Ella arrugó la nariz.

—No me gusta demasiado la caza.

—A mí tampoco —soltó una carcajada.

—Hay un sendero que lleva a una cascada que a veces visito. ¿Te gustaría verla?

Brandt debería haber insistido en permanecer con el grupo principal. Pero el corazón pudo más.

—Me encantaría.

LA CASCADA

—Tengo la sospecha de que podríamos encontrar a Johann y a Kristina en la cascada —dijo Sofía.

Brandt no necesitaba decirle que ella había sugerido aquel lugar porque estaba convencida de que su hermano y su futura esposa estarían allí. No supo cómo interpretar la mirada curiosa que su acompañante le lanzó, así que siguió adelante.

—Mis hermanos me llevaban allí a nadar cuando decidieron que ya no era su molesta hermanita pequeña. Es nuestro lugar favorito.

Cuando llegaron al arroyo, Sofía saludó con la mano a su hermano y a su prometida, que en efecto estaban sentados sobre una roca en la orilla opuesta, lanzando piedras a las caídas de agua. Ellos devolvieron el saludo, aunque no parecían demasiado complacidos con la intromisión.

Brandt soltó una risita.

—Cuando dijiste *cascada*, me imaginé un torrente rugiente.

Ella volvió a mirar el arroyo brillante que se deslizaba por una sucesión de tres saltos, ninguno más alto que ella.

—En verano no lleva tanta agua. Solíamos trepar por ellos en carreras para ver quién llegaba antes arriba. Cuando era niña, me parecían más altos. —Convencida de que lo estaba aburriendo, aun así, siguió parloteando—. Nunca gané, claro.

Él desmontó con rapidez y se colocó a su lado, con los brazos alzados.

—Ya no eres una niña —señaló, sin apartar la mirada de la suya.

Incapaz de articular una respuesta coherente ante el brillo desconcertante de sus ojos, la joven se aferró a sus anchos hombros cuando él le rodeó la cintura y la desmontó de Mut. Era la primera vez que un hombre ponía las manos sobre ella. Durante un breve instante quedó suspendida en el aire, sostenida con firmeza por su

fuerte agarre, volando como un pájaro. Brandt la depositó sobre el suelo rocoso, pero no la soltó. El calor de su cuerpo se filtró en el de ella. Sofía bajó la mirada hacia su pecho y luego se atrevió a alzarla hasta su rostro.

—No consigo soltarte, Sofía —murmuró con voz ronca, sin apartar los ojos de su cara.

Apoyándose en la solidez de sus hombros, se puso de puntillas y se dejó atraer hacia aquel desconocido. Sus pechos se aplastaron contra sus costillas. Él inclinó la cabeza. El corazón de ella se desbocó. Dejó de respirar. Iba a alzarla, a besarla…

Una piedra cayó produciendo un fuerte ruido de chapoteo en el agua a sus pies. Él la apartó con rapidez del chapoteo resultante. Sofía miró hacia Johann, consternada por el ceño fruncido que ensombrecía su apuesto rostro.

Brandt se apartó.

—Lo siento —dijo, retirando las manos de su cintura—. He ofendido tu honor.

Ella dio un paso atrás, tentada de saltar a la poza profunda al pie de la cascada. Tal vez el agua fría podría apagar el fuego que ardía en su interior. No era de extrañar que su hermano frunciera el ceño. Se había comportado como una campesina.

Aunque Kristina parecía ligeramente divertida.

***

Brandt apretó la mandíbula, irritado consigo mismo por haber actuado como un muchacho campesino e inexperto, embriagado por el primer arrebol del amor.

No amor… lujuria.

La lujuria era lo que lo atraía hacia Sofía. Simple y llanamente. Pero la lujuria podía arrastrarlo al borde del desastre, igual que las sirenas atraían a los marineros hacia su perdición. Miró a Johann y se tranquilizó al ver que había vuelto a centrar su atención en su prometida. Tendió la mano y condujo a Sofía hasta una roca plana junto a la orilla. Ella, aún intensamente sonrojada, apartó la mirada al sentarse.

Durante largos minutos contemplaron el arroyo murmurante. Él evitó mirar aquella melena gloriosa; de lo contrario, su excitación no se disiparía jamás. Ninguna mujer lo había inflamado como Sofía. Había perdido el control de su cuerpo, y siempre se había enorgullecido de su autodominio. Era lo que sostenía a un hombre a través de…

—Cierra los ojos y escucha el agua.

Brandt inspiró hondo y obedeció. Tenía razón. La tensión se desvaneció pronto de su cuerpo. Había estado ciego a la belleza de los árboles, sordo a los sonidos purificadores del agua al precipitarse sobre las rocas.

Aunque no podía verla, se volvió aún más consciente de su presencia. Su hermano estaba sentado cerca, pero en su mente solo existían él y Sofía en un claro mágico.

—Nunca he conocido a nadie como tú —confesó con voz ronca.

Al no obtener respuesta, abrió los ojos. Ella lo estaba mirando. Otras mujeres habían deseado antes estar con él, pero temió ahogarse en el anhelo que vio en los ojos verdes de Sofía. Un deseo por lo que nunca podría tener se le hizo un nudo en la garganta. Debería hablarle de Dorothea. Pero ese era el menor de los obstáculos que se interponían entre ellos, así que guardó silencio.

Sofía volvió la mirada al agua. Él la imaginó de niña, nadando en la poza profunda al pie de la cascada, riendo y disfrutando de las bromas de sus hermanos.

Su infancia sombría era algo que prefería olvidar. Apretó los dientes, decidido a parpadear para ahuyentar una visión de nadar desnudo con Sofía, riendo, acariciando, succionando, tocando y siendo tocado.

—Deberíamos regresar.

Ella negó con la cabeza.

—Todavía no. Siéntate conmigo.

***

Fue una imprudencia pedirle a Brandt que se sentara a su lado. Aquella roca plana era un lugar en el que Sofía se había sentado

muchas veces, pero apenas tenía espacio para dos. Su muslo rozaba el de ella y, de pronto, estaba sentada junto al horno ardiente de Nabucodonosor.

Su vestido de montar se sentía como una armadura. Estuvo a punto de sugerir que se quitaran la ropa y fueran a nadar. ¡Johann tendría algo que decir al respecto!

—Me encanta este lugar —susurró Sofía, intentando apartar la mente de su cercanía.

—Puedo entender por qué.

—Nunca he venido aquí con nadie que no fuera de la familia. Bueno, excepto Kristina, claro, pero es mi mejor amiga desde siempre —confesó ante la voz melancólica del joven.

—Me siento honrado.

Quiso decirle que se alegraba de haberlo traído, que compartir aquel lugar especial con él era importante, aunque no sabía muy bien por qué. Se mordió la lengua. Pensaría que se estaba adelantando.

—Tienes suerte de tener hermanos.

La soledad en su tono le tocó el corazón.

—¿No tienes hermanos? —preguntó Sofía.

Él negó con la cabeza, mirando el agua.

—Ni hermanas.

Impulsada por el deseo de disipar su melancolía, apoyó una mano sobre su rodilla. Él la cubrió con la suya. Ella la miró fijamente, tentada de recorrer con la yema de un dedo el vello oscuro que cubría el dorso de sus largos dedos.

—Tu mano empequeñece la mía —murmuró.

—No deberíamos tocarnos, Sofía —advirtió, presionando su mano contra su rodilla—. A tu padre no le parecería bien, y tu hermano vuelve a fruncir el ceño.

Un pinchazo irrazonable de celos enturbió sus pensamientos.

—Johann no tiene motivo para fruncir el ceño. Va a casarse con su alma gemela.

Se arrepintió al instante de haberlo dicho, pero Brandt no retiró la mano.

—Es un hombre afortunado.

***

Quizá solo habían sido unos minutos los que Brandt y Sofía permanecieron sentados uno junto al otro, aunque para él parecieron horas; toda una vida, en realidad. Estar con ella aliviaba de algún modo el tormento de aquel niño solitario que había intentado, sin éxito, ganarse el amor y el respeto de un padre severo, hasta que finalmente había renunciado a ello. Reconocía que se había vuelto cínico, que se había endurecido para no sentir nada. Los sentimientos solo conducían al dolor. Mientras contemplaba la cascada de Sofía, le resultó inquietante darse cuenta de que se estaba pareciendo cada vez más a su padre.

Aquella joven sajona había insuflado vida a su deseo de amar y ser amado, de jugar, de bromear y de disfrutar de la vida. Cerró los ojos y alzó el rostro hacia el sol.

—¿Crees en las almas gemelas?

—Mis padres son almas gemelas —ladeó la cabeza, imitándolo.

—Tengo ganas de conocer a tu madre.

—Te agradará. A todo el mundo le agrada.

Él se imaginó una versión más madura de la criatura cautivadora que tenía a su lado. No era de extrañar que el conde pareciera un hombre feliz.

—Y Johann y Kristina también lo son.

Brandt miró al otro lado del arroyo. Los amantes se disponían a marcharse.

—Creo que tienes razón.

—Sin embargo, durante mucho tiempo mis padres se negaron a reconocer que se amaban —dijo en voz baja—. Y hizo falta que la familia se entrometiera para que Johann y Kristina admitieran lo que sentían.

Él se puso en pie y le tendió la mano.

—¿Por qué crees que ocurre eso?

Ella dejó que la ayudara a levantarse de la roca.

—La gente protege su corazón, porque tiene miedo de sufrir.

—Eres más sabia de lo que corresponde a tu edad, Sofía —susurró, apretándole la mano, deseando poder estrecharla entre sus

brazos.

Un cuerno de caza resonó a lo lejos. Luego volvió a sonar.

—La señal para regresar a la casa solariega —explicó Sofía.

De la mano, regresaron hasta los caballos.

—No quiero marcharme de este lugar —confesó—. Gracias por traerme aquí.

La ayudó a montar y condujo ambos caballos lejos del arroyo. Cuando alcanzaron el sendero, ella desmontó de su palafrén.

—Algo va definitivamente mal. Creo que tenías razón: una pata le está dando problemas.

Brandt pasó la mano con suavidad por la pata delantera izquierda de Mut.

—Está inflamada. Este ha sido el problema. Tendremos que compartir a Löwe.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Sofía.

—Debería haberte escuchado. He agravado su dolor.

Brandt estuvo de acuerdo en silencio, aunque le preocupaba más que llevar a Sofía sentada sobre sus muslos empeorara de manera considerable las agradables sensaciones que ya notaba en la entrepierna. Quería secarle las lágrimas a besos y apenas lograba mantener las manos apartadas de ella. Sintió alivio y, al mismo tiempo, decepción cuando Johann y Kristina aparecieron entre los árboles.

—Mut se ha quedado cojo —lamentó la joven al dirigirse a los recién llegados.

—Kristina puede venir conmigo, y tú tomas su caballo —respondió su hermano sin dudarlo.

Sonriendo, Kristina se deslizó de su montura en un abrir y cerrar de ojos. Johann, con una amplia sonrisa, la alzó y la sentó sobre su regazo. No había más remedio que aceptar. Conforme Brandt ayudaba a Sofía a subir al caballo de Kristina, captó un destello de su propia decepción reflejada en los ojos de ella.

***

Al regresar, se cruzaron con los cazadores de la finca, que colgaban un joven venado de uno de los árboles detrás de la casa.

—Parece que la cacería ha sido un éxito —comentó Brandt.

Las mujeres apartaron la mirada.

—Hace una hora el venado corría libre —respondió Sofía con melancolía.

—Los hombres tienen que comer —replicó Johann.

—No te preocupes —añadió Brandt—. Con este calor no lo dejarán colgado mucho tiempo.

Descubrieron que las caballerizas estaban abarrotadas de caballos exhaustos, hombres sobreexcitados y mozos de cuadra desbordados.

El padre de Sofía frunció el ceño al darse cuenta de que Mut no llevaba jinete.

—Se ha quedado cojo —explicó ella—. Brandt me advirtió, pero no quise escucharle.

Su padre arqueó las cejas, evidentemente sorprendido de que hubiera usado el nombre de pila del invitado.

Brandt se aclaró la garganta y se dirigió al padre de la joven.

—Es una inflamación. Difícil de detectar, pero frecuente con este calor. El reposo no será suficiente. Recomiendo un tratamiento más completo.

El padre de Sofía golpeó la punta de la bota con la fusta.

—Debo advertirte que los mozos y cuidadores están desbordados en este momento.

Sofía consideró poco probable que el perpetuamente malhumorado mozo de cuadra siguiera instrucciones que juzgara innecesarias, incluso sin estar saturado por docenas de caballos adicionales. Estaba a punto de protestar, decidida a hacer todo lo necesario por ayudar a su querido Mut, cuando Brandt se adelantó.

—Hay que aplicar compresas en la pata: primero calientes y luego frías. Después, un linimento y una cataplasma de mostaza. Debe mantenerse toda la noche.

Sofía apretó los puños. Quería ayudar a su caballo, pero aquella noche se celebraba el Banquete de las Doncellas. Al día siguiente tendría un papel importante como mejor amiga de la novia y

hermana del novio. Luego vendría el banquete de bodas. Apenas habría tiempo para…

—Con su permiso, *Herr Graf* —dijo Brandt al padre de ella—. Me aseguraré de que el caballo esté bien atendido.

Sofía tuvo el impulso de colmar de besos de gratitud aquella boca sensual, pero el ceño fruncido de su padre la hizo contenerse. Tras la conversación en la cascada, había empezado a pensar en él como algo más que un simple invitado. En cambio, ya les habían advertido que debía ser vigilado. Los asesinatos no eran algo desconocido.

—No podría pedirte eso —murmuró con torpeza—. Te perderías las celebraciones.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Mi pabellón está a poca distancia. El mozo de cuadra debe de tener linimento para caballos. Si se dejan instrucciones a los trabajadores de la cocina para las compresas y la cataplasma, dejaré a Mut en las capaces manos de mis hombres. Vidar sabrá qué hacer mientras yo asisto a las *celebraciones*.

La estaba tomando el pelo. Lo supo por el brillo de sus ojos y por la forma en que la comisura de sus labios se elevaba con un atisbo de sonrisa. Sin embargo, había algo más en su expresión. ¿Añoranza? ¿Tristeza? ¿Resignación?

Era poco probable que hubiera acudido a la boda de buen grado, un franconio solitario atrapado en plena celebración en lo más profundo del territorio sajón. Aún no era conde y debía de ser muy consciente del desaire que el duque Conrad había cometido al enviarlo. Probablemente estaba deseando marcharse. Si alguien corría peligro de ser asesinado…

En la cascada había visto un lado inesperadamente vulnerable de él, y se le cerró la garganta ante la espantosa idea de aquel hombre hermoso tendido muerto en un charco de sangre.

Apartó de un manotazo a un molesto tábano, agradecida, empero, de que el zumbido del insecto la hubiera devuelto a la realidad de las caballerizas. Su padre dio unos golpecitos con la fusta en la palma de la mano.

—Sofía, quizá podrías avisar a la cocinera de que se enviará a unos soldados a buscar los elementos necesarios para ayudar a tu caballo.

Ella asintió como una marioneta, con los pies clavados en el suelo de tierra, entretanto observaba a Brandt llevarse a Mut, murmurándole palabras tranquilizadoras que envolvían su corazón agitado en una manta de calidez.

UNA CASA DONDE HABITA EL AMOR

Aún absorta en sus pensamientos sobre Brandt y la cascada, Sofía observaba a la doncella dar los últimos toques al peinado de Kristina. Los Halden eran una noble familia sajona que vivía en tierras de Wolfenberg. Todos los viernes, desde que ambas podían recordar, las jóvenes recibían lecciones de lira y dulcémele de una sucesión de maestros de música. Burlarse de los distintos *maestros* las mantenía entretenidas. Sofía no tenía hermana, así que a Kristina se le permitía quedarse en la finca de Wolfenberg durante el fin de semana.

Eran más como hermanas que como mejores amigas, y cuando Kristina le confió su temor de no saber nada acerca de cómo ser una mujer casada, Sofía se sintió cómoda ofreciéndose a transmitirle algunas de las cosas que su madre le había contado sobre cómo complacer a un marido «también en el lecho».

Le parecía natural compartir los conocimientos que su madre, de mentalidad abierta, le había brindado. En cambio, cada vez que pensaba en abordar el tema con Kristina, la imagen de Brandt Rödermark danzaba en su mente. Hablar de las partes íntimas masculinas y femeninas resultaba inocente y natural con su madre. Pero al introducir en la ecuación a un hombre apuesto, Sofía comprendía de pronto qué era el deseo, cómo se abría camino en espiral hacia esos lugares tan íntimos.

En cuanto la criada dejara de trastear con el cabello de Kristina, se dirigirían al gran salón para el Banquete de las Doncellas. Era ahora o nunca. Tomó el peine de la mano de la doncella.

—Yo termino. Puedes retirarte.

Kristina la miró con curiosidad. Sofía se mordisqueó el labio inferior y esperó a que la muchacha se marchara para hablar.

—Prometí hablar contigo sobre… ya sabes… asuntos de marido y mujer.

Kristina se levantó del banco acolchado, alisándose las faldas de seda de su vestido rosa.

—No te preocupes —se ruborizó—. He tenido una larga conversación con tu madre.

El alivio inundó a Sofía.

—Debí imaginar que te acogería bajo su ala.

—Bueno, mis padres pasan la mayor parte del tiempo discutiendo entre ellos y apenas reconocen mi existencia. No hablan de otra cosa que no sea el hecho de que me voy a casar con el hijo mayor de un conde. No puedo imaginar tener con mi madre la conversación que tuve con la tuya.

Sofía abrazó a su amiga, sofocando una punzada de celos poco razonable.

—Podemos agradecérselo a mi abuela. Agneta FitzRam creía que su hija debía estar preparada para los placeres del lecho matrimonial.

—Según los breves consejos de mi madre, no hay placer alguno, solo dolor y resignación. —Kristina rio.

Sofía meditó la idea.

—Supongo que depende de la experiencia de cada mujer. Mi abuela debió de disfrutar de las relaciones con mi abuelo; de lo contrario, ¿por qué habría…? —Se interrumpió al notar cómo el rubor se extendía por el rostro de Kristina. Ella también se sentía acalorada—. Lo siento. Aquí estoy hablando como una mujer casada cuando, en realidad, no sé nada.

Kristina negó con la cabeza.

—No, creo que tienes razón. Tus padres siguen claramente enamorados. A menudo me pregunto si los míos llegaron alguna vez a quererse.

—Por eso me han permitido elegir a mi propio pretendiente —dijo Sofía en voz baja—. Ya sabes lo terrible que fue la experiencia de mi padre con su primera esposa, la madre de Johann. Quiere que

me case por amor. —Apretó la mano de su amiga—. Siempre ha querido lo mismo para Johann, y aquí estás tú: no solo como una esposa amorosa para mi hermano, sino como una hermana para mí.

Los ojos de Kristina se llenaron de lágrimas.

—¡Cielo santo! —exclamó Sofía—. No podemos presentarnos en tu banquete como si hubiéramos estado llorando.

Rieron, pero se detuvieron en seco, sobresaltadas por unos golpes en la puerta.

—*Komm* —dijo Sofía.

Johann y Lute entraron juntos, ambos sonrientes.

—He venido a escoltar a mi novia —proclamó Johann, sacando pecho.

—Y a mí me ha tocado quedarme con mi hermana —añadió Lute, fingiendo un mohín.

Kristina aceptó el brazo de su prometido. Por su parte, Sofía sacó la lengua a su hermano y enlazó su brazo con el suyo, conteniendo el impulso de replicar que, aunque era apuesto, tampoco era su acompañante preferido. Era un verdadero franconio.

***

Vidar dio unas palmaditas a la cataplasma de mostaza sujeta alrededor de la pata del palafrén.

—Eso debería aguantar, mi señor.

El ayudante de Brandt era probablemente la única persona que sabía más de caballos que él. Un impulso casi irresistible de tocar la pata dañada estuvo a punto de dominarlo, pero no quería que el hombre pensara que desconfiaba de su criterio.

—Buen trabajo —dijo, acariciando el hocico de Mut—. Quedará como nuevo.

—Las compresas ya han hecho maravillas —admitió Vidar—. Es un animal magnífico. Muy querido.

Mientras su segundo al mando se alejaba con paso firme hacia la tienda de la comida, Brandt cayó en la cuenta de que Vidar rara vez hablaba más de lo imprescindible y, desde luego, casi nunca expresaba opiniones. Miró hacia la casa solariega a lo lejos. El sol de

verano no se pondría hasta dentro de una hora aproximadamente, pero ya habían encendido las velas y el edificio brillaba como un faro acogedor en la luz del atardecer.

—Tú tienes suerte —susurró al caballo tras apoyarse en su frente —. Alguien te quiere.

La brisa le trajo sonidos de música, una chirimía y quizá un laúd. Las celebraciones estaban en marcha. Sus pensamientos volvieron a Sofía von Wolfenberg. Era todo lo que un hombre podía desear en una esposa: hermosa, inteligente, instruida. Había despertado su cuerpo y su alma.

Ella estaba en aquella casa, riendo, quizá bailando, disfrutando del banquete. Debería hacer acto de presencia por protocolo, pero lo más probable era que volviera a ser desdeñado como aliado de los Staufen. Un escalofrío le recorrió la espalda ante la idea de que Sofía lo tratara como a un enemigo. Anhelaba la sonrisa cálida que había derretido su corazón helado junto a la cascada.

La llegada de su escudero lo sacó de su ensoñación. ¿En qué estaba pensando? Iba a casarse con Dorothea, aunque aún no habían firmado un acuerdo formal, algo posible ahora que ella estaba a punto de alcanzar la mayoría de edad. Era un entendimiento entre sus padres, pactado cuando él tenía cinco años y ella acababa de nacer. Y, por el contrario, allí estaba, aferrado a un caballo enfermo, esperando sentir siquiera una pizca de la atención que Sofía prodigaba al animal.

—¿No quiere comer ahora, señor? —Drogo se aclaró la garganta.

Brandt bajó la vista hacia la escudilla con alimentos que el muchacho le ofrecía, soltó al caballo y aceptó la comida.

—Por supuesto —respondió, decidido a dejar de comportarse como un necio enamorado—. Lo que necesitaba era una buena noche de descanso. Al día siguiente asistiría a la ceremonia de boda y al banquete, como se esperaba de él, y después emprendería el camino de regreso a Rödermark y a Dorothea.

INQUIETA

Los padres de Sofía estaban ofreciendo el nivel de hospitalidad por el que eran famosos. La comida del Banquete de las Doncellas superó todas las expectativas, gracias a la estrecha supervisión de su madre sobre los cocineros adicionales contratados para la boda.

Sofía estaba sentada entre una multitud que celebraba con algarabía y se sentía sinceramente feliz por su hermanastro y su futura esposa. Además, sin embargo, tenía la persistente sensación de que faltaba algo. Tal vez fuera simplemente la perspectiva de perder la cercanía que compartía con Kristina. Puede que reírse de las travesuras de sus hermanos la hubiera dejado exhausta. Lute parecía decidido a ser el alma de la fiesta, y Kon lo seguía como de costumbre. Johann se tomaba las bromas con buen humor, y las mejillas sonrosadas de Kristina irradiaban felicidad.

Sofía había participado en algunos *reigen*, cogida de la mano de los demás en el círculo y coreando el estribillo junto al resto. Reprimió un bostezo, sin saber muy bien a qué se debía su cansancio. Quizá demasiado sol y la preocupación por Mut habían mermado su ánimo. Llevaba semanas esperando con ilusión aquel Banquete de las Doncellas y ahora estaba…

«Aburrida».

La admisión la inquietó. No se dio cuenta de que su padre se acercaba y se sobresaltó cuando se sentó a su lado.

—*Liebling*, ¿por qué estás aquí sentada sola?

Se encogió de hombros, deseando saber la respuesta.

—No te preocupes. Encontrarás a la pareja adecuada —susurró la rodeó los hombros con un brazo.

Ella se apoyó en él, agradecida por tener un padre que comprendía de forma instintiva su desasosiego.

—Johann mencionó que tuviste una larga conversación en la cascada con el emisario del duque Conrad —dijo tras un breve silencio—. ¿Qué impresión te causó?

Sofía no culpaba a Johann. De hecho, su actitud demostraba que se preocupaba por ella, y no percibió reproche alguno en la voz de su padre. Se atrevió a mirarlo de reojo, pero él seguía observando a los juerguistas. Tal vez veía más de lo que ella imaginaba, más de lo que estaba dispuesta a admitir.

«¿Qué decirle? ¿Que su belleza le había sin aliento? ¿Que no podía dejar de pensar en él? ¿Que su voz la hechizaba? ¿Que creía que eran almas gemelas? ¿Que la hacía arder en lugares muy concretos…?»

—Es… apuesto —balbuceó con torpeza.

—Lo es. Y además sabe de caballos. —Su padre soltó una risita. Le había tendido una cuerda salvavidas—. *Ja*. Se interesa mucho por Mut. —Él estrechó su abrazo—. No creo que sea lo único que le interesa, Sofía.

La sala pareció inclinarse; el pulso le latía desbocado en la garganta; alguien debía de haber avivado un fuego rugiente; las voces resonaban en sus oídos. Aferró el crucifijo que colgaba de su cuello, buscando consuelo.

—No sé qué… —Él le dio una palmadita en la mano—. No te preocupes —susurró, poniéndose en pie—. Eres una chica sensata. Confío en ti.

«¡Sensata!»

La palabra resonó en su mente al mismo tiempo que lo veía alejarse para volver a la diversión. No quería ser «sensata». Quería ser amada por un hombre del modo en que su padre amaba a su madre. De forma imprudente, apasionada. ¿Acaso él, más que nadie, no lo entendía?

Ayer había bromeado con pasar la vida como solterona. Ahora se veía asediada por un deseo desenfrenado por un hombre al que apenas conocía, esperando contra toda esperanza que surgiera de la oscuridad exterior en cualquier momento. Debía de haber inhalado alguna sustancia nociva en el bosque que le había provocado aquel mal.

***

Brandt yacía en un catre de campaña, mirando el vértice en penumbra del pabellón. Antorchas comunes ardían por todo el campamento, ahuyentando la oscuridad. Nunca había tenido dificultades para conciliar el sueño, pero aquella noche el sueño se le escapaba. Tal vez simplemente no estaba lo bastante oscuro. Entrelazó las manos detrás de la cabeza y cruzó los tobillos, dudando de que el exceso de luz fuera la causa. Quizá lo inquietaba el caballo cojo.

Se volvió de lado, a punto de reír en voz alta ante aquella idea absurda. No era como si Mut estuviera al borde de la muerte y, además, podía oír a Vidar hablándole en voz baja al animal no muy lejos de allí. Se incorporó de golpe cuando por fin comprendió la causa de su inquietud. Había fallado en su deber como emisario del duque Conrad. Las tenues notas de música que llegaban desde la casa solariega indicaban que las celebraciones seguían en marcha. El emperador probablemente estaba allí, al igual que el odiado duque Heinrich de Sajonia. Seguramente ya se habían hecho muchos comentarios maliciosos sobre la ausencia del emisario de Conrad. Se levantó del catre y sacudió a su escudero para despertarlo. Drogo se sobresaltó, a punto de caer de su camastro. Lamentó despertarlo, pero el tiempo apremiaba.

—Tráeme la ropa. Voy a la casa solariega.

Su escudero se puso en pie de un salto y fue a buscar las prendas, bostezando ampliamente mientras le ayudaba a pasar la camisa por la cabeza.

En menos de cinco minutos, el fiel sirviente lo tuvo vestido y calzado.

—Eres un buen escudero, Drogo —le dijo Brandt, dándose cuenta de que no elogiaba lo suficiente su eficacia y lealtad.

—Me quedaré despierto esperándolo, mi señor. —Drogo hizo un esfuerzo por no bostezar.

Brandt negó con la cabeza.

—*Nein*. Vuelve a la cama. No tardaré. Presentaré mis respetos al emperador y regresaré antes de que te des cuenta.

Incluso con la luz mortecina vio cómo los ojos de Drogo se abrían de par en par.

—¿Va a ir solo? Esto es territorio enemigo.

—Los hombres probablemente estén dormidos. Es una boda. Estaré a salvo caminando hasta la casa solariega. —Abrió la lona, salió al exterior y cerró la abertura tras de sí mientras Drogo regresaba a su camastro. El aire se había enfriado un poco, pero aguardaba con agrado el paseo.

Vidar, aún sentado en un taburete junto a Mut, se puso en pie al instante, pero Brandt lo hizo desistir con un gesto.

—Estaré fuera media hora. Solo voy a la casa solariega.

—Iré contigo —insistió Vidar.

—*Nein*. Quédate con el caballo. Él te necesita más que yo.

Vidar frunció el ceño y luego pareció captar la broma, esbozando una sonrisa —algo poco habitual— pero Brandt consideró mejor no hacer comentario alguno. Avanzó con paso decidido por el prado en dirección a la casa, aún inundada de luz. A medida que se acercaba, percibió un perfume dulce en la brisa templada. Tal vez madreselva. Inspiró hondo, y el aroma le llenó la mente de imágenes de Sofía von Wolfenberg: su hermoso rostro alzado hacia el sol, la increíble melena rubia, los pechos que parecían del tamaño justo para colmar sus manos, la sonrisa tentadora. Una mujer que se preocupaba por los caballos.

Se detuvo y miró atrás, hacia el campo de tiendas y pabellones, entrecerrando los ojos para entregarse a la visión que danzaba tras sus párpados. Sofía desnuda…

Un escalofrío le recorrió la piel cuando una voz áspera lo sacudió de golpe y lo devolvió a la realidad.

—Ahí viene el lacayo de Conrad.

CANCIÓN Y BAILE

Brandt se giró lentamente para enfrentarse a sus adversarios. Tal como esperaba, las túnicas de los cinco hombres que le cortaban el paso llevaban un escudo rojo con dos leones rampantes dorados: el emblema del duque de Sajonia. Apestaban a cerveza y se balanceaban de forma evidente. Estaba seguro de que su espada prevalecería si la situación derivaba en pelea. Sin embargo, no tenía ningún deseo de verse envuelto en un altercado en una boda. Inclinó levemente la cabeza sin apartar la mirada de los pendencieros.

—Soy Brandt Rödermark, emisario oficial del duque Conrad. Dudo que a vuestro señor le agradara que provocaseis un incidente, siquiera por descuido, en lo que no deja de ser una ocasión festiva.

Por los ceños fruncidos y confusos quedó claro que había usado palabras que iban más allá de su comprensión, pero algo pareció hacerles vacilar. Uno se apoyó con pesadez en un compañero y resopló de risa. Otro eructó. Un tercero dio hipo, mirando a la nada. Para alivio de Brandt, las espadas permanecieron en sus vainas y los hombres, aún sonrientes, se limitaron a empujarlo al pasar, tambaleándose hacia la oscuridad. Recorrió los pocos pasos que le quedaban hasta la casa, se alisó la túnica y se sacudió el frente, por si acaso.

Un criado que aguardaba fuera le advirtió que evitara pisar los trozos de cerámica rotos durante el *Polterabend*. Con una sonrisa y el tradicional comentario de que los fragmentos traen buena suerte, abrió la puerta, y Brandt entró. Había esperado un ambiente jovial, dado que se celebraba una boda, pero al recorrer con la mirada la sala principal se le encogió el corazón. Aquella era una casa feliz. Nada que ver con la fría austeridad de la casa de su padre en Rödermark. Apretó los dientes. Había pasado toda su vida en el

hogar paterno y, aun así, nunca se había sentido en casa. Wolfenberg, en cambio, resultaba acogedor, aunque no sabría explicar por qué. Al parecer, el emperador y el duque Heinrich ya se habían retirado, lo cual le alegró… aunque reunirse con ellos había sido la razón por la que había salido de la cama, ¿no?

Unas cuantas personas bailaban un *reigen*; entre ellas, el conde von Wolfenberg, que le hizo una seña para que se acercara.

—Únete al corro, Rödermark.

Dudó. El grupo era pequeño, compuesto en su mayoría por miembros de la familia. El que llevaba la voz cantante era el hermano que les había llamado en el bosque; reconoció al hermano menor que había conocido en las caballerizas, a la pareja prometida y a Sofía.

De pronto se hizo dolorosamente evidente por qué el sueño lo había esquivado. La joven sajona se había abierto un hueco en su corazón. Se le cerró la garganta cuando ella rompió el círculo y le tendió la mano. Aun así, se adaptó con rapidez al paso rítmico de los bailarines, pese a que el calor de su mano y el destello de sus ojos verdes lo habían descolocado.

Ella se ruborizó con gracia cuando Lute entonó unos versos sugerentes, típicos en una boda. No obstante, repitió el estribillo junto a los demás, riendo todo el tiempo.

Era la encarnación de la inocencia juvenil, una muchacha al umbral de la madurez. Aunque le batió las pestañas, él percibió que no era una coqueta experimentada. Probablemente no tenía ni idea del efecto que causaba en su virilidad. Los agradables estremecimientos lo hicieron agradecer que su túnica fuera lo bastante larga para ocultar su excitación.

Ella le apretó la mano cuando él vaciló un instante, desacompasado por la mirada escrutadora de una mujer mayor del círculo, que no podía ser otra que su madre, la condesa. ¿Indicaban los ojos entrecerrados de la *gräfin* enfado o diversión? Había advertido su atracción por la hija. Esperó no ser invitado a marcharse de inmediato y enviado a casa en desgracia. Todos vitorearon cuando el líder dio por terminado el *reigen*. Algunos

aplaudieron, pero Sofía siguió aferrada a él, tan reacia como él a separarse.

El líder pidió la atención de todos y comenzó un anuncio.

—Recuerdas a mi hermano —le susurró al oído tras ponerse de puntillas.

—Lleva el nombre del emperador —respondió él con torpeza, cuando lo que había querido decir era que sus ojos eran hermosos, que su cabello era…

—Sí, su alteza ya se ha marchado y…

De pronto, el color se esfumó de su rostro y ella le apretó la mano.

—Prefiero que no, Lute —murmuró entre dientes.

Brandt estaba absorto en la visión de ella tendida desnuda en su cama y no tenía la menor idea de lo que había dicho su hermano.

—Tonterías —insistió Lute, tomándola del brazo. Después se detuvo y miró a Brandt—. Tú debes de ser el emisario de Conrad. No nos han presentado como es debido. Soy Lute von Wolfenberg. ¿No te importa si me llevo a mi hermana? Ella y Kristina van a tocar un dúo para cerrar la velada.

Brandt no supo qué pensar del desasosiego que vio en los ojos verdes de Sofía cuando su hermano se la llevó, pero aceptó con cortesía el asiento que le ofreció su padre.

—Sofía toca la lira —explicó el conde Dieter—, y Kristina el dulcimer. Son bastante buenas.

***

El maestro Grigor entregó a Sofía la lira y ella se sentó en el borde de la silla, deseando que Kristina y ella se hubieran tomado las clases de música más en serio. De pronto era de vital importancia ofrecer la actuación de sus vidas, pero una mirada a su amiga reveló mejillas encendidas y una alegría poco habitual.

—¿Puedes tocar? —le susurró con aspereza, consciente de que Kristina no siempre acertaba con las teclas del dulcimer ni siquiera cuando estaba en pleno uso de sus facultades.

La amplia sonrisa de su amiga hizo poco por tranquilizarla; se parecía demasiado a la mueca de una necia. Supuso que no debía ser tan crítica. Ella misma estaría sonriendo como una boba si fuera a casarse al día siguiente.

Ese pensamiento le trajo a la mente la imagen de Brandt Rödermark. Aferrándose a la lira, se atrevió a mirarlo y deseó no haberlo hecho. Él la estaba observando, con una extraña media sonrisa tirando de las comisuras de sus labios sensuales. Estuvo a punto de dejar caer el instrumento cuando Kristina dio un hipo y dejó caer uno de los martillos sobre las teclas. Su amiga nunca bebía vino, pero quizá en una ocasión como aquella…

Lute asintió cuando el maestro Grigor le susurró algo y luego se aclaró la garganta.

—Y para poner el broche final a esta maravillosa velada, Sofía y Kristina interpretarán la balada de *La madreselva y la vid*.

Sofía gimió para sus adentros. Su hermano esperaba que cantara además de tocar. Pensó en protestar, pero su maestro de música dio palmadas con entusiasmo ante la sugerencia.

—*Ja*, *ja* —exclamó—. *Gut*.

Kristina soltó una risita, sin duda recordando también las carcajadas que siempre provocaba el problema de flatulencias del maestro. Cada vez que doblaba las rodillas al dirigir…

Sofía inspiró hondo para calmar el aleteo de su corazón, decidida a no pensar más en ello, no fuera que Brandt Rödermark la tomara por una completa idiota. Probablemente ya se preguntaba por qué tenía la cara encendida. Cuando Sofía la fulminó con la mirada, Kristina se serenó, enderezó la espalda y tomó los macillos, preparada para comenzar.

Sofía se aclaró la garganta y luego pulsó la lira. Era una balada que había interpretado muchas veces, y pronto la historia tan querida de Tristán e Isolda la tranquilizó. Cantó sobre el destierro de Tristán y su determinación de volver a ver a Isolda.

Más vale arriesgarse a morir que carecer
de aquello que, a sus ojos, lo era todo.
No debería a nadie sorprender

Que así sufre y medita un amante
si es fiel y está lejos
de la dama cuyo corazón ha de merecer.

Sintiendo mayor seguridad, cometió el error de alzar la vista hacia Brandt. Él estaba inclinado hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos, observándola con atención con aquellos ojos penetrantes. ¿Podría percibir el efecto alarmante que su presencia tenía en ella? Un hombre como él debía de ser consciente de su atractivo masculino. El maestro frunció el ceño cuando Kristina dio una nota equivocada. Sofía apartó la mirada de Brandt y continuó cantando.

Ya no podía vivir así,
separado de la persona amada,
pues ambos eran como la madreselva y la vid,
a la cual el avellano rodea y abraza,
aferrando el tronco con fuerza
y trepando hasta que sus zarcillos se enroscan
en la copa y la sujetan con firmeza.

Juntos, el árbol y vid perdurarán.
Pero si alguien los separa, ambos morirán.
Amor mío, somos como el árbol y la vid,
yo moriré sin ti, y tú sin mí.

Su padre encabezó los aplausos. Armond y Amara ladraron con entusiasmo, moviendo la cola. Radiante de orgullo, Johann estrechó a Kristina entre sus brazos. Lute besó a Sofía en una mejilla y luego en la otra.

—Para mañana tendré dos hermanas talentosas —declaró en voz alta.

Sofía temblaba, sin atreverse a mirar a Brandt, pero ansiando saber si había disfrutado de su interpretación.

Por fin reunió el valor para buscarlo y se llevó una decepción al verlo despidiéndose de su madre y de su padre. Lo observó alejarse,

desolada porque no se había despedido de ella con un «buenas noches».

MATONES

Brandt inspiró hondo al abandonar la casa solariega. En el aire cálido aún flotaba un leve aroma a madreselva.

«La madreselva y la vid».

Lamentó haberse marchado sin desearle buenas noches a Sofía, pero temía que, de haberse acercado, habría cubierto de besos su boca tentadora. Sus dedos elegantes sobre la lira habían pulsado las cuerdas de su corazón. Su voz dulce lo había hechizado. Sus emociones estaban en desorden. ¿Qué tenía de especial Sofía? Nunca podría surgir una relación entre ellos. Ella era la hija de un enemigo y él debía casarse con Dorothea. Y, aun así, las palabras de su canción resonaban en su corazón.

Amor mío, somos como el árbol y la vid,
yo moriré sin ti, y tú sin mí.

Se detuvo, invadido por una idea irracional: volver atrás y decirle que estaba bajo su hechizo. Su distracción le salió cara. Un escalofrío de aprensión le recorrió la espalda como una flecha, pero ya era demasiado tarde. Lo agarraron por detrás, inmovilizándole los brazos. El hedor a cerveza indicaba que probablemente eran los mismos matones de antes.

Un rostro fornido y sudoroso se le acercó tanto que tuvo arcadas por el aliento nauseabundo que emanaba de aquella sonrisa desdentada.

—Ya no tan festivo, ¿eh? —se burló el patán al mismo tiempo que arrancaba la daga de Brandt de su vaina.

Un puñetazo cerrado en el vientre le robó cualquier capacidad de reaccionar, y aquellos hombres no estaban de humor para conversar.

—No queremos estropear esa carita tan bonita que tienes —gruñó el bruto, soltando una carcajada mientras agitaba la daga robada bajo la nariz de Brandt.

Él luchó por liberar los brazos. La daga llevaba el emblema de la familia de su madre y era lo único que conservaba de ella. Pero el arma parecía carecer de importancia cuando el dolor estalló en su pecho, golpe tras golpe, en rápida sucesión. Al parecer no tenían intención de matarlo, o ya lo habrían apuñalado por la espalda; pero si el sajón continuaba con aquella paliza…

Apretando los dientes contra la agonía, se dejó caer con todo su peso sobre los hombres que lo sujetaban y lanzó una patada contra su agresor, satisfecho cuando la punta de la bota impactó exactamente donde esperaba. El miserable se dobló sobre sí mismo. Aullando, se alejó tambaleándose, con las manos apretadas contra la entrepierna.

Distraídos por el sufrimiento de su compañero, los otros aflojaron la presa, dándole la oportunidad de zafar uno de los brazos. Giró sobre sí mismo y lanzó un golpe a ciegas, con la esperanza de acertar en una mandíbula, pero el movimiento avivó el infierno que consumía su cuerpo. Era vital liberarse antes de que regresara el hombre al que había pateado, sin duda más cruel y furioso que antes, pero ya no le quedaban fuerzas para resistirse cuando volvieron a inmovilizarle el brazo.

De pronto oyó una voz conocida.

—Alto. ¿Qué está pasando aquí?

«¡Vidar!»

Empujaron a Brandt al suelo. Mareado por el dolor, se encogió en posición fetal, pero uno de los atacantes lo pateó repetidas veces. Ambos huyeron cuando su ayudante apareció en escena acompañado de varios hombres de Rödermark, que enseguida formaron un círculo en torno a su señor. Vidar envainó la espada y cayó de rodillas.

—Mi señor, ¿está herido?

Temblando de pies a cabeza y temiendo vomitar, Brandt logró ponerse a cuatro patas, apenas capaz de respirar.

—*Nein* —jadeó, escupiendo en la tierra lo que esperaba no fuera sangre—. Pero seguro que tengo las costillas rotas.

—*Scheisse* —maldijo Vidar, agarrándole del brazo—. Sajones, sin duda.

—*Ja* —confirmó Brandt, apretando los dientes entretanto el soldado fiel lo ayudaba a ponerse en pie.

—Ayúdame a llevarlo al pabellón —ordenó a sus hombres—. Tengo lo necesario para preparar un cataplasma de mostaza para sus costillas.

CORTEJO

Mientras los sirvientes sacaban a duras penas varios arcones de hierro de la alcoba de Sofía a la mañana siguiente, Kristina bostezó.

—Qué alboroto —se quejó—. Habría sido mucho más sencillo casarnos en la iglesia del pueblo.

Sofía no había tenido ganas de bostezar hasta que lo hizo su amiga. Habían charlado durante media noche, demasiado emocionadas y nerviosas para dormir.

—Estoy de acuerdo, pero una iglesia de pueblo no es lo bastante grandiosa cuando hay invitados imperiales y ducales. Una catedral es el escenario adecuado.

Kristina suspiró con resignación.

—Y ahora tenemos que viajar treinta y dos kilómetros hasta el Dom de Naumburgo. Ya estoy agotada.

—Porque nos acostamos demasiado tarde —sonrió Sofía.

Kristina le devolvió la sonrisa.

—Lo sé, pero eso forma parte de la emoción de casarse, y no se me ocurre mejor compañía que mi mejor amiga para mi última noche como doncella.

Fue un recordatorio agridulce. Después de ese día, Kristina viviría en Wolfenberg como su cuñada. Nunca volverían a compartir una alcoba como dos muchachas risueñas.

—Esperaba que me contaras algo más sobre tu encuentro con el franconio —la incitó Kristina.

Tal vez si revelara algo del torbellino que llevaba en el corazón… pero sus sentimientos por Brandt le habían nublado la mente.

—No fue ningún encuentro —replicó—. Simplemente me comporté como una buena anfitriona.

Kristina resopló, evidentemente poco convencida, y volvió a fijarse en los arcones de hierro.

—Espero que nuestros atuendos sobrevivan al viaje.

—Mamá se ha asegurado de que los vestidos estén bien embalados —agregó Sofía, agradecida por el cambio de tema—. Tendremos tiempo de sobra para prepararnos cuando lleguemos a Naumburgo.

—Ojalá viajáramos a caballo —se lamentó Kristina.

—A mi también me encantaría —admitió Sofía—, pero el emperador no consideraría apropiado que una novia llegara a caballo, y menos después de habernos proporcionado una carroza tan opulenta. Además, dudo que Mut esté lo bastante recuperado para un viaje tan largo.

—¿No te has enterado?

Sofía no quiso mencionar que Brandt Rödermark no había dicho nada sobre su caballo la noche anterior, ni siquiera se había despedido de ella.

—Quizá hoy tengamos buenas noticias —murmuró, aun sabiendo en su fuero interno que habría pocas oportunidades de hablar con Brandt. Era poco probable que al emisario de los Staufen le hubieran asignado un lugar en la comitiva hacia Naumburgo que estuviera cerca de la cabeza del cortejo.

La madre de Kristina, delgada como un junco, apareció en la puerta con un aspecto más propio de asistir al funeral de un ser querido.

—Deprisa —siseó, con los labios tensos—. El emperador está esperando.

No era la primera vez que Sofía elevaba una silenciosa oración de agradecimiento por no ser hija de Eugenia Halden.

—Ya vamos, Frau Halden —respondió con cortesía, puesto que la mujer no había dado pie al uso del familiar *tante*. No es que Sofía tuviera el menor deseo de llamarla «tía». Respiró con alivio cuando su propia madre asomó la cabeza por la puerta.

—Estamos listas, *tante* Blythe —se relajó Kristina visiblemente.

La madre de Sofía besó a Kristina en ambas mejillas.

—A partir de hoy debes llamarme *Mama*. Ahora, tu novio te está esperando.

Sonriendo de oreja a oreja, las tres se enlazaron del brazo y salieron con paso animado de la alcoba. Sofía miró por encima del hombro: Eugenia Halden las seguía, con la espalda rígida como una vara y el gesto agrio intacto.

***

Tras una noche miserable de insomnio y agonía, Brandt se dirigió al río en la oscuridad previa al amanecer, en busca de alivio en el agua helada. Vidar y Drogo apenas lograban mantenerlo en pie.

—Esto es una locura, mi señor —declaró Vidar.

Brandt apretó los dientes entretanto Drogo limpiaba los restos del cataplasma de su carne amoratada.

—Me niego a asistir a una boda apestando a mostaza.

Vidar repitió sus protestas durante todo el camino de regreso al pabellón, pero cambió de táctica mientras, con la ayuda de Drogo, le vendaba las costillas a Brandt.

—No estarás considerando viajar a Naumburgo a caballo. Tienes al menos una costilla rota.

—No tengo elección —respondió Brandt, preguntándose vagamente de dónde habría sacado el siempre ingenioso Vidar la tela de lino para vendarlo—. Mi padre no me dejaría oír el final si no represento al duque Conrad.

—Si te caes del caballo…

—Löwe no me dejará caer, y si lo hace, tú me atraparás —replicó e intentó guiñar un ojo, pero incluso ese pequeño gesto resultó doloroso.

—¿Y qué hay del palafrén cojo? —gruñó Vidar.

—¿Cómo está Mut?

—Bien.

Había deseado más que nada llevar de vuelta el caballo a Sofía y ver su alegría. Pero eso ahora estaba fuera de toda posibilidad.

—Envíalo de regreso con Drogo. Cuando me haya ayudado a vestirme y me haya subido al caballo, ya no lo necesitaré en Naumburgo —miró a su escudero a los ojos—. Diles que Mut

necesita reposo durante otra semana. Bajo ninguna circunstancia debes informar a nadie de mis heridas. Drogo asintió.

Brandt apenas recordaba lo ocurrido después. Adormecer la mente parecía bloquear el dolor de vestirse, caminar y montar. Al final se encontró sentado sobre Löwe, agradecido una vez más por un caballo que siempre percibía sus necesidades. El animal no movió un solo músculo, como si supiera que su amo debería estar en la cama, no contemplando cabalgar treinta y dos kilómetros para asistir a una boda. Vidar aguardaba a su lado. Les habían asignado una posición muy retrasada en la comitiva. Brandt observó cómo Drogo avanzaba lentamente entre los pabellones y tiendas, guiando al palafrén de vuelta a las caballerizas. Mientras tanto, una imponente cabalgata que se adentraba en el valle levantaba una considerable nube de polvo. El emperador, el Conde y el duque cabalgaban al frente de la columna.

—¿Te preguntas si Heinrich sabe a qué se han dedicado sus matones? —escupió Vidar.

Brandt se movió ligeramente en la silla e inmediatamente se arrepintió cuando un dolor punzante le atravesó el pecho. Justo detrás de los tres nobles avanzaba la Guardia Imperial, compuesta por al menos cincuenta caballeros montados.

Su ayudante soltó una risita.

—Tu padre estaría blasfemando si estuviera aquí para presenciar esta exhibición de poder imperial. Un exceso para una boda.

—No es de extrañar que los rivales de Lothair hayan decidido no asistir. —Brandt rio para sus adentros. El hombre tenía razón.

—De ahí tu presencia como saco de golpes de Heinrich. Ahí viene ahora su milicia. —Vidar escupió de nuevo.

Los sajones eran menos numerosos, pero aun así ofrecían un espectáculo imponente. Entre aquel grupo fanfarrón cabalgaban los hombres que lo habían atacado. El deseo de represalia le cerró la garganta. La pérdida de la preciada daga seguía escociéndole.

Su atención volvió a la casa solariega. Johann von Wolfenberg ayudaba a su prometida a subir a una carroza cuya espléndida opulencia sugería que procedía de la flota del emperador. Los dos magníficos caballos blancos iban emplumados y cubiertos con los

colores imperiales. Luego Johann ayudó a su madrastra. Brandt contuvo el aliento, decepcionado cuando la siguiente mujer que subió a la carroza fue una dama mayor a la que no reconoció; quizá la madre de la novia. ¿Pero dónde estaba Sofía?

Un alivio intenso lo recorrió cuando la vio, apresurándose hacia Drogo, con el cabello rubio recogido en un elaborado peinado sobre la cabeza. Cerró los ojos, evocando la imagen de ella entregándose a su esposo a las puertas de la catedral, una novia de la que cualquier hombre se sentiría orgulloso. Un anhelo profundo lo inundó. Parpadeó con rapidez, asombrado al ver que había rodeado con los brazos el cuello del palafrén y parecía estar besando al animal.

—Quiere mucho a ese caballo —comentó Vidar con una sonrisa.

Brandt se perdió en pensamientos de Sofía amándolo a él, rodeándole el cuello con los brazos, besándole las heridas, la soledad. Entonces ella saludó con la mano. El corazón se le subió a la garganta. Miró un instante a Vidar.

—¿Está…?

—Bueno —comentó en respuesta su ayudante con sorna—, dudo que me esté saludando a mí, aunque fui yo quien curó a su caballo.

Una vacilación poco habitual lo paralizó. Su corazón quería devolver el gesto. Pero hacerlo podía interpretarse mal, y además intuía que aquel simple movimiento le provocaría un dolor insoportable. Pero si no saludaba… Apretó los dientes y alzó el brazo. Pero ella ya se había dado la vuelta.

***

Johann había temido durante muchos años estar marcado por la locura de su madre fallecida, pero al mismo tiempo que Sofía viajaba a Naumburgo, empezó a temer que quizá la lunática de la familia fuera ella.

Desde hacía tiempo sabía que su hermanastro y Kristina se amaban, incluso cuando ellos mismos no reconocían la verdad. Su deseo más profundo había sido que su mejor amiga se convirtiera en su cuñada. Había disfrutado cada instante emocionante de los

preparativos de la boda junto a Kristina y esperaba con ilusión el honor que suponía para su familia la presencia del emperador y el duque. Saber que la ceremonia se celebraría en el Dom de Naumburgo había sido la guinda de un pastel delicioso. Y que el emperador hubiera proporcionado una carroza casi mágica la había dejado sin palabras. Además, por el contrario, mientras viajaba en aquella misma carroza que tanto había anhelado, lo único en lo que podía pensar era en que Brandt Rödermark no le había devuelto el saludo. Se dijo a sí misma que los hombres sofisticados y curtidos en el mundo no saludaban con la mano a muchachas jóvenes. Por el contrario, él se había quedado sentado en su caballo como una estatua. ¿Tanto le habría costado corresponder a su gesto? El vínculo que ella había sentido junto a la cascada era, sin duda, fruto de su imaginación. Él era simplemente arrogante. Por eso no le había deseado buenas noches. Ella no estaba a su altura.

Jugueteó con el crucifijo, deseando no haber dejado vagar sus pensamientos en esa dirección. Aquello evocó la imagen de algo que su madre, de ideas avanzadas, le había contado sobre el placer de yacer desnuda bajo un hombre, en la cama. El emperador debería haber dispuesto una carroza abierta. En aquella hacía un calor sofocante. Se sintió mortificada cuando el sudor le recorrió la espalda, pero la vergüenza no hizo sino aumentar su calor.

—¿Te encuentras mal, Sofía? —preguntó su madre con solicitud, posándole una mano en la frente—. Pareces acalorada.

—Solo estoy nerviosa por la emoción —su voz sonó ronca.

Eugenia Halden resopló y miró por encima de su larga nariz.

—Saludar en público a jóvenes, nada menos. Debes aprender decoro.

—Está claro que Rödermark no lo consideró un comportamiento inapropiado, *Mama*. —Kristina fulminó con la mirada a su madre.

—¿Qué quieres decir? —A Sofía le daba vueltas la cabeza.

Kristina sonrió con aire conspirador.

—Te devolvió el saludo. Pero tú ya habías apartado la mirada.

La niebla se disipó. La euforia afloró. Brandt le había devuelto el saludo. No sabía por qué aquello importaba tanto, pero importaba. Kristina había percibido sin duda su atracción. Sofía jugueteó con la

idea de pedirle a su amiga que intercambiaran los asientos para mirar hacia atrás. Tal vez alcanzara a verlo en la retaguardia. En ese momento, Eugenia Halden sí tendría algo que decir.

Rio para sus adentros. Los sentimientos que Brandt había despertado eran una insensatez, pero se trataba de una deliciosa locura que le calentaba cada rincón del cuerpo.

PREGUNTAS INSISTENTES

Dos preguntas martilleaban la mente de Brandt cuando el Dom de Naumburgo apareció ante su vista. Si solo tenía una costilla rota, ¿por qué sentía como si todos los huesos de su cuerpo estuvieran hechos añicos? Y, en segundo lugar, ¿cómo, en nombre de todos los santos, iba a soportar varios días a caballo de regreso a Franconia?

Cuando Vidar gruñó en respuesta, se dio cuenta de que había expresado en voz alta sus inquietudes.

—Tenías razón. No debería haber intentado esto —admitió.

—Ya es tarde para lamentarse —replicó Vidar.

Reacio a desmontar, dirigió la mirada hacia la entrada de la catedral. La zona estaba acordonada; solo la carroza, la familia von Wolfenberg y los dignatarios tenían acceso. El resto de los invitados, así como los soldados de las distintas escoltas, se agrupaban en el perímetro.

Las mujeres descendieron de la lujosa carroza. El emperador prodigaba atenciones a la novia, besándole los nudillos y posando la mano en la parte baja de su espalda entretanto la acompañaba al interior del Dom. No obstante, era Sofía quien acaparaba la atención de Brandt. El cabello dorado resplandecía bajo el sol. Parecía feliz, riendo y conversando con sus hermanos, aunque de vez en cuando se ponía de puntillas y dejaba vagar la mirada hacia la multitud. ¿Buscaba a alguien? ¿A él?

El duque Heinrich se acercó y entabló conversación con ella. Sofía hizo una graciosa reverencia. La espalda de Brandt se tensó y la ira amenazó con ahogarlo. Si ese hombre llegaba a ponerle una mano encima… A su lado, Vidar se aclaró la garganta. Su ayudante era lo bastante perspicaz para saber que ofrecer ayuda para desmontar llamaría la atención, pero permanecía listo para asistirlo si se lo pedía.

La decisión se tomó sola cuando Brandt advirtió que todas las mujeres ya habían entrado en el Dom y que el conde von Wolfenberg se dirigía hacia él. Apretó los dientes y desmontó con la mayor dignidad posible. Löwe permaneció completamente inmóvil, aunque debía de estar tan sediento como su jinete. Se aferró a la silla cuando sus pies tocaron el suelo, esperando a que remitiera el temblor de dolor, y tragó para sofocar el cosquilleo que le irritaba la garganta reseca. Toser sería desastroso.

—*Graf* von Wolfenberg, mis felicitaciones. Es un día espléndido para una boda. —Contuvo la respiración, soltó la silla y bajó la cabeza con respeto.

El conde parecía algo alterado, quizá echando en falta a los perros que solían acompañarlo a todas partes.

—El emperador esperaba que le presentara sus respetos antes de que partiéramos.

Brandt hizo una mueca para sus adentros. Cuando se había levantado del lecho, su única preocupación había sido sobrevivir a la caminata hasta el río.

—Le ruego me disculpe. El caballo cojo —mintió.

El conde ajustó la vaina de su espada.

—La ceremonia no comenzará hasta dentro de una hora. El emperador y el duque descansan en una de las capillas laterales. Es imperativo, para mantener relaciones pacíficas, que Lothair no sienta que lo ha ignorado deliberadamente. Queremos evitar otra guerra entre él y los Staufen. Confío en que sus instrucciones hayan sido actuar en interés de la paz.

Un enjambre de abejas zumbó en la cabeza de Brandt. A su juicio, no era él quien había evitado una audiencia con el emperador, y las únicas instrucciones que había recibido habían sido recoger el pabellón ducal de camino a Wolfenberg. Estuvo a punto de apoyarse de nuevo en la silla de Löwe hasta que recordó que Vidar ya se había llevado el caballo. Luchando contra el mareo, trató de encontrar una respuesta adecuada.

—Aprovecharé la ocasión para presentar mis humildes disculpas, si me hace el honor de presentarme.

Von Wolfenberg asintió, visiblemente aliviado. Parecía dispuesto a marcharse, pero luego se volvió hacia Brandt una vez más.

—Gracias por ocuparse del palafrén de mi hija. Quiere mucho a Mut. Ahora, venga.

La idea de haber hecho algo que complaciera a Sofía resultó extrañamente reconfortante. Apretó la empuñadura de su espada, enderezó los hombros y se dirigió hacia el Dom, manteniendo el paso del conde, aunque temía desplomarse a los pies del emperador en cuanto llegara. Al duque Conrad no le agradaría que provocara otra guerra.

***

Sofía salió de puntillas de la sacristía, sintiéndose muy elegante con el vestido de seda roja. La prenda resultaba algo pesada para el calor sofocante, pero no todos los días una muchacha ejercía de dama de honor en la boda de su mejor amiga. Aun así, se alegraría cuando le quitaran las horquillas del elaborado peinado que parecía una pesada confección equilibrada sobre su cabeza. Prefería llevar el cabello suelto.

Había llegado aviso de que su hermano Johann y el obispo aguardaban a Kristina a la puerta de la catedral. Su madre la había enviado para asegurarse de que la iglesia estuviera vacía antes de que la novia se dirigiera a la entrada. Se estremeció cuando la pesada puerta de madera chirrió dolorosamente al abrirla apenas una rendija. Al parecer, el ruido bastó para llamar la atención del duque Heinrich, que se hallaba en una capilla lateral conversando con el emperador y con Brandt Rödermark. Su padre estaba junto a Brandt.

El ceño ducal de Heinrich la puso nerviosa. No debía de tener más de treinta años, pero su barba blanca y sus cejas pobladas le daban un aspecto anciano. Cualquiera que no hubiera conocido al emperador podría pensar que el hombre del sombrero emplumado más ostentoso era quien ocupaba el trono del Sacro Imperio Romano.

No era ningún secreto que el duque de Sajonia aspiraba a suceder a Lothair. Al fin y al cabo, era el hijo político del emperador. Como miembro de la poderosa familia güelfa, era probablemente el candidato más fuerte, aunque el duque de Franconia —el señor de Brandt— y su hermano, el duque de Suabia, seguramente disputarían su elección. Lothair no era un hombre joven, pero seguía siendo enérgico y no parecía probable que muriera pronto; por el momento, reinaba la paz.

El hijo de Heinrich, también llamado Heinrich, parecía acompañar siempre a su padre. Resultaba sorprendente que no hubiera participado en la cacería. El niño de siete años, que llevaba una versión en miniatura del extravagante sombrero de su padre, estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo de piedra de la capilla, hurgándose la nariz, mientras su abuelo imperial lo observaba con benevolencia.

Sofía cerró la puerta apenas un poco más, lo suficiente para seguir viendo a Brandt y a su padre. Ambos le daban la espalda, pero tuvo la sensación de que algo no iba bien. Aunque en la cascada había vislumbrado un lado vulnerable de Brandt, siempre le había parecido un hombre muy seguro de sí mismo, quizá en exceso. Ahora, sus anchos hombros estaban encorvados, como si mantenerse erguido le resultara doloroso. Su padre empuñaba la espada y lo miraba de reojo con frecuencia. Tal vez la reunión no estuviera yendo bien. Sin embargo, la voz jovial de Lothair resonaba entre los pilares de piedra, de modo que no parecía haber discusión.

Eso la tranquilizó. No sería un buen presagio que estallara una disputa política en la boda de Johann, y era probable que Brandt no saliera con vida de Wolfenberg si así ocurría. La idea le revolvió el estómago. Respiró con mayor alivio cuando los hombres se dirigieron hacia la entrada, el pequeño Heinrich de la mano de su abuelo. Pero se alarmó al ver por fin el rostro de Brandt. Las gotas de sudor en su frente hablaban de fiebre. La palidez y la rigidez de su mandíbula delataban dolor. No era el semblante apuesto que había visto vuelto hacia el sol en la cascada. Algo iba claramente mal. Con el corazón desbocado, cerró la puerta y se apresuró a regresar a la sacristía.

EMOCIONES ENCONTRADAS

Cuando Sofía regresó a la sacristía donde las mujeres se habían vestido para la ceremonia, se esforzó por disimular su turbación.

—Todo despejado —anunció con ligereza.

Su madre la miró con el ceño fruncido y luego encabezó la breve bajada de escalones hacia la puerta que daba a la iglesia. Eugenia Halden la siguió.

—Ha llegado el momento. —Kristina respiró hondo y sonrió.

—Mi hermano es un hombre afortunado —respondió Sofía.

—Pero algo te inquieta —susurró su perspicaz amiga, con un ojo puesto en la puerta por la que habían salido las mujeres mayores.

Sofía le tomó la mano.

—No tiene nada que ver contigo y con Johann. No debería decir nada que empañe el día, pero… creo que el emisario franconio está enfermo.

—Te importa. Te dije que habría alguien para ti en la boda. —Kristina pareció no captar la magnitud de su preocupación.

Sofía estaba a punto de replicar que lo que sentía era inquietud por aquel hombre, y que nada podría surgir jamás entre ellos. En cambio, Frau Halden asomó el rostro por la puerta.

—Deprisa, todos están esperando.

—Rezaré por los dos durante la misa —masculló Kristina y enlazó el brazo con el de Sofía.

Las dos muchachas se reunieron con sus madres y las cuatro avanzaron hacia el vestíbulo, donde Johann aguardaba junto a su padre, sus hermanos, el emperador y el duque. A juzgar por la amplia sonrisa en el rostro del obispo de Naumburgo, Sofía diría que aquel era probablemente el acontecimiento más importante que había presidido en su vida. Era una muestra del rango de su familia que se les permitiera permanecer dentro de las puertas durante el

intercambio de votos. El resto de los invitados aguardaba fuera, bajo el sol abrasador.

La pasión que ardía en la mirada de Johann al recibir a su novia le oprimió el corazón. ¿Llegaría alguna vez Brandt a mirarla de ese modo? Era una idea absurda. Pero ¿dónde estaba él?

Perdida en sus pensamientos sobre el enigmático extranjero, apenas prestaba atención a los votos de Johann y Kristina cuando advirtió que su padre había retrocedido para colocarse a su lado.

—Está fuera —informó en voz baja—. Pero creo que ha sido herido.

—¿Herido? —repitió ella, sintiendo de pronto un frío que le caló hasta los huesos.

—Si le ha ocurrido algo en mis tierras… —Su padre apretó la mandíbula.

—¿Crees que lo han atacado? —Lo miró sin comprender hasta que la verdad la golpeó.

—Concentrémonos en la boda de Johann y después buscaremos a tu franconio —se llevó un dedo a los labios.

Emociones enfrentadas se arremolinaron en el corazón de Sofía. Amaba a Johann, amaba a Kristina, deseaba compartir cada instante de su felicidad; pero, en algún lugar fuera, quizá a solo unos pasos, Brandt necesitaba ayuda con urgencia. Lo había visto en su rostro, pese a sus esfuerzos por disimularlo. Y entonces resonaron en su mente las palabras de su padre. Había percibido de nuevo su atracción por el emisario del duque Conrad, pero no había reproche alguno en su voz.

Sinceramente dichosa por su hermanastro, sonrió y aplaudió con los demás cuando el obispo declaró a Johann y Kristina marido y mujer. El emperador ofreció sus felicitaciones, al igual que el duque Heinrich. Alegando asuntos de Estado urgentes, ambos se excusaron poco después y se marcharon.

El obispo encabezó la larga procesión hacia el interior de la catedral para la ceremonia nupcial. Cuando todos hubieron entrado, Sofía se permitió una mirada furtiva hacia atrás, buscando a Brandt entre la multitud festiva. Pero no había rastro de él. Se preguntó si habría partido con los dignatarios, aunque aquello no tenía sentido.

***

Brandt se apoyó contra un pilar en la parte trasera del abarrotado Dom, agradeciendo el alivio que la piedra fría aportaba a su cuerpo febril. Entrecerró los ojos para contemplar la escena que se desarrollaba al frente de la iglesia: la novia radiante y el apuesto novio… la familia jubilosa… Sofía, una visión en rojo coronada de oro.

Apretó los puños. Ella era todo lo que alguna vez había soñado en una esposa, en aquellas raras ocasiones en que se había permitido imaginar un futuro que no incluyera a Dorothea, a sus padres santurrones y a su severo padre.

Se alegró de que el emperador y el duque se hubieran marchado tras el intercambio de votos. Mantener la compostura durante la audiencia había sido un esfuerzo titánico, aunque apenas lo habían incluido en la conversación. Era como si lo ignoraran con cortesía después del afable saludo inicial del emperador. Lothair le recordaba a los grabados de los Reyes Magos que había visto: un rey benevolente, de rostro amable y barba abundante.

El duque Heinrich el Orgulloso, en cambio, era pomposo y arrogante. Su marcada boca en forma de arco de Cupido resultaba sorprendentemente femenina en un hombre con fama de guerrero feroz. Parecía demasiado mayor para ser padre de un niño pequeño que no tenía la educación suficiente como para no hurgarse la nariz en público. Dieter von Wolfenberg también había sido una sorpresa. Brandt esperaba otro sajón altivo, henchido por su reputación heroica, pero su anfitrión le había parecido un hombre sencillo y profundamente comprometido con su familia. Era un mediador que lo había tratado con cordialidad, sin rastro alguno de enemistad. Apostaría a que el conde se enfurecería si supiera de la traición cometida en sus tierras por los hombres de Heinrich.

Envidiaba a Sofía y se preguntaba si era consciente de lo afortunada que era por haber crecido en el seno de una familia amorosa. Ella tenía razón: sus padres eran almas gemelas. Resultaba evidente que compartían una pasión profunda y que se sentían cómodos aferrándose el uno al otro al mismo tiempo que

avanzaba el rito. La mayoría de los nobles que conocía Brandt no se expondrían al ridículo que podría suscitar semejante muestra de afecto. Sofía sabía lo que era el amor. Su cuerpo maltratado y su garganta reseca anhelaban probar siquiera un destello de ese amor.

Sus rodillas temblaron. Su cabeza latía con fuerza. Las paredes del Dom parecían cerrarse sobre él. Sin querer armar un escándalo, salió tambaleándose de la iglesia y cayó en los brazos de Vidar. En un instante de claridad cegadora comprendió que lo que lo aquejaba era más grave que una costilla rota. Fue su último pensamiento antes de rendirse a la oscuridad.

NO PUEDE ESTAR MUERTO

Sofía fue arrastrada fuera del Dom junto con la multitud de bienhechores. Kristina irradiaba felicidad; Johann parecía más relajado de lo que ella lo había visto jamás. Sofía se sentía exultante por ellos y por sus padres, que evidentemente estaban encantados con el matrimonio. Kristina sería una buena *gräfin*. Había vivido toda su vida en la hacienda y era conocida y apreciada tanto por los campesinos como por la pequeña nobleza local, a pesar de sus peculiares padres.

Mientras Sofía recorría la multitud en busca de cualquier indicio de Brandt, la escena festiva despertó en ella una inquietud sobre lo que le depararía el futuro. Si algún día llegaba a casarse, era poco probable que pudiera permanecer en Wolfenberg. Y Brandt era heredero de tierras lejanas, en territorio enemigo. Soñar despierta con una unión con él solo conduciría al desengaño. Pasarse a la causa de los Staufen sería una traición a todo lo que su familia veneraba, una daga clavada en el corazón de su padre.

Una alarma le recorrió la espalda cuando divisó a uno de los hombres de Brandt abriéndose paso entre la multitud. Parecía dirigirse hacia su padre, con el rostro sombrío. ¿Acaso la llegada de Brandt había sido una estratagema para encubrir un plan de asesinato? Pero ¿por qué querrían los Staufen la muerte de su padre? Las razones no importaban. Presa del pánico por la seguridad de su padre, se abrió paso a codazos entre la multitud, arrancando miradas de curiosidad y ceños fruncidos, hasta situarse a su lado. El hombre de Brandt estaba ya a apenas unos pasos.

—¡Papa! —gritó, aunque la palabra salió de su garganta reseca como un ronco susurro.

Él se volvió.

—Mi señor *graf* —jadeó el hombre de Brandt.

Por un instante, Sofía tuvo el impulso de abalanzarse sobre el supuesto atacante, pero enseguida comprendió que un asesino no se dirigiría así a su víctima. Se aferró a la manga de su padre, completamente sin aliento y sintiéndose ridícula.

—¿Qué ocurre, *liebling*? —preguntó su padre—. Pareces angustiada.

Señaló con la cabeza hacia el soldado.

—Está intentando llamar vuestra atención. Debe de ocurrir algo con su señor.

El extranjero de semblante sombrío hizo una reverencia cuando su padre se volvió.

—Soy Vidar, segundo al mando del contingente franco. Vuestra hija está en lo cierto, excelencia. —Señaló en dirección a un pequeño santuario en el extremo del atrio de la catedral—. Mi señor yace allí, inconsciente.

El corazón de Sofía se encogió. Brandt era un hombre fuerte, y sin embargo sus heridas debían de ser tan graves que no había podido mantenerse en pie. Su padre no dudó. Tomó la mano de la joven y la arrastró consigo entretanto se abría paso entre la multitud.

—¿Está solo?

—*Nein*. Mis hombres están con él.

Una punzada de inquietud le oprimió el pecho. Deberían estar junto a los recién casados. Su madre estaría preocupada, los Halden molestos. Aun así, Dieter von Wolfenberg acudía presuroso en auxilio de un hombre herido. Pero ¿por qué la llevaba con él? ¿Había percibido su necesidad imperiosa de ayudar a Brandt, fuera como fuera?

En medio del calor y la confusión volvió a cruzarle por la mente la sospecha de que todo formara parte de una intriga. Aislar a su padre, apartarlo…

Vidar abrió paso entre el círculo de soldados que custodiaban el pequeño santuario dedicado a san Altfrid. El temor por su padre se desvaneció. Los semblantes tensos de aquellos hombres revelaban su preocupación por su señor, a quien habían jurado proteger. Ella y

su padre se deslizaron por la estrecha puerta arqueada. Él se arrodilló junto a Brandt.

—No puede estar muerto —murmuró ella, quedándose detrás, sintiéndose inútil—. Está sudando.

—No está muerto —respondió su padre.

Un vértigo de alivio la hizo tambalearse.

—No todavía —añadió.

Las piernas le flaquearon y cayó de rodillas junto a Brandt. Tenía que hacer algo, pero ¿qué?

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó su padre a Vidar.

—Le han dado una paliza —informó el soldado.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Por quién? —Su padre alzó la vista hacia Vidar, que seguía en pie.

No hubo vacilación.

—Sajones. Le vendé las costillas rotas, pero temo que sea algo más grave.

Sofía percibió la ira de su padre, aunque la contuvo. Tenía que dejar de temblar, tenía que ayudar de algún modo. Por el contrario, la visión del guerrero oscuro y seguro de sí mismo tendido indefenso sobre el frío suelo de piedra la dejó sin capacidad de pensar, con la mente invadida por los versos de la balada.

Amor mío, somos como el árbol y la vid,
yo moriré sin ti, y tú sin mí.

—Ha cabalgado hasta la boda a pesar de sus heridas —susurró Sofía.

Su padre se puso en pie.

—Valiente, aunque temerario. Decidido a cumplir con su deber, aunque le costara la vida. La fiebre lo tiene atrapado. Ya he visto esto antes en el campo de batalla. Es posible que una costilla rota haya perforado un pulmón.

La niebla se disipó. Supo con claridad lo que debían hacer.

—Lo llevaremos de vuelta a Wolfenberg —declaró ella—. En el carruaje.

***

Al percibir movimiento, Brandt consiguió entreabrir un ojo turbio. Su madre, muerta hacía ya años, le había contado historias sobre los espíritus de sus antepasados vikingos siendo conducidos al Valhalla en un *drakkar*. En cambio, parecía que a él lo transportaban hacia su recompensa celestial en algún tipo de artilugio con ruedas. Esperaba que el viaje no fuera largo. Siempre había entendido que la muerte aliviaba el dolor de un hombre, algo que ahora podía afirmar con certeza que no era más que un error por parte de la Iglesia. Tenía una sed abrasadora. Tal vez uno de los ángeles que velaban por él pudiera ofrecerle consuelo.

—¿Agua? —ronqueó.

Un vaso se posó en sus labios. Una mano le sostuvo la cabeza. Bebió con avidez.

—Despacio —lo instó una voz—. Tómate tu tiempo.

El ángel sonaba como la *gräfin*, lo cual era imposible.

—No tengo mucho tiempo —replicó, mientras el agua benditamente fresca le resbalaba por la barbilla hasta el cuello. Se pasó la lengua por los labios agrietados para recoger la humedad.

—Tonterías —insistió otra voz—. Te sentirás mejor en cuanto lleguemos a Wolfenberg.

Abrió ambos ojos. El segundo ángel le secó la barbilla y luego la frente. Estaba sentada a su lado, con la cadera apoyada contra la suya. Llevaba una corona dorada, pero sus vestiduras eran rojas. Aquello era desconcertante. Los ángeles no vestían de rojo. Los diablos sí.

—No voy a Wolfenberg —murmuró—. Me dirijo al cielo.

—No si Sofía tiene algo que decir al respecto —replicó el primer ángel.

«¡Sofía!»

Un anhelo profundo y un amargo arrepentimiento lo inundaron.

—*La madreselva y la vid* —murmuró.

Le pareció oír un sollozo. Luego el ángel tomó su mano y comenzó a cantar:

Amor mío, somos como el árbol y la vid,
yo moriré sin ti, y tú sin mí.

Confortado, cerró los ojos, convencido de que la muerte no podía estar ya muy lejos.

NUNCA DIGAS NUNCA

Con el corazón en un puño, Sofía se aferró a su madre al tiempo que observaban cómo seis de los hombres de Brandt lo alzaban del carruaje. Su padre y Vidar supervisaban la maniobra con atención. Eugenia Halden, protestando en voz alta, se alejó con la nariz en alto. Su esposo la siguió, resignado.

—Es un misterio para mí cómo los Halden han podido tener una hija tan encantadora como Kristina —murmuró Blythe.

—He tenido ganas de estrangularla —confesó Sofía, sorprendida de oír a su madre criticar a alguien—. ¿Pretendía que dejáramos a ese hombre muriéndose en Naumburg? Como si el carruaje fuera suyo.

—Supongo que esperaba regresar a casa con los recién casados.

Sofía dejó escapar una risa, pese a la angustia que sentía por Brandt.

—A mí me pareció que Kristina estaba encantada de cabalgar con Johann.

—¡Incluso con el vestido de novia puesto! —Su madre soltó una suave carcajada.

Sofía suspiró al recordar la escena: una Kristina sonrojada recogiendo las abundantes faldas y acomodándose en el regazo de su flamante esposo sobre el caballo, igual que había hecho junto a la cascada.

—Serán muy felices juntos —dijo, secándose una lágrima que le resbalaba por la mejilla.

—No te desesperes. Es un hombre fuerte y, con suerte, ya ha superado lo peor. Lo cuidaremos hasta que recupere la salud. He mandado llamar a Wendelin. —Su madre la estrechó entre sus brazos al mismo tiempo que los hombres desaparecían en la casa solariega con su precioso fardo.

Sofía tenía sentimientos encontrados respecto a la curandera del pueblo. Algunos la consideraban una hacedora de milagros; otros susurraban que practicaba brujería. Aun así, debía aferrarse a la esperanza.

—Cuando se recupere, regresará a Franconia —respondió en voz baja—. No volveré a verlo jamás.

Su madre le sostuvo el rostro entre las manos y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Nunca digas nunca. Ahora vamos a atender a nuestro paciente. Luego ya pensaremos en el banquete de bodas.

Sofía la vio alejarse apresuradamente. Muchos jóvenes solteros y bien considerados habían visitado Wolfenberg por una u otra razón en los últimos años. Sofía había disfrutado de su compañía afable y, lo admitía, había coqueteado con uno o dos, pero ninguno había encendido un fuego en su corazón. Reconocía que el palpitante anhelo en sus rincones más íntimos era exactamente aquello de lo que su madre le había hablado. Había hecho falta un espía enemigo para despertar sus deseos de mujer.

Apresurándose a entrar en la casa, se prometió ayudar a Brandt a sanar, con la esperanza de que, cuando él se marchara, encontraría a alguien capaz de recomponer su propio corazón roto. Como siempre, su madre había tomado el mando con eficacia, imperturbable pese a la inminente llegada de decenas de invitados al banquete.

—Han llevado a Brandt al aposento de Kon —explicó—. Tus hermanos compartirán habitación hasta que se recupere.

El ánimo de Sofía se elevó. Kon, cristiano devoto, no pondría reparos en ceder su estancia. Que Lute estuviera dispuesto a compartir con Kon ya era otra cuestión, pero no podía preocuparse por eso.

—Iré ahora mismo —dijo la joven.

—No es buena idea —respondió su madre—. Los sirvientes lo están preparando para la curandera.

Imágenes de Brandt siendo despojado de sus ropas cruzaron la mente de Sofía. Estuvo a punto de ofrecerse para ayudar, pero el leve ceño fruncido de su madre la disuadió.

—Necesito tu ayuda con los invitados. Debes cambiarte y estar lista para recibirlos junto al resto de la familia.

Fue un recordatorio brusco de que su deber era garantizar el éxito absoluto de las celebraciones nupciales de Johann y Kristina. Había permitido que Brandt la distrajera. Decidida a apartarlo de sus pensamientos, irguió los hombros y se encaminó hacia su aposento.

***

Un calor reconfortante se filtraba en las costillas de Brandt, pero no era la fiebre abrasadora que había sentido antes… antes *de qué*, no lograba recordarlo. Solo sabía que había muerto, ayudado en su tránsito hacia el cielo por un ángel vestido de rojo.

Abrió los ojos y recorrió con la mirada el entorno desconocido. No se parecía al jardín celestial que había imaginado, sino más bien al desordenado aposento por el que su madre solía reprenderlo con dulzura cuando era joven. Había risas… y música, no muy lejos.

Se le ocurrió que, de algún modo, lo habían trasladado a la casa de los Wolfenberg y que las celebraciones de la boda continuaban. Y, aun así, habían llevado a un extraño herido hasta allí.

Pensó de nuevo en el ángel de la corona dorada. «¿Sofía?»

Vidar apareció en su campo de visión. Su ayudante vigilaba a una mujer diminuta que permanecía junto a la cama. La piel arrugada y el cabello gris, fino como telaraña, convencieron a Brandt de que debía de tener más de cien años. Era evidente que ella era la responsable del calor reconfortante que sentía en el pecho.

—¿Qué es ese olor? —Arrugó la nariz. El lugar tampoco olía a cielo.

—Consuelda —opinó Vidar, algo inseguro.

Pero antes de que pudiera añadir nada, la anciana lo interrumpió.

—Huesera, la llamo yo —carraspeó—. Lo mejor para los huesos rotos. —Desvió su atención de las compresas y sacó un pequeño frasco de un bolsillo—. Abre —ordenó.

Demasiado confuso para protestar, obedeció, frunciendo el ceño cuando dejó caer unas gotas de un líquido con sabor a nuez sobre

su lengua.

—Tintura de sello de Salomón —explicó—. También es buena para soldar huesos y para los pulmones. ¡Traga!

Él obedeció, pero cuando ella le tomó el escroto con sorprendente firmeza, el corazón le dio un vuelco inesperado.

—También es beneficioso para las partes masculinas —rio con picardía, guiñándole un ojo—. O eso dicen.

Fue entonces que comprendió que yacía desnudo bajo la sábana de lino que cubría la parte inferior de su cuerpo. Para su consternación, su miembro reaccionó por sí solo, arrancando otra carcajada a la curandera.

—Nunca falla —bromeó.

—Muestra respeto, mujer —dijo Vidar con severidad, tosiendo y mostrando en su rostro un enrojecimiento a la altura de una manzana.

Ella lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—El humor ayuda a sanar —cacareó—. No pretendo ningún mal. Es un poco joven para mí.

La reacción de su cuerpo bastó para convencer a Brandt de que no estaba muerto, aunque temía que sus posibilidades de recuperación fueran escasas si dependían de aquella vieja.

En ese momento, ella apoyó una mano cálida sobre su hombro, se inclinó y lo miró fijamente a los ojos.

—De camino aquí levanté una piedra en busca de un augurio —susurró.

Vidar dio un paso hacia ella.

—Apártate, bruja, con tus hechicerías.

La mujer lo ignoró; su mirada oscura seguía clavada en la de Brandt.

—Dicen que, si bajo la piedra se esconden criaturas que corretean, es señal de que un hombre moribundo vivirá. Si no…

—¿Y? —tuvo Brandt que preguntar a pesar de su desprecio por las supersticiones del pueblo llano.

Ella sonrió con una mueca desdentada.

—Repleta de tijeretas.

Sacó una bolsita sucia de entre los pliegues de sus ropas ajadas y la agitó ante sus ojos.

—Recogí unas cuantas.

El corazón de Brandt se aligeró. Iba a vivir, pero esperaba no tener que comerse las tijeretas para lograrlo.

WENDELIN

Sofía hizo una rápida visita a las caballerizas para comprobar cómo seguía Mut y luego se apresuró a su alcoba, donde una doncella la ayudó a ponerse un vestido menos formal y a arreglar el estropicio del molesto peinado. Sin aliento y con el corazón desbocado, se unió a su familia en la línea de recepción mientras comenzaban a llegar los invitados.

Comió, rio, cantó y bailó con los demás durante el banquete, pero sus pensamientos no se alejaban del hombre que yacía herido en una cámara cercana. No comprendía por qué él se había vuelto tan importante para ella; apenas lo conocía desde hacía unos días. Parecía haberse visto afectada por lo que sus padres llamaban amor a primera vista. Siempre había creído que exageraban la intensidad de sus sentimientos cuando se conocieron. Ahora, atrapada en un torbellino de miedo, deseo y anhelo, sabía que no era así.

Sus padres también habían intentado negar la atracción que sentían el uno por el otro, pero, evidentemente, no lo lograron. Por supuesto, era poco probable que Brandt albergara sentimientos por ella, aunque en la cascada había percibido que se sentía atraído. Sin embargo, pertenecían a bandos enfrentados en una rivalidad a veces mortal, y los hombres seguros y curtidos no se interesaban por muchachas ingenuas que se angustiaban por un caballo cojo.

La curandera había declarado antes que estaba convencida de que Brandt sobreviviría a sus heridas. Aquel alivio inicial dio paso a la ira. Decidió averiguar quién lo había golpeado y por qué. Vidar afirmaba que habían sido sajones, pero ella era hija de un sajón y de una inglesa con sangre anglosajona. Nunca había vivido en otro lugar que no fuera Sajonia y estaba segura de que ninguno de los hombres de su padre había perpetrado la agresión. Él estaba furioso de que el ataque hubiera tenido lugar en tierras de Wolfenberg.

Resultaba difícil creer que el duque Heinrich hubiera dado la orden. ¿Qué podía ganar alterando el frágil equilibrio de paz? Era más probable que un grupo de soldados indisciplinados fuera el responsable, aunque, en última instancia, tales hombres respondían ante el duque.

Kon y Lute reaparecieron. Sofía había notado su ausencia hacía ya un rato.

—¿Dónde han estado? —preguntó la joven en cuanto se sentaron a ambos lados de ella en el banco.

—Mamá nos ha enviado a recoger las cosas de Kon de su alcoba —respondió Lute con una sonrisa ladeada que le hizo sospechar que había bebido vino, algo poco habitual en él.

—Si me lo hubieras dicho, os habría ayudado —frunció el ceño.

Lute soltó una carcajada y luego hipó.

—Lo que quieres es ver al franconio.

Como la menor y, además, la única hija, Sofía estaba acostumbrada a las bromas de sus hermanos y normalmente respondía al desafío. Pero aquella situación era demasiado seria. Debía comportarse con madurez.

—Es cierto que me preocupa —replicó con firmeza—, como debería preocuparles a ustedes también. No podemos permitir que los invitados sean atacados y casi apaleados hasta la muerte.

Los hermanos se miraron y estallaron en carcajadas.

—Tienes razón —dijo Kon, golpeándose el muslo—. Está locamente enamorada de él.

Sofía intentó levantarse, pero la sujetaron con suavidad.

—Suéltame —protestó.

—Solo te estamos tomando el pelo —afirmó Lute en tono conciliador—. Es nuestro deber como hermanos mayores. Brandt Rödermark sería un buen partido para cualquier mujer.

Ella se dejó caer contra él.

—Pero es un enemigo. Posiblemente un espía. Tal vez por eso lo atacaron.

Ambos le rodearon los hombros con un brazo. Ahora sí percibía claramente el olor a vino en su aliento.

—¿Qué podría descubrir un espía en Wolfenberg? —preguntó Lute.

—Y desde luego no creo que sea un asesino con la misión de eliminar al emperador —agregó Kon—. Los Staufen no son necios.

Sofía contempló sus manos, reconfortada por el cariño y el sentido común de sus hermanos. Supuso que podía perdonarles haber bebido más de la cuenta en una boda familiar.

—Estoy de acuerdo. Creo que la intención de Conrad era ofender sutilmente al emperador enviando al hijo de un conde poco conocido.

—En efecto, Rödermark es la verdadera víctima —bromeó Lute —, enviado a la boca del león por su propio duque. O a la guarida del lobo.

Kon se puso en pie de pronto.

—¡Miren! Johann y Kristina se marchan. Nos necesitan, hermano.

El brillo travieso en los ojos de Lute indicaba que tramaban alguna travesura entretanto se apresuraban a reunirse con ellos. Sofía se unió a los vítores y las risas cuando alzaron a Johann sobre sus hombros y se lo llevaron tambaleándose. A una ruborizada Kristina la invitaron a sentarse en una silla que cuatro amigos de Johann levantaron en volandas y sacaron del gran salón.

La multitud licenciosa los siguió, dejando atrás únicamente a las doncellas solteras… y a los Halden, que parecían no saber si acompañarlos o no. En el repentino silencio, a Sofía le golpeó el estómago la certeza de cuán vital era el amor para el éxito de un matrimonio. Si se casaba con un hombre al que no amara, podría acabar agria y marchita, como Eugenia Halden. Un escalofrío le recorrió la espalda. Lo último que deseaba era entablar conversación trivial con aquella desdichada pareja. Cuando vio a Wendelin apresurarse hacia las cocinas, aprovechó la ocasión y la siguió.

Unos cuantos pinches seguían fregando ollas y sartenes, aparentemente ajenos a la presencia de la curandera, que vertía agua humeante de un caldero en un cuenco de madera, de espaldas a Sofía, quien se llevó las manos al vientre para calmar el revoloteo que sentía allí antes de preguntar.

—¿Cómo se encuentra vuestro paciente?

Wendelin se sobresaltó. De su garganta escapó un chillido agudo, casi de ratón, mientras el agua caliente salpicaba el suelo de piedra. Los muchachos alzaron la vista de sus tareas. Sofía contuvo el aliento. ¿Acababa de herir, sin querer, a la única persona capaz de sanar a Brandt? Se apresuró a tomar el cuenco de las manos temblorosas de Wendelin.

—Lo siento —dijo con voz ronca—. No era mi intención…

La anciana entrecerró los ojos, como si no estuviera segura de quién la había asustado.

—*Fräulein* Sofía. Me ha tomado por sorpresa. Está tan bien como cabe esperar. Estoy preparando una infusión para él.

No era gran cosa, pero al menos Brandt seguía con vida.

—¿Infusión? —repitió Sofía, inclinándose para observar los fragmentos verdes y blancos que flotaban en el cuenco. No se parecía a ningún té que hubiera visto antes.

—Raíz de sello de Salomón —explicó Wendelin, como si hubiera leído la pregunta en su mente—. Le di la tintura hace un rato. Ya parece estar mejor. La infusión le ayudará a pasar la noche.

Sofía sintió el impulso de gritar el alivio que le oprimía la garganta, pero solo pudo asentir al mismo tiempo que sostenía el cuenco de aquel brebaje que prometía vida.

—Necesitaré ayuda —agregó la mujer al examinar con atención —, y he enviado a su hombre a descansar antes de que se desplomara.

Le arrebató el cuenco y fulminó con la mirada a los pinches boquiabiertos.

—Una escudilla de chirivías y zanahorias trituradas. Y una cuchara, ¡ahora!

Los muchachos se pusieron en movimiento como si el mismísimo emperador hubiera dado la orden. Evidentemente, Wendelin era respetada por los campesinos del lugar… o temida.

En cuestión de minutos, Sofía seguía a la curandera con una escudilla de verduras machacadas entre las manos y el corazón encogido. Entrar en una estancia donde un hombre yacía en la cama

podía considerarse, para algunos, sumamente inapropiado. El rostro de Eugenia Halden acudió a su mente.

Sofía descartó sus temores. Wendelin estaría presente como acompañante. No era como si fuera a tocar a Brandt… por mucho que lo deseara.

DONCELLA DE HIELO

Reacio a levantar la cabeza, Brandt se arriesgó a cambiar ligeramente de postura para poder observar mejor la estancia. Una única vela titilaba en la penumbra, iluminando a Drogo, acurrucado y dormido sobre lo que parecía un montón de cojines junto al hogar apagado. El alboroto cercano no había despertado al muchacho, pero sí había sacado a Brandt del primer sueño que conciliaba desde la paliza.

La alcoba parecía más ordenada. Alguien había retirado el desorden de ropas, botas y pergaminos. Quienquiera que la ocupara debía de ser una persona estudiosa, y dudaba que se tratara de Lute. Respiró con mayor facilidad, aliviado de que el dolor y la fiebre hubieran remitido considerablemente. Al parecer, la bruja sabía un par de cosas después de todo. Ya no estaba allí, como tampoco Vidar. No le molestaba haber sido despertado. Era prueba de que seguía con vida y, al fin y al cabo, en aquella casa se había celebrado una boda y, por los gritos licenciosos y las carcajadas, el rito de la consumación debía de estar en marcha.

La voz de Lute destacaba sobre las demás. El hermano de Sofía parecía ser siempre el alma de cualquier celebración. Recordó la conversación en la cascada sobre los hermanos. Cuando él se casara, no habría ningún hermano que encabezara las bromas ni las risas, ningún tío que malcriara a sus hijos.

Se le cerró la garganta. De pronto, la palabra *diversión* no encajaba con la perspectiva de consumar su matrimonio con Dorothea. ¿La había deseado alguna vez? Cerró los ojos, intentando desesperadamente recordar si sus pechos eran grandes, pequeños… ¿cómo eran?

Su atribulado corazón se serenó cuando los perfectos pechos de Sofía acudieron a su memoria. Se preguntó de qué color serían sus

pezones. Rosados, apostaría, con aureolas más claras. Su miembro reaccionó con una agradable firmeza, pero se avergonzó de sus pensamientos lascivos cuando la voz del conde llegó desde el pasillo. Sin necesidad de alzar la voz, von Wolfenberg logró calmar a la ruidosa multitud y los instó a dejar a los recién casados en paz.

Cuando el alboroto fue apagándose, los pensamientos de Brandt se dirigieron a su propio padre, que probablemente no permanecería despierto el tiempo suficiente para participar en ningún ritual nupcial. Se retiraría temprano a su lecho en mitad de la celebración, quejándose del frío.

Apretó la mandíbula. Las heridas lo estaban volviendo melancólico. Se propuso recuperarse, regresar a Rödermark y casarse con Dorothea. Se obligaría a borrar de su mente a Sofía von Wolfenberg, su hogar feliz y su familia unida. Gimió en cuanto Wendelin reapareció, con la belleza de cabellos dorados a su lado. La excitación que empezaba a disiparse volvió a agitarse.

***

Sofía sostuvo con fuerza la escudilla. Había esperado encontrar a Brandt dormido. Incluso en la tenue luz era evidente que no le complacía verla.

Wendelin dio un ligero empujón con el pie al muchacho que dormía junto al hogar.

—Levántate, chico —murmuró—. Enciende más velas.

El joven se despertó sobresaltado, mirándolas como si intentara recordar dónde se encontraba. Sofía lo reconoció como el muchacho que había devuelto a Mut. Tal vez el escudero de Brandt. Le sonrió, con la intención de tranquilizarlo. Seguramente temía por su señor, herido y lejos de casa.

—Se llama Drogo —roncó Brandt inesperadamente, haciéndole casi dejar caer la escudilla. Su voz grave resonó en lo más profundo de sus huesos. Sofía titubeó cerca de la puerta, tentada de entregar la comida a Drogo y huir.

El muchacho pareció recobrar el sentido y pronto encendió más velas. Sofía no estaba segura de que aquello fuera buena idea. Tenía

tres hermanos mayores y sabía que hombres y mujeres estaban hechos de manera distinta, pero nunca había visto a un hombre adulto, bien musculado, en la cama, cubierto únicamente por una sábana de lino que se ajustaba a su cuerpo. Sospechó que había subido la sábana hasta el pecho, dejando al descubierto los pies. Fijó la mirada en sus elegantes dedos, decidida a no alzar los ojos hacia sus largas piernas.

Equilibrando el cuenco de la infusión con una mano, Wendelin tiró de la sábana para cubrir los pies desnudos de Brandt.

—Sé que tiene calor, mi señor, pero debe permanecer cubierto —lo reprendió.

Él flexionó ligeramente las rodillas, con la mandíbula tensa. Definitivamente no debería haber ido. En cambio, huir no era una opción. Era una von Wolfenberg y no pensaba hacer el ridículo delante de dos campesinos y un espía extranjero. Estaba a punto de ofrecer la comida cuando Wendelin le puso el cuenco a Drogo en las manos y le dio otra orden, esta vez a ella.

—Entrégale la escudilla al muchacho y ayúdame a sentar a nuestro inválido.

Sofía se quedó rígida, como una de las esculturas de nieve que los sirvientes modelaban cada invierno sobre el Elba helado. Si hablaba, dudaba que pudiera articular palabra coherente, pero no podía tocarlo.

—Yo…

—Date prisa —dijo Wendelin, con un brazo ya pasado alrededor de Brandt—. La infusión se enfría.

Sofía depositó el plato en las manos extendidas de Drogo y avanzó hacia la cama con toda la dignidad que logró reunir. Para su sorpresa, el ceño de Brandt se había suavizado en una sonrisa ladeada, y se sintió aliviada al comprobar que tenía mejor aspecto que la última vez que lo había visto.

—Debemos tener cuidado —advirtió Wendelin—. Sujétale el brazo y lo incorporaremos despacio para que pueda acomodarle los almohadones. Tendrá que ayudar, mi señor.

—Lo entiendo. —Luego alzó la vista hacia Sofía. Sus ojos azules estaban colmados de anhelo—. Se delicada conmigo.

La doncella de hielo se derritió mientras el fuego recorría cada vena, cada poro. Nadie la había mirado jamás de ese modo. Con el corazón desbocado, le sujetó el bíceps, maravillada por la firmeza de su brazo y el calor de su piel.

—Coloca la otra mano en su hombro —indicó Wendelin en voz baja.

La joven obedeció. Brandt contuvo el aliento cuando lo incorporaron y luego lo acomodaron contra los almohadones que la curandera apretó y ahuecó en su sitio.

—Gracias —roncó él, guiñándole un ojo de tal forma que mil criaturas aladas revolotearon en su vientre.

No lograba apartar las manos de su cuerpo. Deseaba confesarle que la atraía como un imán.

—Me alegra haber podido ayudar —susurró, fingiendo lo que sentía realmente.

El joven bajó la mirada hacia su mano, que aún aferraba su brazo.

Ella la retiró con rapidez.

—Lo siento. No quería causarte molestias —lamentó Sofía.

—No lo has hecho.

La sábana se había deslizado hasta su cintura al incorporarlo. Sofía contempló su pecho esculpido, fascinada por la ligera capa de vello oscuro, pero horrorizada por los intensos moratones que cubrían gran parte de su torso. Wendelin chasqueó la lengua y subió la sábana para cubrir su desnudez. Brandt sonrió a Sofía, como si supiera el efecto que su cuerpo había tenido en ella.

El calor le inundó el rostro cuando Drogo tosió. Wendelin tomó la infusión de sus manos y se la entregó a Sofía.

—Ayúdale a beber esto —ordenó—. Luego podrá tomar las verduras. Volveré enseguida.

—¿Adónde vas? —El pánico la asaltó.

—Solo a las cocinas, por más compresas calientes. No te preocupes, Drogo está aquí.

Y salió apresuradamente antes de que Sofía pudiera protestar.

ENCANTAMIENTO TEJIDO

Brandt temía que Sofía terminara escaldándolo con la infusión.

—Puedo arreglármelas —dijo, tentado de soltar una carcajada al ver el evidente alivio en el hermoso rostro de ella cuando le entregó el cuenco con manos temblorosas. Pero reír podía acarrearle consecuencias dolorosas.

Sofía entrelazó las manos y comenzó a girar los pulgares, observándolo entretanto él sorbía la bebida. Debería insistir en que se marchara. Drogo podía atender sus necesidades, aunque, ciertamente, había una que su escudero no podía satisfacer. Todo en Sofía lo excitaba. La deseaba. Era como si su sola presencia ayudara a su cuerpo a sanar. Tal vez los sajones le habían golpeado la cabeza.

La infusión tenía el mismo sabor a nuez que la tintura que Wendelin le había administrado antes. La bebió con docilidad, casi disfrutando del evidente nerviosismo de Sofía. Fue un alivio comprobar que no había imaginado la chispa que había prendido entre ellos en la cascada. Ella se ruborizaba con gracia, se balanceaba levemente de un lado a otro, jugueteaba con el encaje de los puños y luego con el crucifijo que colgaba de su cuello. Sus ojos verdes delataban su agitación, y él supo que se sentiría mortificada si advirtiera cómo sus pezones tensaban la tela de su vestido de satén. La imaginó danzando en el banquete. El aroma tentador de una mujer sana le cosquilleó en las fosas nasales y envió aún más sangre a su ingle. Ella mantenía la mirada baja, pero le preocupaba que alzara los ojos y advirtiera cómo el lino se levantaba. Aunque estaba convencido de su inocencia, tenía tres hermanos mayores.

Con esfuerzo, y pese al dolor, recogió lentamente las rodillas y tendió el cuenco a Drogo.

—Entrégale la escudilla a la señorita von Wolfenberg y luego puedes volver a dormir. Ella cuidará de mí.

Drogo entrecerró los ojos, y Brandt comprendió demasiado tarde que podía haber ofendido a Sofía.

—Te pido disculpas —añadió—. No pretendía insinuar que fueras una sirvienta.

Fue un alivio verla sonreír al tomar la escudilla de manos de Drogo.

—No me ofendo —le aseguró—. Quiero cuidar de ti.

***

Sofía mantuvo la mirada baja, sin saber si decirle a Brandt que comprendía el significado del bulto en el vértice de sus muslos. No había necesidad de que flexionara las rodillas. Anhelaba tocarlo allí, tranquilizarlo, asegurarle que todo estaba bien, que se estaba enamorando de él y que la colmaba de dicha saber que la encontraba atractiva. Sin embargo, era consciente de que la mayoría de las muchachas de su edad no tenían madres que les hubieran explicado con tanto detalle los deseos naturales del cuerpo. Brandt la tomaría por una desvergonzada. Probablemente ya habría dado una impresión equivocada al decirle que quería cuidar de él con una voz sensual que ni ella misma reconocía.

La escudilla le ofreció una distracción bienvenida.

—¿Puedes arreglártelas solo o prefieres que te ayude?

Ahí estaba de nuevo aquella voz. Se estaba convirtiendo en una coqueta atolondrada. Lo siguiente sería batirle las pestañas.

—Agradecería vuestra ayuda —respondió él.

Algo también había cambiado en su voz. Tal vez la infusión la había vuelto más ronca. Y hablando de pestañas, las suyas eran las más largas que había visto jamás, negras como la tinta, igual que el cabello de su cabeza y de su pecho. Recordó el vello oscuro en sus dedos. Se preguntó, distraídamente, si la fina línea que descendía por su vientre continuaba hasta…

—Siéntate —dijo él en voz baja, dando unas palmaditas en el colchón a su lado—. Te resultará más fácil darme de comer.

Con razón sus ojos azules brillaban con diversión. Ella estaba inclinada hacia él, con la cucharada de puré de zanahorias a medio camino de su boca, perdida en ensoñaciones sobre algunas de las atenciones que su madre le había confiado que complacían a los hombres. Se acomodó en el borde del colchón y llevó la cuchara a sus labios, fascinada por el movimiento de aquella boca sensual mientras saboreaba el alimento.

—Está delicioso —reconoció—. Puedes relajarte. No voy a morderte.

«Mamá dice que morder puede resultar muy excitante».

Sacudió la cabeza, temerosa de que su boca y su corazón se impusieran a su juicio.

—No quiero hacerte daño —susurró—. No debería estar aquí.

Brandt dejó caer la cabeza sobre las almohadas y respiró hondo.

—Quiero que te quedes, Sofía. Me haces sentir mejor. Tu reputación está a salvo. Drogo está aquí.

—No me preocupa mi reputación —admitió y soltó una carcajada, llevándole otra cucharada a los labios—. Es poco probable que intentes hacer avances en tu estado. —Su lengua había hablado antes que su prudencia, y su rostro debía de estar tan rojo como el vestido que había llevado a la boda—. Quiero decir… no que fueras a desearlo.

—He entendido lo que quisiste decir —apoyó una mano en su rodilla, evocando la cercanía que habían compartido junto a la cascada.

Sofía observó aquellos dedos elegantes al mismo tiempo que el calor de su contacto ascendía por su muslo hasta anidar en su vientre. Cuando alzó la mirada, sus ojos quedaron prendidos en los de él.

—Y sí lo deseo —susurró con voz ronca.

***

Wendelin reapareció de improviso con un gran cuenco lleno de compresas humeantes. Inclinó la cabeza hacia el pasillo.

—Ya está todo en silencio. El *graf* Dieter ha dado instrucciones estrictas a tus traviesos hermanos para que no molesten a los recién casados.

Con las mejillas encendidas, Sofía se levantó del borde de la cama. Brandt echó de inmediato en falta el calor de su rodilla bajo su mano, pero la suerte estaba echada, el hechizo tejido en aquellos instantes en que se habían mirado a los ojos.

—Deberías marcharte —murmuró él—. No soy una visión agradable envuelto en compresas verdes y calientes.

—Consuelda —aclaró Wendelin cuando Sofía frunció el ceño—. El té le ayudará a dormir esta noche, y mañana podrá verlo.

—Y quizá entonces pueda levantarme —intentó el joven.

—*Nein*. Al menos una semana en cama. —La curandera agitó un dedo.

Sofía sonrió.

—Wendelin tiene razón. Tu cuerpo necesita tiempo para sanar. —Batió las pestañas, y la inocencia de aquel coqueteo torpe y nada ensayado le templó el corazón—. Vendré todos los días para ayudarte a pasar el tiempo.

—La próxima vez, lleva el cabello suelto —le susurró tras llamarla con un gesto.

Ella alzó los ojos hacia el antaño elegante peinado, sopló un mechón rebelde que le caía sobre el rostro, esbozó una sonrisa ladeada y se despidió.

Wendelin retiró la sábana de su pecho.

—*¡Gut!* —declaró—. Los moratones están tornándose azules.

Brandt cerró los ojos entretanto la mujer colocaba las compresas sobre su cuerpo. El calor resultaba reconfortante, pero en su mente se desataba un torbellino. Debía idear un plan para hacer de Sofía suya, aunque los obstáculos parecían insalvables. Una pregunta afloró. Abrió los ojos.

—¿La *fräulein* von Wolfenberg está prometida en matrimonio?

Wendelin lo miró como un tutor mira a un niño impertinente.

—*Nein* —carraspeó—. Sus padres le han permitido elegir marido. En mi opinión, no es buena idea. Ya debería estar casada.

Brandt se quedó dormido con una sonrisa íntima. Un impedimento menos. Estaba convencido de que Sofía lo elegiría a él.

ENTREVISTAS DIFÍCILES

Nadie expresó sorpresa cuando Johann y Kristina no aparecieron a la mañana siguiente, cuando la familia se reunió en el comedor privado. Sofía habría deseado poder quedarse en la cama. Había pasado la noche dando vueltas sin cesar, ahogándose en la profundidad de los ojos azules de Brandt, ensayando distintas maneras de confesar sus sentimientos por el enviado franco.

Lute tenía el semblante pálido y el gesto torcido; Kon no presentaba mejor aspecto. Ambos contemplaban el jamón ahumado y el pan recién hecho dispuestos ante ellos, pero ninguno hablaba. No estaban acostumbrados a ingerir grandes cantidades de cerveza y vino, y sin duda sufrían las consecuencias de los excesos de la víspera. Sus padres también parecían cansados, aunque felices, tal como ella había esperado. En cambio, quizá no fuera el mejor momento para…

—Tengo entendido que has ayudado a Wendelin con nuestro huésped herido anoche —dijo su padre.

Ella removió el jamón con el tenedor, reacia a sostenerle la mirada. Aquello no iba a ser tan sencillo como había imaginado. La noche anterior el futuro parecía encajar en su sitio; ahora, en cambio, la condición de Brandt como representante del enemigo de su familia se alzaba imponente. Decidió mostrarse valiente.

—*Ja*. Está progresando bien. Le dimos té y le ayudamos a tomar puré de verduras.

Lute emitió un extraño sonido atragantado.

—¿Puedo retirarme? —farfulló, abandonando la mesa antes de que le concedieran permiso.

Kon se removió en el banco, el cuchillo de mesa suspendido en el aire.

—¿Tú también necesitas retirarte, Konrad? —preguntó su padre con una sonrisa.

Todos sabían que Kon detestaba que lo llamaran por su nombre completo. Asintió, dejó caer el cuchillo y salió apresuradamente.

—Será mejor que vaya tras ellos. —Su madre apartó la silla de la mesa.

—Estarán bien —la tranquilizó su esposo—. Es un rito de paso. Todo joven debe experimentar las secuelas de haber bebido en exceso.

—Tienes razón. —Volvió a sentarse. Luego miró a Sofía—. ¿Y tú, hija? ¿Alguna secuela de anoche?

«Lo sabe».

Era inútil mentir. Su madre la conocía demasiado bien. Dejó el cuchillo a un lado y apoyó ambas manos sobre las rodillas.

—He tomado una decisión —dijo en voz baja.

Sus padres dejaron de comer y apartaron los platos, pero guardaron silencio. Seguidamente, reunió valor.

—Los dos me han asegurado siempre que sabría reconocer al hombre adecuado cuando apareciera en mi vida.

—¿Cómo sabes que Brandt Rödermark es el hombre adecuado? —Su padre tomó la mano de su esposa.

Debería haber imaginado que eran conscientes de su enamoramiento.

—No puedo dejar de pensar en él —murmuró, decidida a no esquivar sus miradas.

Sintió el impulso de cantar «*Amor mío, somos como el árbol y la vid, yo moriré sin ti, y tú sin mí*», pero se contuvo.

—Cuando estoy con él, siento…

Vaciló. Nunca había hablado de asuntos íntimos en presencia de su padre. ¿Cómo explicar ese anhelo punzante en lo más secreto de su cuerpo?

—Te sientes atraída por él —completó su madre.

No había reproche en sus palabras, y Sofía se sintió agradecida y más segura.

—Creo que estoy enamorada de él —afirmó.

Su padre se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—¿Lo crees?

Era el punto de no retorno.

—Lo amo —declaró, casi mareada al reconocer que era cierto.

—¿Él siente lo mismo? —preguntó su madre con suavidad.

—Sí, lo siente. —Recordó la intensidad de aquellos ojos azul profundo, la voz ronca confesando que la deseaba.

—¿Está libre para casarse?

De pronto, Sofía tuvo la sensación de haber bebido más de la cuenta. Sus padres no habían mostrado inquietud alguna por la lealtad de Brandt a los Staufen, pero como un relámpago comprendió que no sabía prácticamente nada del hombre del que se había enamorado. Sin duda, no se habría permitido acercarse a ella si estuviera prometido a otra. Bajó la mirada ante los ojos inquisitivos de su padre.

—No se lo he preguntado —admitió.

***

Brandt no había dormido bien; se despertaba de vez en cuando por el dolor sordo de los huesos fracturados. Aun así, era una mejora respecto a la noche anterior. Su obsesión con Sofía también le había robado la paz. Su miembro había dominado su juicio y la había llevado a creer que podía haber un futuro para ambos.

Supuso que no debía preocuparse demasiado. Era poco probable que el *graf* permitiera que su hija se casara con un franconio, pero la idea de no volver a ver a Sofía lo dejaba vacío. La perspectiva de una vida sin una mujer a la que apenas conocía se alzaba ante él como un desierto interminable. En el breve tiempo que había pasado con ella se había sentido más vivo que nunca. Era una locura, una insensatez… y ella quedaría devastada cuando le hablara de Dorothea.

La casa estaba extrañamente silenciosa tras las celebraciones de la noche anterior. Comió un excelente jamón ahumado que le llevó un sirviente, complacido al notar que el apetito regresaba. Drogo lo ayudó a llegar hasta la letrina. El esfuerzo lo dejó exhausto y

provocó la ira de Wendelin cuando entró y lo encontró intentando volver a la cama. Envió al joven escudero en busca de Vidar, le administró otra dosis de tintura, masculló sombrías advertencias mientras le aplicaba compresas calientes y se marchó refunfuñando.

Su mal humor le resultó casi divertido; esperaba conservar ese brío en la vejez. Su padre podría aprender un par de cosas de Wendelin. A medida que las horas se arrastraban, ansiaba que Sofía apareciera… y, al mismo tiempo, temía lo que tendría que decirle. Sus esperanzas se acrecentaron cuando la puerta se abrió, pero volvieron a desplomarse al ver entrar al *graf* Dieter, con gesto severo. Agradeció que Wendelin lo hubiera acomodado con almohadas. Permanecer tumbado boca arriba lo habría dejado en desventaja y dudaba que hubiera podido incorporarse por sí solo. No sabía qué había alterado el talante habitualmente jovial de su anfitrión, pero consideró prudente tomar la iniciativa.

—Mi señor von Wolfenberg, le agradezco humildemente los cuidados que he recibido en su casa. Soy una molestia en medio de una boda.

El *graf* Dieter cruzó los brazos.

—Fue atacado en mis tierras. He faltado a mi deber de proteger a un huésped y le pido disculpas. No es ninguna molestia. —Y, sin embargo, algo lo inquietaba.

—Debería haber sido más prudente y haber escuchado a Vidar. Me advirtió que no viniera a la casa sin escolta.

Su anfitrión descruzó los brazos y se acercó al pie de la cama, sin apartar la mirada de Brandt.

—Me duele pensar que un hombre no pueda caminar desde el río hasta mi hogar sin que lo apaleen.

Brandt tuvo la sensación de que el padre de Sofía lo estaba evaluando, calibrando su reacción. ¿Le habría contado ella a sus padres lo ocurrido la noche anterior?

—Los resentimientos siguen siendo profundos tras la guerra —respondió—. Los hombres que me emboscaron, al parecer, creían tener buenos motivos.

—O estaban borrachos. —Von Wolfenberg negó con la cabeza.

—También es posible. —Brandt esbozó una sonrisa.

Por primera vez, una sombra de humor asomó a los labios del *graf*.

—¿Hombres del duque Heinrich?

Brandt asintió, reacio a mencionar la daga.

—Tres, quizá cuatro. No estoy seguro.

—Ya se han marchado, como sabes. Pero el duque oirá hablar de lo ocurrido. Los bravucones suelen presumir de sus fechorías y, tarde o temprano, daremos con los culpables.

Por mucho que Brandt ansiara represalias, las pocas fuerzas que le quedaban se estaban agotando.

—Te estoy fatigando —dijo von Wolfenberg—. Te dejaré descansar.

Un impulso de confesar sus sentimientos le subió al pecho, pero ¿qué podía decir? ¿Que amaba a su hija y, al mismo tiempo, estaba comprometido con otra? Bastante suerte tendría si lograba salir con vida de Sajonia.

Una alarma se encendió en lo más hondo de su mente agotada. Había algo que su visitante no estaba diciendo.

—Por cierto —añadió el *graf*, deteniéndose en la puerta—, Sofía ha ido a ver a Mut… y probablemente también a tu caballo.

—¿Löwe?

—*¡Ja!* ¿Te contó que una vez tuve un *rottweiler* con ese nombre? Corazón de león.

El *graf* sabía, sin duda, que Sofía lo había visitado. No tenía sentido negarlo.

—No creo que me lo mencionara.

—Fue el último *rottweiler* que tuve. Ahora criamos solo *hovawarts*, y Armond y Amara son los únicos que permanecen en la casa. Uno me salvó la vida, hace muchos años. No son buenos perros guardianes, pero un *hovawart* daría la vida por su amo. Igual que un padre hará todo lo que esté en su mano para proteger a su hija.

***

De camino a los establos, Sofía lanzó una mirada al prado donde, apenas unas horas antes, decenas de gallardetes ondeaban al viento sobre los pabellones. La mayoría ya habían sido desmontados o estaban en proceso de desarmarse y empaquetarse para la partida.

Se protegió los ojos del sol de la mañana, que ya brillaba con fuerza en el cielo estival, y buscó el estandarte del duque Conrad. El aliento se le quedó atrapado en la garganta cuando lo divisó cerca del río y comprendió que los hombres de Brandt estaban desmontando sus tiendas menores y aflojando las cuerdas del pabellón. ¿Pensaban marcharse sin su señor? O quizá él lamentaba lo que había sucedido entre ellos y había decidido huir. Tal vez había imaginado que él sentía algo por ella.

Dudó. Cruzar el campo a toda prisa y sin compañía llamaría la atención de soldados y sirvientes que levantaban el campamento, y ella deseaba ver a Mut por encima de todo. La decisión se aclaró cuando divisó a Vidar reuniendo una hilera de caballos, entre ellos su propio palafrén. Se levantó las faldas, alzó el mentón y avanzó decidida hacia él. Aquellas eran las tierras de su padre, hasta donde alcanzaba la vista… y más allá.

Cuando llegó hasta él estaba acalorada y alterada, agradecida de que hubiera acortado la distancia caminando hacia ella al mismo tiempo que conducía la docena aproximada de caballos.

—*Guten Tag*, *fräulein* von Wolfenberg —saludó con cortesía inclinándose respetuosamente—. Mut se alegra de verla.

La preocupación por la posible partida de Brandt se desvaneció al tiempo que besaba el hocico de su palafrén y examinaba su pata.

—Tiene mejor aspecto —dijo—. Gracias.

—Ha mejorado mucho. Lo llevé a nuestro campamento —explicó Vidar—. Perdóneme, pero su mozo de cuadra…

—Lo sé. —Sofía puso los ojos en blanco.

—Mut y el caballo de mi señor se llevan bien —añadió, acariciando el cuello de Löwe—. Dos monturas valientes.

Se preguntó si sus sentimientos por el señor de aquel hombre se reflejaban en su rostro. ¿Estaría intentando decirle algo?

—¿Partirás? —preguntó, señalando el campamento con un gesto que esperaba pareciera despreocupado.

—*Nein* —respondió Vidar—. He considerado prudente trasladarnos más cerca de la casa. Drogo y yo podremos atender mejor a mi señor, y podremos estabular nuestros caballos ahora que la mayoría de vuestros invitados ya se han ido.

Por su manera de hablar y su franqueza percibió que era culto, seguro de sí mismo e inteligente. Sospechó que podría contarle muchas cosas sobre su señor. Aunque ansiaba saber más, no dejaba de ser un sirviente y, con toda probabilidad, uno leal. Que se le hubiese confiado acompañar a Brandt en aquella arriesgada misión decía mucho de su posición en la casa de los Rödermark.

—¿Puedo visitar a mi señor esta mañana? —Vidar pareció advertir su vacilación.

No supo cómo interpretar la expresión en sus ojos. Era como si sintiera lástima por ella.

—Estoy segura de que se alegrará de verte. Yo misma aún no lo he visto hoy.

—Entonces esperaré a que termine su visita. ¿Me concedería el honor de acompañarme hasta los establos?

Tomó las riendas de Mut y echó a andar, intentando disipar la molesta sospecha de que él sabía algo que ella ignoraba.

Llegaron a los establos al mismo tiempo que su padre, que fruncía el ceño. Él la apartó discretamente.

—Acompáñame hasta la casa.

El corazón se le encogió. Justo antes de entrar, él se volvió hacia ella.

—He hablado con Brandt Rödermark.

El estómago se le revolvió, aunque en su voz no había reproche alguno.

—Me da la impresión de que es un buen hombre.

No podía ni imaginar aquella conversación, pero el ánimo se le aligeró.

—Sin embargo, creo que hay algo que no te ha contado.

VERDAD INEVITABLE

Brandt percibió la incertidumbre en el rostro de Sofía cuando ella se detuvo, nerviosa, al pie de la cama, y lo supo.

—Has hablado con tu padre.

Ella asintió, jugueteando con un dedo en el lino, evitando su mirada.

—Cree que hay algo que deberías decirme.

—Es un hombre perspicaz —inspiró hondo.

En ese momento, la joven alzó la vista, y la ira centelleó en sus ojos verdes.

—Así que mentiste —escupió, con el labio tembloroso—. No sientes nada por mí.

Brandt se inclinó hacia delante y le tendió la mano; el dolor en las costillas no era nada comparado con el que le oprimía el corazón.

—No estés enfadada conmigo, Sofía. Ven, siéntate a mi lado.

Ella obedeció, aún con un mohín. Sin soltarle la mano, se dispuso a pronunciar el discurso que había ensayado una y otra vez. En cambio, antes debía dejar ciertas cosas claras.

—Mírame a los ojos.

Ella levantó la mirada, todavía indignada.

—No soy un mentiroso —dijo con suavidad.

Sofía frunció ligeramente el ceño.

—Puedes creerme cuando te digo que, si no estuviera herido, estarías tumbada debajo de mi en esta cama, desnuda. —Observó cómo el rubor le subía al rostro. ¿Comprendía lo que quería decir? Decidió arriesgarse—. Y estaríamos haciendo el amor.

Ella apretó los labios e intentó retirar la mano, pero él la retuvo.

—Si pudiera prometerme contigo en este mismo instante, Sofía von Wolfenberg, no dudaría. Eres la mujer que deseo.

La vio esforzarse por asimilar sus palabras. Poco a poco, sus ojos se abrieron con asombro y se llenaron de lágrimas.

—Pero estás prometido con otra —murmuró.

—*Nein* —apretó la mandíbula. No obstante, hay una mujer llamada Dorothea, de Frankfurt. Nuestros padres hicieron un acuerdo cuando éramos niños. Debíamos firmar los documentos de esponsales hace unos días, pero el duque Conrad me envió aquí.

—Dorothea —susurró ella.

—Dorothea Rittenhuis —contestó él, rezando para que lo comprendiera.

Ella posó la mano libre sobre las que aún tenían entrelazadas.

—¿La amas?

Brandt exhaló lenta y profundamente.

—No es lo que yo llamaría una mujer fácil de amar. Probablemente esté ahora mismo atosigando a mi padre y al duque por el aplazamiento.

—Te ama si desea con tanto empeño ser tu esposa.

—Dorothea está enamorada de la idea de ser *gräfin*.

Sofía contempló sus manos unidas.

—Quizá se le dé bien.

Él soltó una breve risa burlona y al instante se arrepintió cuando las costillas le dolieron.

—Tú serías una condesa mucho mejor, Sofía —afirmó con voz ronca.

—¿*Gräfin* Rödermark? —preguntó ella, con un brillo en los ojos que avivó el fuego en su interior.

Por el contrario, el joven se puso serio. Era cruel alimentar falsas esperanzas.

—Hay otros obstáculos —le recordó—. Nuestras familias están en bandos opuestos de un conflicto entre hombres poderosos. Soy el heredero del título de mi padre; es una responsabilidad a la que no puedo renunciar.

—Es tu derecho de nacimiento. Jamás esperaría que le dieras la espalda. —Ella soltó su mano.

Él apretó la mandíbula, con el estómago encogido.

—Y tú debes permanecer leal a tu familia. En unos días estaré lo bastante recuperado para montar a caballo. Será mejor que no volvamos a vernos.

***

Cegada por las lágrimas, Sofía corrió hasta su alcoba. Apenas unos pasos la separaban de la habitación, y sin embargo el trayecto le pareció un viaje de mil leguas. Se dejó caer sobre la cama y hundió el rostro en la almohada. Solo conocía a Brandt desde hacía un día o dos, pero la idea de no volver a verlo jamás convertía sus miembros en plomo y su corazón en hielo. Sintió náuseas. El amor profundo que tanto había anhelado se transformaba ahora en tormento.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, sollozando, hasta que notó que alguien le acariciaba el cabello. Supo al instante que era la única persona en quien podía confiar sin temor a ser juzgada.

—Me ha apartado de su lado, mamá —declaró con voz ronca—. No quiere volver a verme.

—No creo que eso sea cierto —respondió su madre con suavidad —. Reconocí el amor en sus ojos cuando te miraba bailar y cantar.

—Pero hay otra persona. —La amarga verdad se agitaba en el vientre de Sofía.

—¿Está prometido? —La caricia se detuvo.

Sofía se incorporó.

—*Nein*. No han firmado ningún acuerdo.

—Ya veo. Una unión concertada cuando eran niños. —Su madre le tendió un pañuelo.

—Al parecer, ella es una arpía. —Sofía se sonó la nariz, congestionada.

Blythe von Wolfenberg frunció el ceño.

—Tu padre podría contarte unas cuantas cosas sobre lo que significa verse obligado a casarse con una mujer insoportable.

Pasaron largos minutos en silencio. Sofía recordó lo que sabía del primer matrimonio de su padre con una mujer desequilibrada que había intentado matarlo: la difunta madre de Johann. Una mano

helada le oprimió el corazón ante la idea de que Brandt pudiera verse condenado a una vida así. En cambio, había un obstáculo aún mayor. Tal vez, si lo decía en voz alta, no parecería tan insalvable.

—Si estalla otra guerra entre el emperador Lothair y los Staufen, nuestras familias estarán en bandos opuestos.

El silencio que siguió resultó angustioso mientras su madre meditaba la respuesta.

—Hace muchos años —comenzó al fin— yo era dama de compañía y fui raptada por error en el fallido intento de tu padre de secuestrar a mi señora, la emperatriz Matilde. Conoces la historia, pero quizá haya aspectos que desconoces. Mi lealtad estaba con el bando imperial, no con los rebeldes de Colonia. Yo era inglesa. Mi señora era hija de mi rey inglés. La familia de tu abuelo, los Montbryce y los FitzRam, eran leales partidarios del rey Heinrich.

Sofía se acurrucó, apoyando la cabeza en el regazo de su madre, consciente de que a Blythe von Wolfenberg todavía le resultaba doloroso hablar de sus padres, aunque habían pasado dieciséis años desde que se ahogaron en el desastre del Barco Blanco.

—Me enfurruñé, me mostré huraña, traté a mi captor con desdén y hostilidad. Incluso planeé escapar. En cambio, mi corazón terminó convenciéndome de que me había enamorado de él y de la justicia de su causa.

Sofía había escuchado aquella historia innumerables veces. Formaba parte de la tradición familiar, pero ahora cobraba un sentido distinto.

—Nunca comprendí del todo tu dilema —admitió.

—Mi padre y mi hermano gemelo viajaron desde Inglaterra convencidos de que Dieter pensaba pedirme rescate. Tu tío Aidan estaba dispuesto a matarlo por haberme secuestrado. Sin embargo, mi padre reconoció mis sentimientos y dio su bendición a nuestra unión, aunque eso significara que estábamos en bandos opuestos en la lucha por el control de la ciudad. Por fortuna, Heinrich murió poco después. El duque sajón de tu padre, Lothair, se convirtió en rey de Alemania y, más tarde, en emperador del Sacro Imperio. La emperatriz viuda regresó a Normandía, se casó con Geoffrey

Plantagenet y ahora desafía a su primo Esteban por el trono de Inglaterra, desde la muerte de su padre.

—¿Una mujer? ¿Reina por derecho propio? —resopló Sofía.

Su madre se irguió, molesta.

—¿Y por qué no habría de serlo? Es la única hija legítima de Heinrich, aunque engendró innumerables hijos e hijas ilegítimos. Eso sí, he de admitir que no sentía gran simpatía por Matilde cuando fui su dama de compañía. Era una niña consentida, casada a los doce años con un hombre de veintiocho.

—Otro ejemplo de la insensatez de los matrimonios concertados. —Sofía se incorporó.

La conocida historia del encuentro de sus padres le resultaba reconfortante. En cambio, una verdad inevitable permanecía.

—Pero si los Staufen vuelven a desafiar al emperador Lothair por el trono, mi padre y mis hermanos podrían encontrarse con Brandt en el campo de batalla algún día.

Su madre respiró profunda y tristemente.

—Sí.

LOS HERMANOS

—Eres mejor médica de lo que llegué a pensar —dijo Brandt a Wendelin a la mañana siguiente. Y, en un intento por borrar la expresión agria de su poco agraciado rostro, añadió—, aunque espero que mi piel no se quede verde para siempre.

La bruja lo miró de reojo entretanto le retiraba la consuelda del pecho.

—Mira estos músculos —cacareó, como si hubiera decidido ignorar la broma—. Tus heridas habrían acabado con un hombre más débil. Eres fuerte, sano y joven. Tienes mucho por lo que vivir.

Él meditó sus palabras mientras ella terminaba su labor, tarareando desafinada. ¿Qué tenía él por lo que vivir? Rödermark era un extenso condado, uno de los más hermosos del valle del río Meno, aunque su padre había hecho poco por hacerlo prosperar. Brandt tenía planes para mejorar las cabañas de los campesinos, y la casa señorial necesitaba una profunda reforma. Sofía habría afrontado aquellos retos con entusiasmo… pero él la había desterrado de su vida.

Aun así, mantenía los ojos fijos en la puerta, esperando que apareciera.

—Con los progresos que llevas, por lo visto, necesitarás ayuda —bromeó Wendelin.

No se había dado cuenta de que había sacado una camisa de lino. No era la suya, pero parecía de la talla adecuada. Se la pasó por la cabeza y luego le ayudó a levantar cada brazo para introducirlo en las mangas. Para su consternación, el simple esfuerzo le hizo brotar sudor en la frente. La mujer se afanó en anudar los cordones del cuello y, acto seguido, sacó el frasquito de la tintura.

—Abre —ordenó. Enseguida, el joven obedeció y estuvo a punto de atragantarse con las gotas cuando ella añadió—: La señorita

Sofía ha salido a pasear su caballo.

¿Cómo podía saber lo que albergaba su corazón?

Tragó con dificultad, pero ella ya se había alejado arrastrando los pies para avivar la llama bajo la fumaria antes de que pudiera responder. El agradable aroma del romero ardiendo le cosquilleó las fosas nasales.

Ella regresó junto a la cama, ahuecó las almohadas y le ayudó a incorporarse.

—Eso es. Inhala los vapores. Son buenos para los huesos. Pronto volverás a montar esa magnífica bestia tuya.

«Y entonces me iré de vuelta a casa», pensó él al mismo tiempo que la veía salir renqueando de la estancia con el cuenco de compresas empapadas. El futuro sin Sofía se abría ante él como un abismo sin fondo. Cerró los ojos y evocó su imagen cabalgando por los campos de Rödermark a lomos de Mut, arrancándole una sonrisa a su padre, siempre de mal humor; ganándose el respeto de sus sirvientes; yaciendo desnuda en su cama, con su gloriosa cabellera extendida sobre su cuerpo.

El sonido de la puerta al abrirse lo arrancó de su ensoñación, pero se sintió a la vez decepcionado y desconcertado al ver entrar en la cámara a Lute y Konrad. Apoyó los puños en el colchón y logró incorporarse un poco más.

—Gracias por cederme tu aposento, Konrad —dijo.

La sonrisa tímida y el leve asentimiento del joven confirmaron que no se había equivocado en su suposición.

—Llámame Kon —respondió el muchacho—. Lo prefiero.

El ánimo de Brandt se elevó. Los Wolfenberg eran una familia cortés y honorable, y se alegró de haber ganado, al parecer, un amigo entre ellos.

Lute, en cambio, no sonreía.

—Wendelin nos ha informado de que te estás recuperando —comentó con brusquedad, balanceándose sobre los talones, las manos entrelazadas a la espalda.

—Ha obrado milagros. Estoy mucho mejor gracias a sus cuidados —afirmó Brandt, preguntándose cuál sería el propósito de aquella visita. Su instinto le aconsejaba dejarles hablar.

—Confío en que mi padre ya te haya transmitido las disculpas de nuestra familia por lo ocurrido en nuestras tierras —prosiguió Lute con tono formal.

Con la nariz fruncida, Kon recorrió la estancia con la mirada, como si comprobara que había retirado todas sus pertenencias. Se acercó al brasero donde ardía la fumaria.

—Romero —observó.

—*Ja*, en ambos casos —replicó Brandt—. No te preocupes, el aroma no tardará en disiparse cuando me marche y recuperes tu aposento.

—Quizá lo conserve —Kon frunció el ceño—. Endulza el aire.

A pesar del romero, a Brandt le pareció que predominaba el olor a consuelda y, probablemente, al sudor de su cuerpo febril, pero prefirió guardar silencio. Aquellos dos no habían ido a intercambiar trivialidades.

—Sofía me ha contado que tienes intención de ingresar en el sacerdocio, Kon.

—*¡Ja!* —exclamó el joven y su rostro se iluminó. Mas su sonrisa se desvaneció casi al instante—. En cambio, parece que quizá no pueda cumplir mi deseo.

Lute fulminó con la mirada a su hermano, pero la curiosidad de Brandt ya se había despertado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con interés.

Envalentonado, Kon se sentó en el borde del colchón.

—Padre dice que se están gestando planes para que el emperador Lothair invada las tierras que el rey Ruggero de Sicilia ha ocupado. Necesitará a todos los hombres disponibles. Puede que tenga que ir a la guerra.

Un nudo se retorció en el estómago de Brandt, pero eligió cuidadosamente sus palabras, sin querer revelar lo que sabía. Las incursiones de Lothair en Italia habían fracasado anteriormente por falta de efectivos.

—He oído hablar de la disputa por los reinos italianos.

—Todo el mundo conoce el conflicto por el control del Papado —agregó Lute, animándose al abordar el tema—. El emperador respalda al papa Inocencio, mientras que Ruggero apoya a Anacleto.

El duque Conrad de Brandt se había proclamado rey de Italia, además de Alemania, hacía ya tiempo. Se rumoreaba que había renunciado a sus pretensiones italianas cuando los Staufen se reconciliaron con Lothair tras la guerra, pero el padre de Brandt se negaba a creer tales comentarios.

—En los últimos años, Ruggero ha ampliado su dominio sobre los reinos normandos del sur de Italia —prosiguió Kon—. Ahora gobierna mucho más que Sicilia. También Apulia, Calabria, Nápoles…

—Inocencio teme que su próximo objetivo sea apoderarse de los territorios vaticanos —interrumpió Lute de nuevo—. Ya está avanzando sobre ellos. Si lo consigue, colocará a su marioneta, Anacleto, en el trono papal.

A Brandt le dio la impresión de estar escuchando una versión en miniatura de Dieter von Wolfenberg, pero no era momento de burlas. Si Ruggero controlaba al Papa, la influencia alemana sobre el Sacro Imperio Romano Germánico se vería mermada. Si el emperador marchaba sobre Sicilia, el jovial hermano de Sofía estaría obligado a combatir con el ejército imperial. Él sabía de primera mano el efecto sobrio y devastador que la batalla podía tener sobre el sentido del humor de un hombre.

¿Cumplirían Conrad y Friedrich Staufen su promesa al emperador o aprovecharían la inestabilidad en Italia para reclamar el trono del Sacro Imperio? Fuera cual fuese el desenlace, Brandt tuvo el sombrío presentimiento de que pronto él también podría estar de camino a Sicilia.

RUMORES DE GUERRA

Todos aguardaban en silencio en el comedor familiar. Los enviados imperiales habían llegado a primera hora de la tarde. Las decisiones que se hubieran tomado en la reunión con el padre de Sofía tendrían profundas consecuencias para todos ellos, incluido Brandt.

Los sirvientes no servirían la cena hasta que llegara el *graf* Dieter. No era habitual que su padre se retrasara y Sofía percibía la inquietud de su madre entretanto doblaba y desdoblaba su servilleta de lino. Lute mantenía la mirada fija en la puerta. Estaba inusualmente callado, aunque ahora ella comprendía que no era el vino lo que había apagado su ingenio, sino la aprensión. Kon tenía la cabeza inclinada en oración, las manos entrelazadas sobre el regazo.

Sus hermanos eran espadachines competentes, pero ninguno poseía el corazón de un guerrero. Johann había heredado las dotes diplomáticas de su padre; Lute, el espíritu alegre de su madre; y Kon… bueno, quién sabía de dónde había surgido en su hermano menor aquella inclinación estudiosa y vocación religiosa.

Johann y Kristina se sentaban tan cerca como lo permitía la decencia en el comedor. Sofía sospechaba que se daban la mano bajo la mesa. Su unión física parecía haber sido un éxito. Ambos se veían distintos, aunque Sofía no sabría explicar por qué. Kristina ya no era su compañera de juegos; ahora era la esposa de Johann, y el serio medio hermano al que siempre había querido era ya un hombre casado.

Anhelaba saberlo todo acerca de su unión conyugal. ¿Cómo sería dormir desnuda junto a un hombre? ¿Unir el propio cuerpo al suyo? Pero, por supuesto, jamás preguntaría. Había hablado con su madre sobre la teoría de tales asuntos, pero las intensas emociones y sensaciones privadas nunca habían entrado en la ecuación.

Sus pensamientos volaron hacia Brandt. No lo había visto desde el día anterior y deseaba que estuviera allí, sosteniéndole la mano mientras esperaban. Aunque él la hubiera apartado, una voz interior le susurraba que la amaba.

—Hemos visitado Rödermark esta mañana —dijo Kon de repente.

Lute frunció el ceño al oírlo.

—¿Se encontraba bien? —El corazón de Sofía dio un vuelco.

Un latido le golpeaba en la garganta. Era una pregunta absurda, propia de una necia aturdida. ¿Cómo iba a estar bien si seguramente sufría dolores atroces?

—Parece que mejora —respondió Kon—. Wendelin está satisfecha.

—Llevaba una de las camisas de Johann —refunfuñó Lute.

A Sofía se le cerró la garganta al imaginar el esfuerzo que le habría supuesto a Brandt ponerse una camisa, pero sus pensamientos, caprichosos, descendieron hacia la parte inferior de su cuerpo. ¿Seguiría desnudo bajo el lino?

—Una vieja —aclaró Johann, devolviéndola bruscamente de sus ensoñaciones sobre las regiones más íntimas de Brandt—. Wendelin me la pidió. Supongo que somos más o menos de la misma talla.

—Gracias, Johann —dijo su madre con una sonrisa—. Ha sido muy generoso por tu parte.

—Gracias, Johann —murmuró Sofía tras no saber qué pensar cuando Kristina le dedicó una amplia sonrisa y le guiñó un ojo.

—¿Y a ti qué te importa? —soltó Lute con brusquedad—. ¿Sigues encaprichada del franconio?

—Luther —replicó su madre con una voz severa que rara vez utilizaba.

Sofía no culpó a su hermano, avergonzado, por aquel comportamiento impropio en él.

—No pasa nada. Está tan preocupado como todos nosotros —comentó con suavidad.

Unas horas antes, la vida había sido despreocupada. Habían celebrado una boda en tiempos de paz, aunque sospechaba que su padre ya conocía los rumores de guerra y no había querido

ensombrecer los festejos. Sin duda, él, Lothair y Heinrich habían hablado de Ruggero de Sicilia. Cuando su padre, con el rostro adusto, entró en la estancia y ocupó su asiento habitual, fue como si un mago hubiese lanzado un hechizo de inmovilidad. Todas las miradas se clavaron en Dieter von Wolfenberg. Nadie respiraba ni hablaba. A Sofía se le revolvió el estómago.

Con un gesto, apartó al sirviente que aguardaba para servir.

—Más tarde. Déjanos.

Cuando quedaron solo los miembros de la familia, tomó la mano de su esposa.

—El emperador ha tomado su decisión. La campaña contra Ruggero de Sicilia comenzará dentro de dos meses. —Apretó la mandíbula—. El duque Heinrich lo acompañará. Como vasallo suyo, estoy obligado a aportar hombres a la contienda.

Johann rodeó los hombros de Kristina con el brazo cuando ella sollozó en voz alta y se apoyó en él. Lute dejó escapar un jadeo. Kon alzó las manos entrelazadas hasta su nariz temblorosa, pero no abrió los ojos. Una lágrima resbaló por la mejilla de Blythe von Wolfenberg.

Sofía sintió que la arrojaban a un pozo de desesperación. El corazón le ardía de angustia. Sospechaba que ni siquiera su padre sabía qué bando apoyarían los Staufen. Fuera cual fuese su decisión, era muy probable que Brandt también fuese enviado a Sicilia. Podía perder a sus hermanos… y al hombre al que amaba.

Era inútil negar que el destino había quedado sellado en el instante en que sus ojos se posaron en él por primera vez. Frente a esa verdad ineludible, Sofía comprendió de pronto que la elección que había hecho era la correcta. Si el obstáculo de Dorothea Rittenhuis podía superarse, se entregaría a Brandt sin vacilar.

—Lothair ha propuesto una reunión con los Staufen —carraspeó su padre justo cuando ella estaba a punto de hacer su declaración—. Con su apoyo, las probabilidades de victoria serían mayores.

Sofía tragó saliva.

—Solicita que invitemos a Friedrich y a Conrad aquí, puesto que el emisario de los Staufen ya es nuestro huésped.

Sofía comprendió —como todos los presentes— que una petición imperial no podía rechazarse y que la reputación de Dieter von Wolfenberg como diplomático era la razón por la que se había elegido aquel lugar para el encuentro. Muy probablemente, los duques habían olvidado incluso a quién habían enviado en su lugar a la boda.

PRIMER BESO

Brandt se aferró al colchón en un intento por acompasar la respiración antes de volver a meterse en la cama. El breve trayecto hasta la letrina para atender sus necesidades le había resultado tan agotador como una peregrinación a Roma. Beber grandes cantidades de té estaba muy bien, pero ¿cómo esperaba Wendelin que lograra pasar la noche?

La instalación interior, bien diseñada, era impresionante; una mejora que se proponía incorporar cuanto antes a la casa solariega de Rödermark. Ya estaba harto de retretes exteriores y orinales.

Si hubiera estado dormido quizá no habría oído cómo la puerta se abría y se cerraba con suavidad. No había luz en la estancia, pero sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Al parecer, no ocurría lo mismo con la persona que dudaba junto a la puerta, con la espalda apoyada en ella. Incluso sin verla, habría sabido que era Sofía. El pebetero ya no estaba encendido, pero en el aire flotaba aún un leve rastro de romero. Sofía traía consigo el embriagador perfume de la madreselva. Jamás volvería a aspirar el aroma de una flor de madreselva sin acordarse de ella. Su cuerpo también supo que era Sofía y reaccionó como cabía esperar. Se cubrió con la sábana de lino para ocultar su excitación.

Sin embargo, una doncella soltera debía estar en su lecho en mitad de la noche, no entrando en la alcoba de un hombre medio desnudo. Era su deber —con Dorothea, con su anfitrión, con su duque, con su padre— hacerle saber que la había visto, decirle que se marchara, sofocar cualquier esperanza de que pudiera existir algo entre ellos. Pero la deseaba con una intensidad que le robaba la voluntad de hablar. Aquella joven sajona había despertado en él anhelos y sentimientos que creía enterrados desde hacía tiempo bajo el peso del deber.

Ella dio un paso vacilante hacia él, escrutando la oscuridad, y luego inhaló hondo.

—Sé que estás dormido —susurró—, pero he tomado una decisión.

Otro paso más.

Él dejó de respirar. ¿Había ido a decirle que la lealtad a su familia y la fidelidad al imperio estaban por encima de cualquier sentimiento que pudiera albergar por él?

—Me entrego a ti, Brandt —susurró.

El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—Me he enamorado de ti. —El anhelo en su voz era un eco exacto del suyo—. Si existe alguna forma de que podamos estar juntos, dejaré a mi familia y mi país y te seguiré adondequiera que me lleves.

—Ven a mí, Sofía —gruñó con voz ronca. La oyó sorber por la nariz. Un impulso irrefrenable de besarle las lágrimas lo invadió.

Se oyó una respiración contenida. Ella miró por encima del hombro hacia la puerta. Temió que huyera y que él no pudiera hacer nada para detenerla. Apretando los dientes, se puso en pie, aferrando el lienzo cuando amenazó con deslizarse al suelo. Se apoyó en la cama y le tendió la mano.

—Ven a mí —repitió.

Ella acudió de inmediato y, para su inmenso alivio, tomó su mano. En aquel contacto de piel con piel se forjó un vínculo irrompible. La certeza de ello apaciguó el desbocado latido de su corazón.

—No importa qué obstáculos se interpongan, te haré mía —prometió—. Has traído luz a mi vida oscura.

Los ojos de ella, brillantes de lágrimas, centellearon en la penumbra. Se inclinó hacia él.

—Bésame —balbuceó, con la voz colmada de necesidad, anhelo y amor, los mismos que corrían por sus venas. Pero si se inclinaba para besarla, corría el riesgo de perder el equilibrio.

—Tengo que sentarme —murmuró con dificultad, tirando suavemente de ella cuando las piernas le fallaron y volvió a dejarse

caer sobre el colchón. Solo las costillas rotas le impidieron alzarla sobre sí. Sus labios se encontraron. Suaves, delicados, titubeantes.

—Sabes a vino dulce —susurró él.

—Tú sabes a sello de Salomón. —Ella deslizó el pulgar por su labio inferior.

La plenitud de sus pechos alivió el dolor de sus costillas, pero intensificó el latido ardiente en su virilidad. Ella volvió a besarlo, entreabriendo sus labios con la lengua. Era un gesto a la vez inocente y cargado de deseo, algo que, sin duda, nunca había hecho antes, pero…

Él atrapó su lengua con su boca, saboreándola, respirando al compás al mismo tiempo que ella dejaba escapar un suave gemido de placer. Sofía le rodeó el cuello con los brazos y se fundió en su abrazo. Brandt profundizó el beso, jubiloso cuando ella respondió con una succión intensa. Separó las piernas, le tomó las nalgas entre las manos y la atrajo más hacia sí.

—Así voy a hacerte daño, permíteme —la oyó susurrar cuando estuvo a punto de replicar que era un dolor que soportaría gustoso.

Su erección se volvió dura como el granito, dejándolo sin habla cuando unos dedos cálidos lo exploraron con delicadeza, solo el lino separando su carne rígida de la mano de ella.

—Yo tenía razón —bromeó—. Estás desnudo bajo el lienzo.

Un pensamiento inquietante se insinuó en el fondo de su mente. Quizá Sofía no era tan inocente como él había creído.

—Tu miembro es más grande de lo que esperaba —afirmó, apoyando la palma sobre su longitud—. ¿Puedo apartar la tela?

Brandt se sintió arder en un paraíso abrasador. Quería lanzar el lienzo al rincón más lejano de la estancia, prenderse de sus pezones, enroscarle las piernas a las caderas y hundirse en su virginidad. Ascenderían juntos al cielo.

Pero, en su estado, aquello era imposible. Tal vez solo sus dedos… Apostaría a que no le costaría encontrar el pequeño botón henchido…

—*¡Nein!*

No había pretendido alzar la voz, pero el brusco retroceso de Sofía le confirmó que lo había hecho.

—*Mein Schatz* —murmuró con dificultad, ansiando que volviera a tocarlo—. No podemos hacer esto, querida mía. Está el asunto de Dorothea…

«Y, además, eres demasiado osada, demasiado consciente para ser virgen».

Sofía apretó los muslos contra los suyos, apoyó las manos cálidas en sus hombros y lo miró a los ojos.

—Piensas que soy demasiado atrevida.

No supo qué responder. Sus piernas se tensaron alrededor de las de ella, sus manos se aferraron a su cintura menuda, pero su mente confusa no lograba articular palabras coherentes.

—Mamá me advirtió que esto podía suceder —continuó.

Tal vez despertaría pronto y comprendería que todo era un sueño. ¿Qué tenía que ver su madre con lo que estaba ocurriendo?

—¿Tu mamá? —repitió, perplejo.

Ella asintió.

—Me ha enseñado cosas que a los maridos les gusta que sus esposas hagan con su cuerpo.

Se equivocaba. No estaba soñando. Había muerto y había llegado al cielo.

AMIGO O ENEMIGO

La escapada clandestina al aposento de Brandt dio como resultado una noche inquieta. Sofía soñó sueños cálidos con sus besos, con el roce de su pulgar sobre sus pezones, con la firme y pesada virilidad entre sus manos. Pero también gritó en su desesperación cuando visiones aterradoras la arrancaron del sueño: su amado yaciendo muerto en el campo de batalla o compartiendo lecho con Dorothea. Le había confiado a Brandt su temor de que él y sus hermanos pudieran encontrarse en bandos opuestos en la guerra inminente. No le quedaba más remedio que aferrarse a sus palabras de consuelo: la amaba y jamás haría nada que pudiera herirla.

Llegó más tarde de lo habitual a romper el ayuno y, aun así, se sorprendió al encontrar solo a su madre y a Kristina sentadas a la mesa.

—¿No estarán mis hermanos todavía en la cama a estas horas? —preguntó, consciente de que el rubor le subía al rostro. ¿Adivinaría su madre que algo importante había ocurrido durante la noche?

Kristina le sacó la lengua.

—¡Mira quién habla! —le dijo con picardía—. Los hombres se han ido a comenzar su entrenamiento.

Pese al tono desenfadado de su amiga, Sofía percibió la angustia que se ocultaba tras sus palabras. En apenas dos meses, Johann emprendería el camino hacia Italia con las tropas imperiales. Otra posibilidad, que no había considerado hasta entonces, se insinuó de pronto, dejándola sin aliento.

—¿Papá marchará también con el ejército? —preguntó con voz ronca.

Habría dado cualquier cosa por borrar la aflicción que asomó a los ojos de su madre y que respondió por sí sola.

—Por supuesto —contestó—. Conoces lo bastante bien a tu padre como para saber que no enviaría a sus hijos a una campaña sin acompañarlos él mismo.

Sofía se aferró a la áspera madera de la mesa.

—Pero aquí quedaremos indefensas —declaró, con el corazón encogido. En su juventud, Dieter von Wolfenberg había sido un guerrero heroico, pero…

La posibilidad de perder a su padre, a sus hermanos y al hombre al que amaba amenazó con anegarla por completo.

—Serénate, Sofía —la reprendió su madre—. La histeria no ayudará a nadie.

Se arrepintió al instante. Era evidente que su arrebato había alterado a Kristina, que ahora lloraba abiertamente. Debía ser fuerte. Era una von Wolfenberg.

—Perdóname, *Mama*. Solo estoy preocupada —admitió, tomando la mano de su amiga—. Es injusto. Tú y Johann acaban de casarse, y Lute y Kon no tienen vocación de hombres de armas.

Se tensó cuando su padre entró en la estancia, impecablemente arreglado como siempre. La miró directamente al sentarse.

—A veces, cuando la diplomacia fracasa, los hombres deben luchar para proteger aquello en lo que creen —afirmó.

Como no parecía venir de los patios de entrenamiento, supuso que había estado ocupado con los preparativos para la posible reunión con los Staufen. ¿Era consciente de todo lo que estaba en juego en esos esfuerzos diplomáticos?

—Si Friedrich y Conrad aceptan venir —continuó, sirviéndose una generosa porción de venado frío—, calculo que tardarán quince días en llegar. —Cortó la carne y ensartó un trozo con su cuchillo—. Para ese momento, su emisario debería estar lo bastante recuperado como para levantarse y caminar.

Ella lo observó masticar, sin comprender qué relación había entre la recuperación de Brandt y la llegada de los Staufen. Seguidamente, su padre tragó.

—Puede que incluso esté en condiciones de marcharse con ellos. Ya sea como amigo o como enemigo. —Clavó la mirada en los ojos de su hija—. Por el momento, debemos considerarlo un enemigo.

Sofía bajó la vista, sintiéndose como una traidora.

LENGUAS SUELTAS

Brandt hervía de rabia. Sus sentimientos por Sofía habían nublado su juicio. O tal vez Wendelin había añadido algo más que sello de Salomón a su infusión. ¿De qué otra manera explicar que hubiera revelado sin reservas al *graf* Dieter su conocimiento de la decisión del emperador de lanzar un ataque contra Ruggero de Sicilia dentro de dos meses?

La declaración de Sofía había dado lugar a una noche colmada de visiones inquietas en las que hacía el amor con ella en todas las posturas que podía imaginar, algunas probablemente imposibles incluso sin sus heridas. La inesperada visita del conde a primera hora de la mañana lo había tomado desprevenido. Había balbuceado su pesar ante la idea de que sus hijos pronto partirían a la guerra. El *graf* no era ningún necio. ¿Quién, si no Sofía, podía haberle hablado del momento previsto para la inminente campaña?

Había pasado la mayor parte de su vida midiendo cada palabra antes de pronunciarla, y sin embargo había dejado entrever al padre de Sofía que ella había estado en su cámara desde que llegó la noticia del mensaje imperial… y que había traicionado una confidencia.

Debería explicar al *graf* Dieter que sentía poco aprecio por los Staufen, pero semejante confesión no lo haría ganarse el favor del conde, que sin duda despreciaba a los vasallos desleales a sus señores. Y era innegable que Rödermark se hallaba en el ducado de Franconia. ¿Sospechaba el padre de Sofía que su hija pretendía cambiar de lealtad por él?

La sensación era inquietante. Yacía indefenso en la casa de un hombre al que respetaba, pero que probablemente haría cuanto fuese necesario para proteger a su hija si creyera que alguien se había aprovechado de ella. Consideró decirle al *graf* que amaba a

Sofía, pero aquello no impresionaría a un héroe de guerra como Dieter von Wolfenberg. Le había prometido a Sofía que ningún daño alcanzaría a sus seres queridos por su mano, pero promesas así no eran fáciles de cumplir en el fragor y la confusión del campo de batalla. El *graf* lo sabía mejor que nadie. Su amor se marchitaría y moriría si él mataba o mutilaba a uno de sus hermanos… o a su padre. La sola idea le revolvía el estómago.

CONVOCADO

Las fuerzas de Brandt regresaron poco a poco durante los tres días siguientes. La fiebre abandonó su cuerpo, pero su corazón seguía atenazado. Sofía no había vuelto a visitarlo. Wendelin le permitió levantarse de la cama para dar breves paseos por la estancia, aunque insistía en servirle de apoyo. Él temía que, si tropezaba, acabaría aplastándola. Aparte de los sirvientes de Wolfenberg que le llevaban la comida, Drogo y Vidar eran sus únicos visitantes. Cuando Wendelin se ausentaba, les pedía que custodiaran la puerta para poder practicar caminar sin ayuda. El ejercicio se volvía cada vez más fácil, aunque se fatigaba con rapidez.

Los von Wolfenberg lo habían aislado deliberadamente. No los culpaba. Era su enemigo. Cuanto antes se marchara, más tranquilos estarían todos. Todos excepto él, y Sofía.

Se debatía entre el alivio y la desazón cuando Wendelin irrumpió en la cámara acompañada de su ayudante y su escudero. Drogo llevaba su ropa cuidadosamente doblada en los brazos. El día de su partida había llegado.

—El *graf* Dieter lo ha convocado —anunció ella de forma críptica —. Me preguntó si estaba en condiciones de caminar, y le dije que sí.

La perspectiva de presentarse ante el conde oliendo a enfermedad lo inquietó, pero sus preocupaciones se disiparon cuando dos criados entraron cargando una gran tina de madera. Otros cuatro los siguieron con cubos de agua caliente.

—Haremos que huela como es debido —cacareó Wendelin, arrugando la nariz mientras, con un gesto teatral, le arrancaba la sábana de encima.

Drogo lo ayudó a mantener los brazos en alto entretanto la anciana desenrollaba las vendas que le ceñían las costillas. Su mirada se deslizaba una y otra vez hacia la bañera humeante. Desde

luego resultaba tentadora… pero dudaba que la intención fuera bañarlo personalmente.

Wendelin arrojó la ropa de cama y las vendas a uno de los sirvientes y luego los despachó con un gesto impaciente.

—Lo dejo en las capaces manos de sus hombres —dijo antes de salir.

Fue un alivio. Había compartido barracones militares con Vidar y sus soldados, y, desde luego, su escudero ya lo había visto sin ropa en otras ocasiones. Rechazó la oferta de ayuda para pasar de la cama a la tina, aunque Drogo tuvo que sostenerle el codo mientras se hundía en el agua deliciosamente caliente. Los hematomas de su pecho y torso ya no estaban tan amoratados ni dolían tanto al tacto cuando se enjabonó el cuerpo. Su escudero le vertió agua sobre la cabeza y luego le lavó el cabello. Empezó a sentirse mejor.

—¿Desea que lo afeite, mi señor? —preguntó Drogo—. He traído su navaja.

Se pasó las uñas por el incipiente comienzo de la barba. Tal vez le daría un aspecto más fuerte durante la entrevista.

—*Nein*. Quizá más tarde.

Permaneció en el agua incluso cuando esta empezó a enfriarse, soñando con bañarse junto a Sofía. En cambio, cada vez parecía menos probable que su unión llegara a hacerse realidad. Su optimismo se desvaneció y terminó por resignarse a pedir a Vidar y a Drogo que lo ayudaran a salir de la tina. Ya no le quedaban fuerzas para secarse el cuerpo ni para peinarse, de modo que su escudero completó la tarea. Vidar rondaba por la estancia, aparentemente inspeccionándolo todo, aunque mantenía la mirada apartada.

Brandt lo comprendía. Vidar no era un ayuda de cámara, y probablemente le resultaba difícil, como soldado leal, ver a su señor atendido como si fuera un niño. Sospechaba que su ayudante aún se culpaba por lo sucedido. No le cabía duda de que ambos sufrirían la ira de su padre cuando este se enterara del ataque.

Tardaron un cuarto de hora en volver a vendarle las costillas con tiras limpias de lino que habían traído junto con la ropa, y aún más en vestirlo y calzarle las botas. Pero, una vez con sus propias

prendas —que, evidentemente, habían sido lavadas— se sintió más él mismo.

De nuevo rechazó la mano que Drogo le ofrecía para levantarse del borde de la cama y se puso en pie con cuidado. A decir verdad, le apetecía más volver a meterse bajo las mantas que enfrentarse al conde.

—Adelante, bruja —dijo tras respirar hondo al ver a Wendelin reaparecer.

Ella lo examinó de arriba abajo.

—Eres un joven apuesto. No me extraña que la *fräulein* Sofía…

Cerró la boca de golpe al advertir la mirada boquiabierta de Drogo.

—¿Bruja, yo? —replicó—. Tal vez. Las tijeretas hicieron su trabajo.

La siguió fuera de la estancia, sintiéndose algo mareado. Tragó la bilis que le subía por la garganta al entrar en el solar del conde y encontrarse frente a frente con todos los miembros varones de la familia von Wolfenberg.

***

Sofía recorría de un lado a otro la estancia de Johann, consciente de que Brandt había sido convocado para reunirse con su padre.

—¿Qué te parece? —preguntó Kristina desde un sillón bien tapizado que Sofía no había advertido hasta ese momento.

La miró, preguntándose si estaría buscando elogios por el bordado que sostenía en el regazo.

—Eh…

—La habitación —aclaró Kristina, señalando la cama—. He traído algunas de mis cosas.

Sofía examinó el espacio, sintiéndose culpable por haber estado tan absorta en Brandt que ni siquiera había reparado en la colcha de damasco con cojines a juego, el armario de dama, el sillón, el nuevo tapiz. Llevaba días sumida en una niebla de preocupación por su futuro, urdiendo planes para colarse en la cámara de Brandt, acosando a Wendelin con preguntas sobre su mejoría. Ni siquiera

había sido consciente de la llegada del mobiliario procedente de la casa de los Halden.

—Huele mejor —bromeó.

—¡Ya lo creo! Y también está más ordenada. Los hombres son criaturas desordenadas. —Su cuñada sonrió ampliamente.

Jamás había considerado a Johann, tan pulcro y meticuloso, una persona desordenada, pero en la voz de Kristina no había reproche alguno. Se sentía orgullosa de aquel pequeño espacio privado que compartía con el hombre al que amaba.

Sofía cerró los ojos e imaginó que atendía las necesidades cotidianas de Brandt. Se preguntó cómo sería su hogar en Rödermark. Su padre sonaba como un tirano, pero ella pronto lo conquistaría con su encanto…

Un pensamiento desagradable irrumpió en su ensoñación.

—Por cierto, ¿dónde está Johann?

Kristina vaciló, demasiado nerviosa para el gusto de Sofía.

—Está con Lute y Kon —respondió, sin apartar la vista del bordado.

—¿Y ellos están…? —Sofía apretó los puños.

—Con tu padre —susurró su amiga.

El corazón le dio un vuelco. Brandt debía de sentirse como un jabalí acorralado por cazadores en el bosque. Aquella entrevista era un juicio, y a ella no le habían concedido voz alguna. Así que eso significaba que podría elegir al hombre con el que se casaría. Salió apresuradamente de la estancia, murmurando su opinión sobre los malhadados varones de su familia.

***

Con las manos entrelazadas a la espalda, Brandt desplazó lentamente el peso de un pie al otro. Los tres hermanos, ceñudos, permanecían con los brazos cruzados y las piernas firmes. Por el leve temblor de la nariz de Kon, tuvo la impresión de que su corazón no estaba del todo en lo que fuera que hubiesen planeado; aun así, él se sentía como un zorro acorralado por una jauría ladrando.

El conde, serio, señaló una silla.

—Por favor, siéntate, Brandt.

Observó el asiento, alentado por el hecho de que von Wolfenberg hubiera empleado su nombre de pila. Sin embargo, los demás seguían de pie. Ser el único sentado lo colocaría en desventaja, pero dudaba poder sostenerse mucho tiempo más. Asintió y tomó asiento.

Los hermanos se colocaron detrás de la silla. El sudor le recorrió la espalda, aunque no temía por su vida. Habían tenido oportunidades de sobra para acabar con él. La espada que pendía sobre su cabeza, el destino que le revolvía las entrañas, era la posibilidad de que se le prohibiera volver a ver a Sofía. Frente a él había otra silla, pero el conde se dedicaba a caminar: cuatro pasos en una dirección, media vuelta, cuatro de regreso. De pronto se detuvo y lo miró fijamente.

—El emperador y el duque Heinrich llegarán aquí dentro de tres días —anunció.

No era lo que esperaba, aunque supuso que eso significaba que debía marcharse antes de entonces.

—Y también los hermanos Staufen.

Un escalofrío le recorrió la nuca.

—¿Los duques Friedrich y Conrad? —preguntó—. ¿Aquí?

—Vienen para una reunión —explicó el conde.

Encerrado en su lecho de enfermo durante días, Brandt había permanecido ajeno a lo que sucedía en el exterior, pero ahora la realidad lo golpeó como un rayo. Sostuvo la mirada del conde.

—La campaña contra Ruggero de Sicilia.

—No necesito explicarte la importancia del apoyo de los Staufen a los esfuerzos de Lothair por mantener el Vaticano fuera de las manos codiciosas de Ruggero.

—Desde luego —respondió Brandt, preguntándose cuándo su anfitrión llegaría al verdadero motivo de aquella entrevista.

—Te hablo como a un compatriota alemán profundamente preocupado por mantener el control del Sacro Imperio en manos alemanas —continuó el conde—. Y como al hombre que desea casarse con mi hija.

Brandt oyó un movimiento a su espalda. Uno de los hermanos carraspeó. No iba a permanecer sentado aceptando la insinuación apenas velada de que traicionara a su duque; debía ponerse en pie. Con la mandíbula tensa, se aferró a los brazos de la silla, dispuesto a incorporarse. Pero el conde tomó asiento en la silla frente a él.

—Escúchame primero —insistió, lanzando una mirada al trío silencioso—. Mis hijos están aquí únicamente porque se preocupan por su hermana.

—Yo también —replicó Brandt, esperando que su sinceridad resultara evidente—. Les aseguro, a todos ustedes, que jamás haría daño a Sofía de manera voluntaria. La amo. Ya le he explicado lo de Dorothea Rittenhuis. Si hay algo que pueda hacerse al respecto, lo haré.

—¿Y qué hay de los Staufen? —preguntó Johann.

Brandt deseó poder volverse y dirigirse a él directamente, pero sus costillas no lo habrían soportado. Apretó las manos sobre las rodillas y respondió al conde, consciente de que sus siguientes palabras podrían costarle a la mujer que amaba.

—Soy vasallo de Conrad Staufen. Sea cual sea su decisión respecto a Ruggero de Sicilia, le debo lealtad y seguiré su mandato.

Un latido le golpeó la garganta cuando una sonrisa asomó a los labios del conde.

—Mi hija ha elegido bien. Me alegra saber que eres un hombre de honor. Ahora debemos confiar en que Lothair logre convencer a los Staufen para que se unan a su causa… con nuestra ayuda, por supuesto.

Brandt dudaba que el duque Conrad prestara demasiada atención a lo que él pudiera decir, pero cuando el conde se levantó y le tendió la mano, se impulsó fuera de la silla y aceptó el gesto, procurando no tambalearse en exceso.

Los tres hijos de Wolfenberg se acercaron para estrecharle la mano cuando Sofía irrumpió en el salón. Le aferró el brazo y fulminó con la mirada a sus hermanos.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

—Sofía… —Él le dio unas suaves palmaditas en la mano.

Ella apretó con más fuerza.

—Me dan vergüenza. Chacales rodeando a un hombre herido que no puede defenderse.

El conde sonrió abiertamente.

—¿De qué te ríes, papá? Esto es cruel. Amo a Brandt… —Sofía estaba roja y temblaba.

A esas alturas, todos los hombres presentes en la estancia reían, aunque Brandt se conformó con una leve carcajada, no fuera a resentirse sus costillas aún en proceso de curación.

—¿Qué? —entonó Sofía cuando él le rodeó los hombros con un brazo.

—Sabemos que lo amas —dijo su padre—. Y él te ama a ti. Trabajaremos juntos para superar el obstáculo de los Staufen.

Aún jadeante, la joven sonrió con una felicidad casi incrédula.

—Sin embargo, Brandt deberá resolver por sí mismo el asunto de Dorothea.

La sonrisa se borró de su rostro, pero apoyó la cabeza en el pecho de él y deslizó los brazos alrededor de su cintura.

—Todo saldrá bien —murmuró Sofía.

Para Brandt, era la primera vez que podía mantenerse erguido y estrechar su cuerpo contra el suyo. Ella seguía temblando, pero el temor que había sentido por él le calentó el corazón. La intuición de que tenía razón apaciguó su inquietud.

LLEGADA TARDÍA

Para sorpresa de Brandt, fue invitado a compartir las comidas con los Wolfenberg.

—Agradezco su hospitalidad —dijo a su anfitriona al mismo tiempo que ocupaba su lugar a la mesa.

A pesar de las hebras grises que asomaban en el cabello de la *gräfin*, resultaba evidente de dónde había heredado Sofía su melena rubia y su sonrisa luminosa.

—Eres bienvenido —respondió ella—. Pero tú y Sofía no pueden sentarse juntos, y no deben considerarnos una pareja prometida.

Sofía se sonrojó y le lanzó una mirada de ojos muy abiertos al otro lado de la mesa que despertó en él un agradable cosquilleo.

—Por supuesto —replicó el joven con un guiño que esperaba que nadie advirtiera.

Durante dos días disfrutó del ambiente distendido que reinaba en la casa, a pesar de la reunión de trascendental importancia que estaba a punto de celebrarse allí. Disfrutó del sentido del humor de Sofía, de su rubor, de la complicidad natural con sus hermanos. Era un contraste absoluto con el ambiente de su propia familia, y saboreó cada instante. Respirar resultaba más fácil. Reír ya no le dolía tanto. Las fuerzas regresaban poco a poco.

Cuando Wendelin declaró que estaba en condiciones de montar durante breves periodos, él y Sofía salieron a cabalgar por el prado. Volver a montar a Löwe fue como reencontrarse con un viejo amigo tras una larga ausencia. El caballo avanzaba con cuidado, sin apenas necesidad de guía por parte de Brandt. Sofía estaba encantada con la mejoría de Mut. Mientras recorrían lentamente el camino hasta el río y de regreso, hablaron de muchas cosas. Él le habló de su hogar, de Rödermark y del valle del Main.

Ella compartió la historia del inusual encuentro de sus padres, del papel de su padre en las victorias de Andernach y Welfesholz. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando relató el desastroso primer matrimonio de él. Un escalofrío recorrió la espalda de Brandt. Aunque nunca había habido indicios de que Dorothea estuviera loca, sí era, desde luego, una mujer difícil. Ni él ni Sofía pronunciaban su nombre, pero su sombra estaba siempre presente. Pasó también largas horas conversando con el conde y su hijo mayor, agradecido de que permanecieran sentados durante las conversaciones. Nunca habían tratado personalmente con los Staufen y estaban interesados en conocer la opinión de Brandt.

—Apenas conozco a Friedrich —les dijo—, pero si es como Conrad, se rige ante todo por el orgullo de su linaje.

—¿Crees que aceptarán cumplir su compromiso con Lothair? —preguntó Johann.

Brandt tuvo por un instante la visión de la reacción explosiva de su padre ante una pregunta semejante. Meditó su respuesta, sintiendo una inesperada satisfacción al darse cuenta de que no era el hombre obstinado e irrazonable en el que su padre había intentado convertirlo.

—No me cabe duda de que los Staufen no han renunciado a la esperanza de que Conrad se siente algún día en el trono imperial. Consideran que era su derecho de nacimiento, como sobrinos de Heinrich V, sucederle. Fue él quien les concedió Suabia y Franconia en primer lugar. Nunca han aceptado la elección de Lothair.

El conde se llevó la mano al mentón, pensativo. Johann frunció el ceño.

—Perder la guerra contra Lothair les dolió y los obligó a abandonar sus reclamaciones —continuó Brandt—. Por el contrario, personalmente no creo que deseen que la historia los recuerde como hombres que quebrantaron un juramento solemne.

***

La familia se reunió, como de costumbre, para la cena la tarde en que estaban previstos la llegada del emperador y de su yerno. Su

ausencia mantenía a todos en vilo. A Sofía le resultaba evidente que nadie tenía apetito. Su madre parecía inusualmente cansada después de haber pasado horas con los cocineros intentando conservar la enorme cantidad de comida extra que se había preparado. Ella y Kristina habían ayudado, y había sido agotador seguir el ritmo del torbellino que era Blythe von Wolfenberg cuando se empeñaba en algo. Johann parecía haber adquirido la costumbre de tamborilear los dedos sobre la mesa. Kristina se tensaba cada vez que lo hacía, aunque no decía nada. Sofía supuso que era inevitable que incluso las parejas enamoradas encontraran pequeños hábitos irritantes en el otro, aunque ella aún no había descubierto nada que no le agradara de Brandt. Por su parte, Lute y Kon jugueteaban con la comida.

Sofía alzó la vista hacia su amado. Había creído que sus costillas estaban mejorando, pero ahora se mantenía rígido como una vara, como si cualquier movimiento le causara dolor. No le devolvió su tímida sonrisa. Solo su padre parecía relajado. Comía el venado con evidente deleite.

—*Gut* —pronunció—. Disfruten. Es el ciervo que el emperador abatió con su primera flecha. Un buen presagio.

—Es una lástima que Lothair no esté aquí para disfrutar del banquete —añadió con ligereza, tomando un sorbo de vino—. Llegará mañana, estoy seguro.

—Recuerdo bien el día de la cacería —dijo Brandt en voz baja tras fijar la mirada en ella, y los ojos de esta delataban que también él estaba pensando en la cascada. Parecía haber pasado una vida desde entonces, pero el recuerdo le devolvió la esperanza.

Era costumbre en la familia prolongar la sobremesa, disfrutando de la conversación sobre los acontecimientos del día y los planes para la jornada siguiente. Aquella noche, empero, la *gräfin* sugirió que todos se retiraran temprano para descansar bien.

—Dudo que eso ocurra —murmuró Sofía a Brandt cuando quedaron solos en el comedor. Se levantó y fue a situarse detrás de él. Apoyándose en su espalda, posó las manos sobre sus hombros y presionó con los pulgares los músculos tensos. Él dejó caer la cabeza hacia delante.

—Eso sienta bien —susurró con voz ronca.

—Espero no estar haciéndote daño al apoyarme así.

—Me gustaría poder decir que siempre estaré ahí para que te apoyes en mí, Sofía, pero hasta que resolvamos… —negó con la cabeza y aspiró profundamente.

—Lo sé —lo interrumpió—. Dorothea.

Brandt se puso en pie, tomó su mano y rozó con los labios sus nudillos.

—No debemos quedarnos aquí juntos. No sería respetuoso con los deseos de tus padres y, si sigues con tus atenciones, me veré tentado a besar algo más que tu mano.

Sofía asintió, viendo en sus ojos la misma necesidad intensa que corría por sus propias venas.

—Te deseo, Brandt, pero tienes razón. Duerme sabiendo que, pase lo que pase en los próximos días, siempre te amaré. Te deseo *gute nacht*.

***

Tendido en la cama, Brandt contemplaba las vigas oscuras del techo. Sofía le había deseado buenas noches, pero dudaba que lograra dormir. Por otro lado, Drogo roncaba junto al hogar, probablemente la única persona en toda la casa que había conseguido conciliar el sueño.

Calculó que debía de ser cerca de la medianoche cuando un alboroto estalló en el pasillo, lo bastante ruidoso como para despertar a su escudero. Se levantó y se puso la bata que había traído junto con el resto de su ropa desde el pabellón. Cuando abrió la puerta, Johann estaba a punto de llamar. Los sirvientes corrían de un lado a otro, algunos todavía ajustándose las túnicas.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Han llegado —respondió Johann, sin aliento.

—¿En mitad de la noche?

—Hubo retraso de algún modo. Ponte las botas. Debemos recibirlos.

Una bata no parecía la vestimenta más adecuada para saludar a un emperador y a un duque, pero como Johann iba vestido de manera similar, se calzó las botas con ayuda de Drogo y siguieron al hermano de Sofía.

Las mujeres de la casa estaban reunidas en la entrada. Sofía llevaba un camisón blanco con volantes que cubría cada parte de su cuerpo desde la barbilla hasta los pies. Incluso el cabello lo llevaba recogido bajo un gorro de dormir; aun así, la visión de ella lo alteró. En cuanto la *gräfin* vio salir de la casa a Johann y a Brandt, apresuró a Sofía y a Kristina hacia el interior.

—¡Necesitarán comida! —exclamó la mujer.

Sofía frunció los labios en un mohín, pero agitó los dedos en un pequeño saludo que él dudaba que su madre advirtiera.

Sonriendo para sí, volvió la atención al bucólico prado por el que él y Sofía habían cabalgado. Ahora era un escenario caótico. Los hombres levantaban pabellones y tiendas, reunían caballos nerviosos y asnos testarudos, y volvían a encender antorchas que llevaban días apagadas. Divisó al emperador y al *graf* Dieter avanzando hacia la casa. Lothair parecía alterado, aunque Brandt supuso que era comprensible dadas las circunstancias. No había tiempo de regresar a su cámara para vestirse, así que apretó los dientes, hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza.

—Alteza —dijo, ignorando la punzada en las costillas.

—Levantaos, Rödermark —respondió el emperador—. Dieter me ha dicho que has resultado herido.

Brandt se incorporó despacio, sorprendido de que, entre tantos asuntos de importancia, el padre de Sofía hubiera mencionado su paliza.

—Los Wolfenberg me han cuidado con gran dedicación —replicó —. Estoy mejorando.

—*Gut*. No puedo permitir que se ataque a emisarios de importancia. Se informará al duque Heinrich; se hallará a los culpables y serán castigados.

Brandt asintió, desconcertado ante la idea de que el emperador lo considerara una persona relevante. Cuando Lothair dirigió su

atención a Johann, Brandt recorrió con la mirada la escena infernal del prado, preguntándose dónde estaría el duque.

En medio del caos, Heinrich el Orgulloso —guerrero feroz, heredero aparente del trono imperial, uno de los hombres más poderosos de toda Germania— permanecía con las piernas firmes, sosteniendo a su hijo dormido contra el pecho. Tal vez aquel hombre tuviera también un lado más amable.

Lothair soltó una risita.

—No está nada complacido, sin embargo, de que el pabellón de los Staufen esté más cerca de la casa que el suyo.

Brandt decidió felicitar a Vidar. Sin proponérselo, su ayudante había conseguido irritar al arrogante Heinrich.

UN JUEGO DE ESPERA

Sofía y Brandt continuaron con sus excursiones diarias a caballo, aunque ahora debían tomar un camino más largo hasta el río. En cambio, su madre había sugerido que Lute y Kon los acompañaran. Aunque él empezaba a confiar en los hermanos de Sofía, su presencia hacía difícil hablar de sentimientos íntimos.

Podía ver que la curiosidad la consumía respecto a las reuniones oficiales a las que lo habían invitado desde la llegada del emperador, tres días atrás.

—¿Vas a contarme de qué han estado hablando? —preguntó por fin entretanto los caballos bebían en el Elba.

—A nosotros también nos gustaría saberlo —añadió Lute.

Brandt sonrió.

—Me preguntaba cuándo ibas a decidirte a preguntarlo —bromeó.

Meditó su respuesta. No era fácil ser directo, porque no entendía del todo por qué el emperador parecía tan interesado en sus opiniones sobre la proyectada campaña en Italia. Heinrich, en cambio, apenas le había dirigido la palabra, salvo para preguntarle, entre gruñidos casi ininteligibles, por los hombres que lo habían atacado.

—Hemos hablado de estrategia —dijo finalmente.

—¿Para Italia? —preguntó Kon.

—*Ja*. Al principio he de admitir que dudé en compartir mis ideas. No quiero que los Staufen piensen que he estado ayudando a un posible enemigo.

—Si es que llegan —declaró Lute—. Empiezo a pensar que no vendrán.

Brandt también había comenzado a preguntarse si su duque había decidido no acudir a las reuniones. Él y su hermano llevaban

dos días de retraso. Si no aparecían, solo significaría una cosa: los Wolfenberg y los Rödermark estarían en bandos opuestos en otro conflicto sangriento. Sofía insistía en que él era su destino, pero no podía permitir que abandonara a su familia por él, y menos aún con la cuestión de los Rittenhuis sin resolver.

Ella lo atravesó con sus ojos verdes, llenos de anhelo.

—Vendrán —afirmó con firmeza—. Tienen que venir.

***

Cuando regresaron a la casa, Brandt se dirigió al despacho del padre de Sofía, tras aceptar la oferta de Kon de ocuparse de estabular a Löwe. Se inclinó con galantería y rozó con un beso cálido los nudillos de ella antes de despedirse, y Sofía tuvo que conformarse con ese gesto. Percibió que incluso aquella leve reverencia le había causado molestia.

Ella y Lute dejaron los cuatro caballos al cuidado del mozo de cuadras después de que Kon prometiera asegurarse de que el hombre atendiera debidamente a sus monturas. El mozo no dejaba de quejarse de estar sobrecargado de trabajo, a pesar de que los nobles visitantes no habían llevado sus caballos a los establos.

A medio camino de la casa, su hermano se detuvo. Sofía se volvió, inquieta ante la incertidumbre que fruncía su rostro.

—¿Qué ocurre?

—No es justo —observó sus botas cubiertas de polvo.

—¿Qué no es justo?

—Lo tuyo… lo tuyo y lo de Brandt. Es evidente que es un hombre honorable, que sería un buen esposo. —Hundió el talón en la grava—. Y también es evidente que te importa… y que tú le importas a él, pero…

Alzó la vista con tal desasosiego que a Sofía se le encogió el corazón y apoyó las manos en sus hombros.

—Pase lo que pase, eres mi hermano, y siempre los querré, a ti, a Kon y a Johann.

—¿Incluso si alguno de nosotros tiene que matar al hombre que amas? —Apretó la mandíbula.

—Esto parece serio —dijo Kon, acercándose a ellos sin aliento.

Sofía apartó las manos de los hombros de su hermano y cerró los puños.

—Creía que estabas ocupándote de los caballos. —Lute fulminó a Kon con la mirada.

La nariz de Kon se contrajo.

—Lo estaba, pero apareció Vidar y le dejé el encargo. El mozo seguramente le tiene más miedo a él que a mí.

El corazón de Sofía ya latía desbocado tras la pregunta sin respuesta de Lute; ahora sangraba por el apacible Kon. De todos sus hermanos, era el menos hecho para la guerra. Aquello iba en contra de todo lo que creía.

—Estabas hablando de la campaña, ¿verdad? —dijo él, con la mirada saltando de ella a Lute y de nuevo a ella. De pronto sonrió—. No se preocupen. He rezado por ello. Todo saldrá bien. —Se alejó silbando con desenfado.

—Esperemos que tenga razón —murmuró Lute.

Sofía entrelazó su brazo con el de Lute, sorprendida por la aparente confianza de su hermano menor en el futuro.

—Tal vez sepa algo que nosotros no.

Lute se encogió de hombros, pero de repente se tensó, se llevó la mano a la frente para protegerse del sol y miró hacia la cabecera del valle.

—Polvo —observó, señalando las colinas—. Un grupo numeroso de jinetes. Los Staufen han llegado.

***

—Ya están aquí —exclamó Sofía, sin aliento, tras irrumpir en el despacho del conde, con las mejillas encendidas.

Sus hermanos entraron detrás de ella.

—Están entrando en el valle —explicó Lute.

El conde, el emperador y el duque se pusieron en pie. Brandt no estaba seguro de que sus piernas lo sostuvieran si intentaba hacer lo mismo. No era un hombre especialmente religioso, pero aun así había rezado con fervor para que los Staufen acudieran. Ahora, el día del juicio había llegado.

En los próximos días tendrían que tomarse decisiones trascendentales, decisiones que no solo afectarían a él y a Sofía, sino también a sus familias y a miles de personas en Alemania e Italia.

—Mantengamos la calma —dijo el emperador, aunque Brandt percibió la tensión en su voz—. Los recibiremos con la dignidad que merecen.

Heinrich resopló, apartó a su hijo lloroso de los juguetes con los que estaba jugando y salió a grandes zancadas. El emperador lo siguió.

—Ahora nos toca a nosotros, Brandt —dijo en voz baja el padre de Sofía y le tendió la mano.

Wolfenberg había sido elegido como sede de aquellas reuniones porque el conde Dieter gozaba de reputación como diplomático, como hombre de paz. No obstante, en los últimos días se había hecho evidente que también Brandt sería llamado a actuar como intermediario, como una voz en favor de la reconciliación.

Su padre consideraría aquella idea ridícula; incluso podría tacharlo de traidor a los Staufen. Pero Brandt se sentía extrañamente seguro. Había aprendido mucho en los días que había pasado junto a Dieter von Wolfenberg. Las cosas no siempre eran blancas o negras.

Aceptó la ayuda para ponerse en pie, pero estuvo a punto de perder el equilibrio cuando Sofía pareció salir del ensimismamiento que la mantenía detenida junto a la puerta y se lanzó a rodearle el cuello con los brazos.

—Sofía… —la reprendió su padre.

—No puedo evitarlo, papá. Tengo tanto miedo…

LA CARTA

Cuando los hermanos Staufen se acercaban a la casa solariega, el *graf* Dieter sugirió al emperador que Brandt se situara en primera fila para recibirlos.

—Será una señal de apertura —dijo.

Lothair estuvo de acuerdo, pero Heinrich mostró claramente su desagrado ante la idea, a pesar de que insistió en que su hijo de siete años permaneciera a su lado.

Cuando los duques desmontaron, Brandt se fortaleció al saber que Sofía estaba justo detrás de él. Se preguntó cuál sería su primera impresión de aquellos dos hombres ricamente ataviados a quienes muchos llamaban los «Hermanos Pavo Real». No en su presencia, por supuesto, y mucho menos delante del *graf* Gunther de Rödermark. Demasiado tarde recordó que debería haberle advertido sobre la discapacidad de Friedrich.

El emperador abrazó a los hermanos, primero a Friedrich.

—Amigos míos —declaró con efusividad—, bienvenidos a Wolfenberg. Confío en que el viaje haya sido agradable.

—Largo —respondió Conrad, sin esbozar la menor sonrisa.

—Demasiado para recorrerlo con este calor —añadió Friedrich.

—Conocen al duque Heinrich de Sajonia… y de Baviera —prosiguió el emperador, imperturbable.

Brandt tuvo que reconocer la sutileza de Lothair. Había recordado a los Staufen, sin decirlo abiertamente, la magnitud de los dominios de Heinrich. Los hermanos sabían muy bien que Sajonia y Baviera cercaban sus propias tierras por el norte y el este.

—Heinrich —saludó Conrad, mirando deliberadamente al niño de siete años y no al padre.

Friedrich no dijo nada. No era un buen presagio. A su espalda, Sofía susurró algo a su madre.

—Creo que aún no han conocido a nuestro anfitrión —continuó Lothair—. Permítanme presentarles al *graf* Dieter von Wolfenberg.

El padre de Sofía dio un paso al frente e hizo una reverencia.

—Mi familia y yo nos sentimos honrados de darles la bienvenida a nuestro humilde hogar.

Para sorpresa de Brandt, Conrad le tendió la mano.

—Von Wolfenberg. Su reputación lo precede.

—Espero que solo haya oído cosas buenas, alteza. —Dieter aceptó el apretón.

—¡En efecto! —Conrad rio, algo que Brandt jamás había presenciado.

Friedrich estrechó también la mano de Dieter. Brandt cerró la boca cuando el emperador lo tomó del codo para presentarlo, pero antes de que pudiera hacerlo, Conrad lo abrazó.

—¡Rödermark! Me alegra ver un rostro amigo —bromeó—. ¿Cómo te encuentras?

Sofía ahogó un suspiro. Brandt apretó los dientes, temiendo que el abrazo vigoroso de Conrad deshiciera el progreso logrado con sus costillas.

—Me encuentro bien, alteza. Los Wolfenberg han sido anfitriones generosos.

—No sé cómo lo has conseguido, pero gracias por asegurarte de que nuestro pabellón sea el más cercano a la casa —masculló el duque Conrad, hablándole muy cerca del oído. Luego avanzó para ser presentado a Johann.

—Nos reunimos con tu padre en el camino. —Brandt aún sonreía para sus adentros cuando Friedrich también lo abrazó, dándole unas palmadas contundentes en la espalda. Enseguida, metió la mano en su jubón y sacó un pergamino doblado—. Envía una misiva.

Brandt aceptó la carta con el corazón encogido. Gunther de Rödermark rara vez se tomaba la molestia de escribir. El contenido solo podía referirse a una cosa. Guardó el pergamino en su jubón y se volvió ligeramente para tranquilizar a Sofía, pero ella estaba haciendo una reverencia ante el duque Conrad.

***

El corazón de Sofía se detuvo en el instante en que oyó al duque Friedrich anunciar que traía una misiva de Rödermark. Hasta ese momento había estado absorta en su ojo ciego, preguntándose por qué no ocultaba la desfiguración con un parche. Por la rigidez de los hombros de Brandt al aceptar el pergamino, comprendió que no esperaba buenas noticias.

Lo vio acompañar a los Staufen hasta el pabellón de Conrad, una vez concluidas las presentaciones y las cortesías, y acordado que las negociaciones comenzarían al día siguiente. El emperador y el duque se retiraron a sus respectivos pabellones.

Sofía ayudó a su madre y a Kristina a supervisar el traslado de comida y refrigerios al pabellón destinado al banquete, aún levantado junto a la casa. Mientras tanto, no dejó de vigilar el ir y venir en torno al pabellón del duque Conrad. Criados con libreas de los Staufen transportaban muebles elaborados, incluidos camas y colchones que parecían más propios de una residencia opulenta que de una tienda de campaña, y dos sillas ornamentadas con brazos tallados. Pero ni rastro de Brandt ni de los duques.

La carta debía de estar quemándole el jubón con la misma intensidad que a ella le ardía el corazón. Le inquietaba pensar que quizá había tenido que permanecer de pie durante una hora, cuando solo había dos sillas.

—Deja de preocuparte —dijo su madre, devolviéndola a las tareas del banquete al aire libre—. La leerá en cuanto tenga ocasión.

Sofía se mordisqueó una uña.

—¿Y si…?

Su madre le apartó la mano de la boca.

—No empieces con esa costumbre. Preocuparte no cambiará mágicamente el contenido de la carta.

Por un instante, Sofía tuvo la idea descabellada de buscar a Wendelin. Tal vez la bruja pudiera lanzar un hechizo y… En cambio, su madre tenía razón. Debía confiar en que, cualesquiera que fueran los obstáculos que trajera la carta, ella y Brandt los superarían juntos.

***

En opinión de Brandt, los Staufen dedicaron un tiempo desmesurado a decidir el mejor lugar del pabellón para colocar las sillas ornamentadas que sus sirvientes habían introducido. Sintió alivio cuando por fin se pusieron de acuerdo y tomaron asiento, indicándole que se acomodara en la pequeña silla de campaña que ya conocía. No era especialmente cómoda, pero mejor que permanecer de pie. Esperaba una reprimenda por confraternizar con el enemigo, pero el duque Conrad desestimó con un gesto su intento inicial de explicarse.

—Nos interesa saber qué has averiguado sobre la proyectada campaña contra Ruggero. Tu padre estaba furioso cuando no regresaste de inmediato tras la boda. Se tranquilizó cuando mi hermano le explicó que probablemente te habías quedado para averiguar cuanto pudieras.

Los Staufen parecían convencidos de que había actuado como un espía eficaz, capaz de ganarse la confianza de los Wolfenberg y del emperador.

No ansiaba el momento en que descubrieran el verdadero motivo de su prolongada estancia. No tuvo reparos en compartir con ellos las diversas estrategias que había debatido con el emperador, pues sinceramente creía que había mucho que ganar si se unían a Lothair contra Ruggero. En cambio, dejó que fueran ellos quienes llegaran a esa conclusión. No eran hombres a quienes les agradara recibir «consejos». Deseaba que la reunión terminara para poder leer la carta de su padre. En el momento en que ya no parecía quedar nada más por tratar, les recordó la invitación a cenar en el pabellón exterior.

Brandt se puso en pie cuando los duques hicieron lo mismo.

—He oído grandes cosas sobre la hospitalidad sajona aquí en Wolfenberg —dijo Conrad, frotándose las manos—. Y la hija del *graf* es toda una belleza.

Brandt se tensó. Duque o no duque, si Conrad ponía una mano sobre…

—Una cosa más antes de retirarnos. ¿Por qué no abres tu carta? —lo interrumpió Friedrich.

Había esperado encontrar un momento de intimidad para examinar su contenido y ordenar sus pensamientos antes de hablar con Sofía. Ahora no tenía elección. Sacó la misiva, rompió el sello de Rödermark y desplegó el pergamino.

Recorrió la primera línea. Era propio de su padre esmerarse en el preámbulo, en el que ensalzaba su propio título y fechaba el documento destacando el año del «reinado del rey Conrad». El nombre de Brandt no aparecía. Su mente quedó en blanco al leer el mensaje conciso.

—No lo entiendo —dijo con voz ronca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Conrad.

—Rittenhuis ha roto el acuerdo. Dorothea va a casarse con otro.

Friedrich le dio una palmada en la espalda y, tal vez, incluso le guiñó un ojo.

—Has tenido una escapatoria providencial. Déjame contarte la historia tal como me la relató tu padre una semana después de que ocurriera, teniendo en cuenta que aún estaba furioso. Ambos sabemos que es un hombre de carácter impetuoso.

Brandt apretó la mandíbula. Se negaba a ser desleal, por muy complicadas que fueran las circunstancias familiares.

—Cuando los Rittenhuis descubrieron que habías partido hacia Wolfenberg, se enfadaron, como era de esperar. Tu padre les explicó que te habíamos enviado como emisario y que, por tanto, no tenían motivo para molestarse. Es más, opinaba que deberían sentirse honrados.

Brandt había previsto un enfrentamiento.

—La discusión fue subiendo de tono y, al parecer, Dorothea hizo algún comentario despectivo sobre el honor de los Rödermark.

«Nada sorprendente».

—Tu padre la acusó de deslealtad hacia mi hermano. Rittenhuis salió en su defensa. También es un hombre de temperamento volátil. Tu padre perdió completamente los estribos y arremetió contra su amigo de más de treinta años con el bastón. Se marcharon jurando no volver jamás.

Si Brandt daba rienda suelta a la risa que pugnaba por escapar de su pecho, quizá echaría por tierra la curación que Wendelin había

obrado. Había estado preocupado por cómo liberarse de las garras de Dorothea. El temperamento de su padre le había otorgado la libertad.

—Si me disculpan, altezas, debo mostrar esta carta a cierta hija de conde. —Hizo una reverencia breve, deseando compartir la noticia con Sofía.

Esta vez fue Conrad quien le dio una palmada en la espalda.

—¡Ah! Una alianza en ciernes. ¿Qué te dije, Friedrich?

ESCUCHA A LOS SAPOS

Brandt estuvo a punto de echar a correr hacia el pabellón del banquete. La impaciencia retumbaba en su pecho cuando descubrió que Sofía y Kristina estaban entreteniendo a los dignatarios. La familia también contemplaba la actuación, todos sentados de espaldas a él.

Ya no podía vivir así,
separado de la persona amada,
pues ambos eran como la madreselva y la vid.

La hermosa voz de Sofía vaciló apenas un instante cuando lo vio agitando el pergamino como un poseso. Él sintió el calor en el rostro de la antorcha encendida para ahuyentar la oscuridad creciente. No era de extrañar que ella se hubiera alarmado. A la luz vacilante debía de parecer el mismísimo diablo.

Se repuso enseguida, aunque un rubor se extendió desde sus mejillas hasta el cuello. Él se sorprendió pensando en unos pechos sonrojados cuando el *graf* Dieter se volvió. Su ceño se suavizó al verlo. Se inclinó para susurrar algo al oído de su esposa. Ella asintió, se levantó y se acercó a Brandt. Nadie pareció advertirlo. Incapaz de apartar la mirada de Sofía y sin encontrar palabras, puso la carta en manos de la *gräfin*.

Sofía continuó cantando, pero al observar a su madre, sus ojos se iluminaron. Él asintió como un necio.

Juntos, el árbol y vid perdurarán

Cantó con tal fuerza que Kristina la miró de reojo. El hijo de Heinrich se despertó sobresaltado y estuvo a punto de caer de la silla, pero su padre reaccionó con rapidez y lo tomó en brazos. El

niño parecía a punto de volver a dormirse cuando el emperador se levantó de un salto y encabezó los aplausos.

La *gräfin* le devolvió la misiva.

—Un obstáculo menos —dijo con una sonrisa.

Había aprendido por boca de Sofía que su madre conocía lo que era el amor profundo. La esperanza se avivó en su interior al pensar que reconocía el vínculo entre él y su hija. Pero su euforia fue breve cuando ella inclinó la cabeza hacia las sombras.

—Y ahora llegan los otros obstáculos.

Se volvió para recibir a Conrad y a Friedrich. Tendría que esperar el momento de cubrir de besos el rostro radiante de Sofía.

***

El banquete fue un éxito espectacular, teniendo en cuenta que enemigos acérrimos habían compartido mesa. Exhausta, Sofía permanecía junto a sus padres y hermanos observando cómo los dignatarios, ya saciados, regresaban a sus respectivos pabellones escoltados por sus guardias.

Todos respiraron con mayor tranquilidad cuando los sirvientes de los Wolfenberg, que habían alumbrado el camino, gritaron que todo estaba en orden. No convenía que un emperador que quizá hubiera bebido más de la cuenta tropezara en un campo lleno de surcos.

—Creo que ha salido tal como lo planeamos —dijo con entusiasmo su padre y besó la frente de su esposa—. Has hecho un trabajo magnífico, como siempre. El salmón ahumado estaba perfecto y las huevas de esturión, insuperables. Incluso el duque Heinrich quedó impresionado.

—Tenemos la fortuna de vivir junto al Elba —respondió ella—. Y de contar con buenos cocineros.

Era propio de ella no atribuirse en exclusiva el mérito de un éxito diplomático tan notable.

—Estoy orgulloso de ustedes. —Su padre estrechó la mano de Lute y de Kon, uno tras otro.

Ellos sonrieron y se alejaron. Luego dio una palmada en la espalda a Johann y besó a Kristina en la mejilla.

—Serás un magnífico *graf* y una espléndida *gräfin*.

Ella se sonrojó y se apoyó en su orgulloso esposo, que hizo una reverencia, y luego este rodeó los hombros de su mujer con un brazo.

—*Gute nacht* a todos.

—Y tú, hija mía —agregó el conde tras tomar las manos de Sohpia con voz emocionada—. Eres una joya.

—Gracias, papá —murmuró la joven, apretando sus manos—. Tú eres la principal razón de que la velada haya transcurrido con tanta armonía.

—Estoy de acuerdo —añadió el hombre que estaba a su lado, aquel cuyo contacto anhelaba.

Sofía había supuesto que la carta traía buenas noticias, pero ansiaba saber qué había borrado las líneas de preocupación que parecían marcar de forma permanente el rostro perfecto de Brandt.

—Brandt —declaró su padre, estrechándole la mano—. Estás en una situación difícil aquí, pero la has manejado con acierto. Te dejo para que saques a Sofía de su incertidumbre.

***

—Caminemos bajo la luz de la luna —sugirió Brandt, tomando a Sofía del brazo—. Me parece lo más apropiado.

—¿Apropiado para qué? —preguntó ella con impaciencia al mismo tiempo que él la alejaba de los sirvientes que recogían los restos del banquete.

Liberado de la tiranía de las decisiones de su padre, Brandt se sentía de pronto juguetón.

—La luna hace que salgan los sapos junto al Elba —bromeó—. Escucha.

Ella frunció el ceño, pero se quedó quieta, prestando atención.

—Tienes razón. Estoy tan acostumbrada a oírlos…

Él supo que se adentraba en terreno peligroso cuando ella cerró los puños, pero continuó.

—De algún modo, los aromas del jardín se perciben con más intensidad a la luz de la luna. —Alzó la cabeza—. Y mira esas

estrellas. No hay una sola nube en el cielo.

Sofía alzó brevemente el rostro, pero enseguida volvió a mirarlo, con la mandíbula tensa y los ojos entrecerrados.

—¿Qué decía la carta?

Él sacó el pergamino y sonrió.

—Estoy intentando crear un momento especial y a ti solo te preocupa…

Ella le arrebató la misiva, la abrió y recorrió el texto con la vista. El corazón de Brandt dio un vuelco cuando comprendió que ella había entendido el significado y lo miró bruscamente. Él hincó una rodilla en tierra.

—Cuando te cuente cómo se produjo mi liberación, te reirás —dijo, tomando su mano—. Pero por ahora, Sofía von Wolfenberg, quiero que recordemos la luz de la luna, los aromas, las estrellas, incluso los sapos, cuando contemos a nuestros hijos cómo me comprometí contigo y te pedí que fueras mi esposa.

Ella se balanceó levemente, mirándolo como si hablara en griego. Una posibilidad inquietante lo atravesó, revolviéndole el estómago.

—Entenderé si has cambiado de idea respecto a dejar a tus padres… y tu tierra. Puede que aún terminemos en bandos opuestos en una guerra.

—Amo a mi familia y me enorgullece ser sajona. —Sofía apretó la carta contra su pecho y lo miró a los ojos.

Brandt se puso en pie y la estrechó entre sus brazos cuando ella contuvo las lágrimas. Contuvo la respiración, aguardando el golpe final. Una cosa era declararse cuando la unión parecía casi imposible; otra muy distinta cuando había que tomar decisiones irrevocables. Tal vez había sobrestimado la profundidad de sus sentimientos. Si ella lo rechazaba, dudaba que sus piernas pudieran sostenerlo hasta su alcoba. Ella sorbió por la nariz, con la cabeza apoyada en su pecho.

—Puedo oír latir tu corazón, Brandt Rödermark, y me honra que lata por mí. Tú eres mi patria. Sin ti no habría vida. Mis padres lo comprenden. —Alzó el rostro hacia él—. Será un honor aceptar tu propuesta de matrimonio.

LA CASA DE VERANO

—Bésame —susurró Sofía—. He echado de menos tus besos.

Brandt la envolvió en su abrazo, inclinó la cabeza y reclamó con ansia los labios que había soñado con volver a besar mil veces. Ella se abrió con facilidad para permitir la entrada de su lengua persuasiva, succionando como un bebé que mama del pecho de su madre, tarareando complacida todo el tiempo.

Cuando ella tomó aliento, él jugueteó con su lengua y ella dejó que se la llevara a su boca.

—Sabes a caviar —murmuró roncamente cuando por fin se separaron, ambos jadeando.

Ella estiró el cuello para mirar al cielo.

—Si caminamos hasta la casa de verano detrás del huerto de hierbas aromáticas, podemos ver las estrellas sin que te duelan las costillas —masculló.

Brandt estaba más interesado en deleitarse con su virginal cuello, sorprendentemente blanco a la luz de la luna, pero tuvo que admitir que pronto necesitaría sentarse.

Ella soltó una risita nerviosa cuando la puerta de la pequeña construcción chirrió.

—No la hemos usado mucho este verano. Es solo lo suficientemente grande para los seis, y hemos tenido tantos visitantes este verano.

La sonrisa pícara que acompañó sus palabras envió sangre directa a su miembro.

—Eres una coqueta, Sofía —dijo, acomodándose en el banco de madera—. Quiero devorarte.

—Mamá me ha explicado cómo funciona eso —comentó con inocencia mientras él la sentaba en su regazo—. Dice que es muy… excitante. Estoy deseando probarlo.

Estaba demasiado oscuro para ver, pero estaba seguro de que ella se sonrojaba, como también lo hacía él. De hecho, el fuego recorrió todo su cuerpo y casi se consumió por completo cuando ella se removió. Él le apretó el muslo con la mano.

—Tendrás que mantenerte quieta —gruñó.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Lo siento. Tengo toda la teoría del amor, pero…

—No te preocupes —consiguió decir él de algún modo—. Yo te enseñaré.

—¡Bien! —exclamó ella, con su aliento cálido en el cuello del joven—. Quiero aprender a complacerte.

Él era consciente de que la casa de verano no estaba lejos del dormitorio de sus anfitriones. Era probable que despertaran a sus padres si la tomaba ahora mismo sobre el suelo de tablones. Pero si eso estaba descartado, quizás…

—El placer es para ambos —explicó, deslizando la mano bajo sus faldas y ascendiendo por su muslo. El calor de su suave piel contenía una promesa que casi no podía creer.

—Hay un pulso, latiendo por necesidad de ti —se le cortó la respiración.

Él sabía perfectamente a qué se refería, pero ella ya había recibido explicaciones y no quería malgastar energías en más. Cuando separó un poco más sus piernas, sus dedos encontraron fácilmente el pequeño botón duro que latía por él. Cubrió su boca entretanto acariciaba, los gritos de éxtasis de ella resonando en su garganta cuando ella arqueó la espalda y se liberó rápidamente. Su cálida humedad bañó su mano.

Ella quedó inerte en sus brazos mientras él besaba su nariz, sus labios, su frente, su cuello.

—Eres hermosa —gruñó.

—Fue incluso mejor de lo que mamá predijo —murmuró con un suspiro de satisfacción—. Ahora te toca a ti.

***

Sofía se arrodilló entre las piernas de Brandt y rozó con su nariz el bulto rígido de su entrepierna, preocupándose cuando él gimió.

—¿No lo estoy haciendo bien? —preguntó.

Él se inclinó hacia delante y le acunó el rostro entre las manos. Los escasos rayos de luna que penetraban las tablas de madera de la casa de verano resaltaban la tensión en su apuesto rostro, intensificando la preocupación de ella.

—Mejor que bien, Sofía, y nada me gustaría más que permitieras que te quite los calzones y dejarte ver lo efectivo que es tu tacto.

Ella apoyó la cabeza en su muslo.

—Pero…

Él la atrajo de vuelta al banco y le rodeó los hombros con un brazo.

—Ya habrá un lugar y momento mejores, cuando no tengamos que preocuparnos por molestar a tus padres. Podría gritar de euforia si continuamos.

Ella se acurrucó contra él, alisándose las faldas.

—Euforia es una buena palabra para lo que me hiciste sentir. Gracias.

—De nada, mi pequeña sajona —le dio un beso rápido en la cabeza

—También soy parte danesa —bromeó.

—Podría haberlo imaginado —rio entre dientes

—¿Por qué dices eso?

—Las mujeres danesas tienen fama de ser apasionadas. Mis antepasados vikingos eran de Roskilde.

—Mi bisabuela era danesa, pero no estoy segura de dónde exactamente. Se llamaba Ragna. Vino a Northumbria y se casó con un anglosajón, pero murieron junto con sus dos hijos cuando unos escoceses merodeadores atacaron su casa señorial. Dejaron huérfana a mi abuela.

—Trágico —dijo él, acariciándole el cabello—. Supongo que fue después de la invasión normanda. Tiempos peligrosos en Inglaterra.

Sus pensamientos se desviaron hacia la mujer que nunca conoció, pero a quien debía tanto de lo que era.

—Las monjas la acogieron y ella esperaba tomar los votos, pero entonces llegó mi abuelo. Ella lo cuidó hasta que se recuperó después de que lo hirieran en la batalla de Alnwick. Ella se llamaba Agneta.

—Ese es uno de tus nombres de pila —observó.

—Y Lute se llama así por mi abuelo, Caedmon. Se ahogaron en el desastre del Barco Blanco.

Permanecieron sentados largos minutos, el silencio roto solo por el croar lejano del Elba.

—No creo que mi madre lo haya superado nunca —reconoció finalmente—. Pero al menos tiene la daga de mi abuela.

—¿Cómo ocurrió eso? Tu madre vivía aquí cuando ellos murieron, ¿verdad?

—Sí. Mis abuelos regresaban de visitar a su nueva nieta —a mí— cuando se ahogaron. Sin embargo, unos años más tarde, mi tía Ragna emprendió un viaje para llevar la daga heredada a su hermana. Naufragó, pero finalmente mi padre trajo el arma aquí. Está colgada en la pared de la sala principal. Te la enseñaré mañana.

—Los matones que me atacaron robaron mi daga —confesó él—. Pertenecía a la familia de mi madre.

—¿Por qué no lo mencionaste antes? Debes recuperarlo —le apretó las manos.

—Parecía trivial, pero ahora sé que entiendes lo que significaba para mí.

Ella apoyó la cabeza en su hombro, doliéndose por su pérdida. Pero estaba cansada.

—Necesito mi cama.

—Yo también. Vamos, *prinzessin*, permíteme acompañarte.

—Qué curioso. Siempre se burlaban de tía Ragna en su familia con el apodo de «princesa vikinga salvaje», no porque fuera vikinga —nació y se crio en Inglaterra— sino porque era… bueno… salvaje.

Brandt la tomó del brazo y la guio hacia la puerta.

—Parece que aún queda mucho por aprender sobre tu tía.

—Así es. Pero ambos estamos cansados. —Ella se detuvo y miró hacia atrás, a la casa de verano—. Este pequeño lugar guarda muchos recuerdos felices. Ahora me ha regalado uno más.

Regresaron paseando, con sus brazos enlazados, por el camino bien iluminado.

***

Una vez en su habitación, Brandt no despertó a Drogo. Vestirse y desvestirse seguía siendo un proceso lento. Por fin desnudo, se sentó al borde de la cama y miró su miembro erecto.

—¿Qué voy a hacer contigo? —susurró.

Siempre había cuidado su cuerpo, lo había mantenido fuerte, pero ahora se sentía como Hércules. Había llevado a la mujer que amaba a su primer clímax; el aroma de su excitación aún permanecía en sus yemas de los dedos. Había renunciado a su propio placer. No era poca cosa dado el revuelo que Sofía causaba en su escroto. Ella encendía su sangre como ninguna mujer lo había hecho jamás. Y ahí residía su problema. Quizás Hércules, pero también era un mero mortal: débil y necesitado.

Se metió en la cama y se tumbó boca arriba, intentando convocar pensamientos desagradables y mantener las manos alejadas de su miembro. Dorothea vino a su mente, pero eso simplemente le hizo reír. Las imágenes del rostro airado de su padre le llenaron de lástima.

La invasión italiana. Un nudo se le apretó en el estómago. Lothair podría tener sesenta y un años y estar ágil, pero liderar una expedición militar a través de los Alpes italianos no era para los débiles de corazón. ¿Y qué decidirían los Staufen?

Se giró con cuidado hacia un lado. Sofía era suya, así que bien podía resignarse a dejar que las cosas siguieran su curso natural. Inútil preocuparse por lo que Conrad y Friedrich pudieran decidir o por la probabilidad de que despertara por la mañana con las sábanas húmedas.

NEGOCIACIONES

Las negociaciones comenzaron al día siguiente. Brandt esperaba sentarse con los tres duques, el emperador y el *graf* Dieter, pero el padre de Sofía lo sacó pronto de su error al mismo tiempo que desayunaban apresuradamente.

—Yo me reuniré con el emperador y con Heinrich; después te transmitiré sus planteamientos; tú se los llevarás a Friedrich y a Conrad.

Su instinto fue sugerir que sería más sencillo y eficaz que las partes se reunieran cara a cara, pero reconoció que el *graf* Dieter tenía más experiencia en diplomacia.

—Entonces supongo que les traeré sus respuestas para que usted se las comunique al emperador.

—Exactamente. Es un proceso lento, pero evita enfrentamientos airados, aunque no puedo garantizar que tus duques no se enfaden contigo.

Dudó un instante mientras el conde, guiñándole un ojo, se ponía en pie con pan y queso en la mano. Era importante pedir su bendición para casarse con Sofía, pero aquel no parecía el momento adecuado.

—Tengo mucho que aprender de usted —dijo.

El conde le dedicó una sonrisa curiosa.

—Con un poco de suerte pasaremos mucho tiempo juntos y podremos aprender el uno del otro. Ahora, los Staufen probablemente te estén esperando.

Lo vio alejarse con sus queridos perros, preguntándose qué podría aprender de él el *graf* Dieter, y terminó el último bocado de pan antes de dirigirse al pabellón de los Staufen.

Ambos duques lo aguardaban, tamborileando con los dedos sobre los brazos de las sillas de madera tallada. Brandt se quedó

boquiabierto ante la transformación que habían obrado desde su llegada. La amplia tienda de lona en la que él había dormido ahora le recordaba relatos sobre palaciegas moradas sarracenas. Alfombras costosas, cortinajes de seda, cojines… era difícil asimilarlo todo.

—¿Qué te parece nuestro pequeño oasis en el desierto? —alardeó Conrad.

Un leve resentimiento recorrió la espalda de Brandt. No habían considerado necesario ofrecer a su emisario ninguna de aquellas comodidades lujosas.

—Impresionante —respondió, esperando que no percibieran el matiz de irritación en su voz.

—¿Qué pedirán primero? —Friedrich clavó en él su único ojo.

Era un aspecto de las conversaciones que no había contemplado, pero había pasado suficiente tiempo con el emperador antes de la llegada de los Staufen como para conocer el plan imperial.

—Te recordarán tu compromiso de participar en cualquier futura campaña en Italia cuando le juraste lealtad en la Dieta de Bamberg el año pasado.

Friedrich se tensó. Conrad enarcó una ceja. Ya que los había provocado, decidió rematar.

—Cuando lo reconociste como emperador y él te concedió el perdón por haberle disputado el trono.

—Sabemos lo que ocurrió en Bamberg, pero… —Friedrich frunció los labios, parpadeando con rapidez con su ojo sano.

Conrad alzó una mano.

—Esperaremos a ver si Rödermark está en lo cierto. Ahí viene su escudero.

Drogo se detuvo en la entrada, con la boca abierta entretanto contemplaba el entorno.

—¿Me reclama el conde? —preguntó Brandt.

El muchacho tragó saliva, lanzando una mirada a su señor.

—*Ja*, mi señor.

***

Sofía pasó el día encantada con la labor de aguja, una ocupación que por lo general detestaba. En cambio, había aceptado de buen grado la invitación de su madre para sentarse con ella y con Kristina en el salón privado mientras cosían. Desde allí se divisaban los pabellones ducal e imperial, lo que le permitía observar a Brandt y a su padre entrar y salir. A juzgar por la severidad en los rostros de ambos cada vez que emergían a la luz del sol, las cosas no marchaban bien.

Al mediodía llevaron comida a los pabellones, privándola de la oportunidad de preguntar cómo avanzaban las negociaciones. Se pinchó el dedo varias veces, dejando manchas de sangre en el bordado. No era una buena señal.

—Ten paciencia —la reprendió suavemente su madre—. Tus suspiros constantes nos están poniendo nerviosas a todas.

Sofía dejó la labor sobre la mesa.

—Perdona, mamá. No se me da bien coser ni siquiera en el mejor de los días.

—Solo pensé que te mantendría ocupada.

Kristina alzó la vista de su trabajo, con lágrimas asomando en sus ojos.

—Pase lo que pase, eso no cambiará el hecho de que pronto todos nuestros hombres marcharán a la guerra.

Sofía se puso en pie, tratando de calmar la víbora que se retorcía en su vientre.

—Pero es importante que luchen en el mismo bando. Tú y yo no podemos permitir que nuestros maridos…

—¿Maridos? —Su madre levantó la vista con brusquedad.

Sofía cayó de rodillas a sus pies y apoyó la cabeza en su regazo, donde siempre encontraba consuelo.

—He aceptado casarme con Brandt, mamá —sollozó—. Sé que eso implica…

—Silencio, Sofía —respondió ella con dulzura—. Supe la primera vez que vi a Brandt mirarte al mismo tiempo que bailabas el *reigen* que estaba perdidamente enamorado. He visto antes esa expresión en los ojos de un hombre.

—Pero…

—Y cuando le cantaste en el carruaje, de regreso de Naumburg, era evidente que lo amabas. Me partió el alma verte tan angustiada.

Confortada por la caricia suave de la mano de su madre en su cabello, se dio cuenta de que Kristina se había arrodillado a su lado. Se incorporó y miró a su amiga de toda la vida.

—Lo siento, no quería complicar las cosas.

Kristina la abrazó.

—No tienes que disculparte conmigo, *blöde gans*. Me alegra inmensamente que hayas encontrado el amor… ¡en mi boda!

Su madre ayudó a ambas a ponerse en pie.

—Las tres somos afortunadas, y serías una necia, Sofía, si no sujetaras a Brandt con ambas manos. La Iglesia enseña que el hombre debe dejar a sus padres y unirse a su esposa, y lo mismo vale para las mujeres. Es una triste verdad que la mayoría no puede elegir con quién casarse.

—Ahora debemos averiguar qué traman los cocineros en las cocinas. A veces, una buena comida consigue lo que los hombres y sus reuniones no logran.

Cuando su madre salió, Sofía lanzó una última mirada al campo. Brandt eligió ese instante para cruzarlo con paso decidido. Su corazón se elevó cuando él la saludó con la mano, pero ya se había alejado antes de que ella pudiera devolverle el gesto.

—Es asombroso —dijo a su amiga, que la esperaba junto a la puerta—, la importancia que puede tener un gesto tan pequeño. Cuando me dijiste que Brandt había respondido a mi saludo la mañana en que partimos hacia Naumburg, supe que era el hombre para mí.

PAVOS REALES

Tras cinco días de idas y venidas infructuosas, Brandt empezaba a plantearse montar a Sofía en un caballo y cabalgar hacia… cualquier parte. El tiempo cambió al cuarto día y el cielo se abrió en una lluvia torrencial. El aguacero fue un alivio bienvenido para los campos resecos y el Elba, que discurría perezoso, pero el ir y venir de decenas de sirvientes, soldados y caballos convirtió el prado en un barrizal.

Brandt estuvo a punto de perder el equilibrio en más de una ocasión. Presentarse en el fastuoso pabellón de los Staufen empapado hasta los huesos y cubierto de lodo no le granjearía precisamente su simpatía. Los hermanos estaban ahora completamente absorbidos en supervisar a los criados que, con largas pértigas, empujaban la lona cargada de agua, provocando cascadas que se precipitaban desde el techo inclinado. El estandarte amarillo de los Staufen colgaba mustio desde lo alto; el león negro parecía más una rata ahogada que un símbolo de poder.

Brandt desesperaba ante la idea de que sus botas volvieran a estar limpias algún día, y una solución amistosa parecía aún más lejana que al inicio de las conversaciones. Con la lluvia habían llegado nuevas exigencias por parte de los duques Staufen, reclamaciones que, al parecer, no se les habían ocurrido al comienzo de las negociaciones. Cada noche aguardaba con ansia la sonrisa de Sofía y sus optimistas palabras de que todo saldría bien. La cena en la intimidad del comedor de los von Wolfenberg era el único rayo de luz en aquellos días sombríos.

Incluso el buen humor del *graf* Dieter parecía resentirse. Por eso, Brandt se sorprendió cuando el conde, con semblante relajado, lo recibió con jovialidad en su primer encuentro en el salón privado en el sexto día.

—Siéntate —dijo, señalando el sillón frente al suyo—. Es hora de ocuparnos de asuntos más importantes. Tengo entendido que debemos planear una boda.

Brandt no esperaba tener que informar de que los Staufen se negaban a ceder en ninguna de sus exigencias. Le mortificaba que en cinco días no hubiera encontrado la ocasión de hablar con el padre de Sofía sobre su propuesta y sus consecuencias. Recordó la incomodidad que había sentido sentado en aquel mismo sillón durante su anterior encuentro.

—No era mi intención ocultar mi afecto por Sofía —comenzó.

—No te preocupes —lo tranquilizó el conde—. Lo entiendo. Has estado concentrado en un papel nuevo para ti, el de diplomático… una tarea en la que destacarás con más práctica.

El elogio inesperado dejó a Brandt sin palabras.

—Y apenas creo que «afecto» sea la palabra adecuada para describir lo que sientes por mi hija. Al menos, eso espero.

Por fin, Brandt tomó asiento.

—No puedo volver jamás a una vida en la que Sofía no esté presente.

—Exactamente lo que yo dije de mi Blythe Lacey FitzRam hace muchos años. Conoces la historia, estoy seguro. —El conde se dio una palmada en el muslo y soltó una carcajada—. Mi difunto suegro… —Se detuvo para santiguarse—. Que su alma esté en la gloria… vino a Colonia a rescatar a su hija de mis garras. Pero vio lo que nosotros intentábamos negar: que estábamos enamorados. Nos dio su bendición. No fue fácil para una joven inglesa que apenas hablaba mi lengua comprometerse conmigo, un viudo con un niño pequeño, pero lo hizo, y hemos sido más que felices juntos. ¿Cómo podría negar a mi hija esa oportunidad de felicidad cuando veo cuánto se preocupa por ti? Además, me impresionó tu determinación de cumplir con tu deber y cabalgar hasta Naumburg, aunque te costara la vida —añadió con una sonrisa lacónica—. Aunque fue un tanto temerario.

Sus palabras dejaron a Brandt mudo y le hicieron comprender cuánto le había costado crecer con un padre hosco y egoísta.

Un sirviente entró con una bandeja en la que llevaba dos jarras de cerveza. El conde tomó una y le ofreció la otra a Brandt.

—Brindemos.

Brandt se puso en pie con rapidez y aceptó la jarra, preguntándose cuándo abordarían la intransigencia de los duques. Miró el líquido ambarino, inquieto ante la perspectiva de cruzar tambaleándose el barro hasta el pabellón de los Staufen.

—Propongo un brindis —declaró el conde, alzando la jarra—. Por un matrimonio feliz entre tú y mi hija, y por muchos, muchos nietos que alegren mi vejez.

Se detuvo y miró a Brandt de soslayo.

—Supongo que ya habrás advertido que las descendientes femeninas de Agneta FitzRam están… —se dio unos golpecitos en la barbilla— digamos, bien instruidas en materia de relaciones conyugales.

Brandt tragó saliva. ¿Cómo responder? Admitir que él y Sofía habían compartido momentos íntimos podría costarle caro.

El conde soltó una carcajada.

—No hace falta que respondas. Tu cara enrojecida lo dice todo. Créeme, no hay nada más satisfactorio que estar casado con una mujer apasionada, y salvo que me equivoque, Sofía es hija de su madre.

Desconcertado y, al mismo tiempo, extrañamente exultante, Brandt alzó su jarra y observó cómo el conde casi la vaciaba de un trago.

—Agradezco el brindis, pero debemos tener en cuenta que, si los Staufen se niegan…

—No se negarán —replicó von Wolfenberg, dejando escapar un eructo satisfecho—. Nunca tuvieron intención de rebelarse.

—Entonces, ¿por qué…? —Brandt frunció el ceño.

—Postura. Salvar las apariencias. Llámalo como quieras. Son pavos reales que se pavonean, pero al final todo es fachada. Agotaron sus recursos luchando contra Lothair la primera vez. Por eso perdieron la guerra. Lo sabes. Combatías en su bando. No tienen ni hombres ni dinero para emprender otra campaña contra él.

La ofensiva italiana les brinda la oportunidad de adquirir tierras, reponer sus arcas y regresar con botín.

—Usted lo sabía desde el principio. —Brandt se quedó mirándolo boquiabierto.

El *graf* Dieter sonrió.

—Por supuesto. Y el emperador también. Heinrich era el aguafiestas, como era de esperar, pero su antagonismo facilitó que los Staufen interpretaran su papel. —Alzó de nuevo la jarra—. Ahora, bebe.

Brandt sonrió y chocó su jarra con la del conde.

—Es usted conocido como el Lobo de Sajonia, *graf* von Wolfenberg, pero creo que es más bien un zorro.

El conde rio.

—Y creo que ha llegado el momento de que me llames *graf* Dieter. Al menos hasta que tú y Sofía se casen. Después podrás empezar a llamarme papá, si tu padre no tiene objeciones.

Brandt sintió cómo se le iba el color del rostro. Siempre se había dirigido a Gunther Rödermark como mi señor o vater, nunca como papá.

—No tendrá objeciones —murmuró con voz ronca—. Será un honor.

Alzó la jarra y apuró hasta la última gota de cerveza.

—*¿Gut?* —preguntó el conde.

—Muy buena —respondió, jadeando antes de dejar escapar un sonoro eructo.

El *graf* Dieter soltó una carcajada.

—Ahora, por favor, informa a los Staufen de que las negociaciones han concluido. Si no van a unirse a la campaña, más vale que regresen a casa.

***

—La lluvia ha cesado —anunció Blythe von Wolfenberg al entrar con brío en el salón.

Desde que, una hora antes, había visto a Brandt avanzar con paso vacilante hacia el pabellón de los Staufen, Sofía se había

esforzado por apartar la vista de lo que ocurría en el campo. Le partía el alma verlo pasar cada vez con menos esperanza en el rostro.

—Quizá sea un buen presagio —respondió, clavando la aguja en el *quilt* que representaba escenas de la leyenda de Tristán, labor que había comenzado junto a Kristina.

—Esta noche podremos agasajar a nuestros invitados en el pabellón exterior —comentó su madre.

Sofía alzó la vista con brusquedad. Los dignatarios no habían vuelto a cenar juntos desde el inicio de las negociaciones.

—¿Qué te hace pensar…?

—Mira. —Su madre señaló hacia la ventana.

A lo lejos, el duque Heinrich se dirigía hacia el río mientras una bruma extraña se elevaba del campo al secarse el barro bajo el sol. Su hijo cabalgaba sobre sus hombros. Sofía arrugó el trozo de algodón egipcio que sostenía en la mano.

—¿Por qué no está…?

Se tragó las palabras al ver a Brandt cruzar apresuradamente por el exterior. Alzó un pergamino enrollado en su dirección. Y sonrió.

Juntos, el árbol y la vid perdurarán.

—Está sonriendo —murmuró, temerosa de avivar la chispa de esperanza que latía en su pecho. —Se volvió con rapidez—. ¿Cómo lo sabías? ¿Papá dijo algo?

—Tu padre estaba convencido desde el principio de que se alcanzaría un acuerdo.

En ese momento, comprendió cuán poco sabía del papel de Dieter von Wolfenberg en el complejo y, a veces, peligroso mundo de las maniobras políticas entre los ducados. No le había dicho con suficiente frecuencia cuánto lo admiraba. Pero una inquietud la asaltó.

—¿Sabía Brandt que los duques acabarían cediendo?

—*Nein*. Tu padre quería ver cómo se desenvolvía en su papel de diplomático. Está muy satisfecho con tu futuro esposo.

—Debo ir con él. —Sofía sintió el impulso de alzar el vuelo como un pájaro liberado de su jaula.

—Todavía no. Él y tu padre aún tienen trabajo que hacer. —Señaló de nuevo hacia el campo—. Mira, se dirigen al pabellón del emperador. La celebración autocomplaciente allí se prolongará hasta bien entrada la tarde; después invitarán a los Staufen a unirse. Me sorprendería que alguno siguiera en pie cuando se sirva la cena.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas entretanto contemplaba a su padre cruzar el campo con paso animado, una mano apoyada en el hombro de Brandt. Armond corría junto a su amo, Amara flanqueaba a Brandt.

HÉRCULES Y AFRODITA

Tres semanas después

—Bien, hija, el sol de la tarde ha decidido asomarse tras el breve chaparrón de esta mañana. —El padre de Sofía le ofreció el brazo.

Ella lo aceptó y apretó su brazo, agradecida por la presencia de unos padres amorosos en el día de su boda.

—La lluvia es un buen presagio, pero me alegra que haya cesado.

—Después de todo, ninguna novia quiere llegar a la iglesia con los zapatos embarrados. —Kristina arreglaba con esmero el ribete de armiño en el escote del vestido rojo de Sofía.

—¿Lista? —preguntó su padre.

—Gracias, papá, por todo.

—No hay de qué. Solo lamento que tu boda no se celebre en la catedral.

Salieron por la puerta principal de la casa solariega en la que había vivido toda su vida. Wendelin aguardaba junto a algunos sirvientes del hogar.

—Que seas bendedida, *fräulein* Sofía —graznó la curandera, haciendo una pequeña reverencia.

—Nada de lo que pueda darte compensará jamás lo que has hecho por mí, Wendelin. —Sofía le ofreció la pequeña bolsa de cuero que había preparado para aquella ocasión.

—Estaba escrito que se recuperaría —insistió la anciana, negando con la cabeza—. Yo solo fui el instrumento.

—Aun así, acepta este pequeño obsequio.

Wendelin tomó la bolsa y la guardó en su chal. Sofía estaba segura de que aquella suma sostendría a la vieja durante años.

—¿Soñaste anoche? —preguntó la mujer en voz baja justo cuando la joven estaba a punto de reanudar la marcha.

Sofía se detuvo en seco. Había esperado soñar con bodas, con hijos en sus brazos. Wendelin sabría si mentía.

—Soñé que yacía sobre un campo de tréboles.

La anciana soltó una carcajada jubilosa.

—Es una buena señal. El trébol augura un matrimonio feliz y próspero.

Reconfortada, Sofía se volvió hacia su padre, intentando recordar de qué estaban hablando.

—Prefiero la iglesia del pueblo, con solo mi familia presente. Tu boda fue maravillosa, Kristina, pero es comprensible que Brandt no quisiera emprender de nuevo aquel viaje.

—Y si pienso en lo cerca que estuvo de la muerte en la catedral de Naumburg, no me extraña que no desee volver a poner un pie allí. —Su padre rio mientras echaban a andar.

Un escalofrío le recorrió la nuca. Había estado a punto de perder al único hombre imprescindible para su felicidad. Mejor no pensar en ello.

—Este entorno será más íntimo.

—Y, en cualquier caso, el emperador y los Staufen han enviado regalos espléndidos, aunque no hayan asistido —añadió Kristina con entusiasmo.

Sofía intercambió una mirada cómplice con su padre, pero ninguno mencionó la ausencia de obsequio por parte del duque Heinrich. Se detuvo un instante y miró a su cuñada.

—Tu amistad es el regalo más importante, Kristina.

Su amiga se sonrojó.

—Siempre seremos amigas, Sofía.

Su padre le dio unas suaves palmaditas en el brazo al tiempo que retomaban el paso.

—Procura tener paciencia con el padre Gebbert.

Sofía puso los ojos en blanco. El anciano sacerdote se había mostrado inflexible al insistir en que la boda no podía celebrarse sin el consentimiento del *graf* Gunther Rödermark, pero la perseverancia de su padre había acabado por imponerse y el clérigo había cedido.

Doblaron una esquina y la pequeña iglesia de piedra apareció ante ellos. Una multitud de aldeanos reunidos junto a la entrada

prorrumpió en vítores al verla, y el calor de aquella acogida le inundó el corazón. Brandt aguardaba en la puerta, espléndido con una túnica azul. Vidar estaba a su lado; detrás, sus hermanos, y Johann del brazo de su madre sonriente.

Se sentía en paz, convencida de haber elegido bien. El camino de su vida la había conducido hasta aquel instante.

—Él me completa —susurró a su padre.

Él apretó su mano antes de depositarla en la de Brandt.

—Sé feliz —murmuró con emoción, retrocediendo para situarse junto a su esposa.

El hombre al que anhelaba la contemplaba con un amor tan intenso que temió derretirse. La necesidad que él tenía de ella era bálsamo para su alma. Podía haber elegido a cualquier mujer, y sin embargo la había elegido a ella. El calor de su piel ahuyentaba el leve frescor otoñal del aire.

—Estás hermosa —masculló—. Gracias por vestir el traje rojo.

Estaba a punto de responder cuando el padre Gebbert se aclaró la garganta. La examinó de arriba abajo, evidentemente no tan complacido con el vestido como Brandt. Recordando el consejo de su padre, le dedicó una sonrisa dulce.

—¿Son ambos mayores de edad? —preguntó el clérigo.

La pregunta la tomó por sorpresa. Seguramente su padre había resuelto aquel asunto.

—Soy mayor de edad y el padre de Sofía está aquí para expresar su consentimiento —contestó Brandt.

—¿Por tanto existe consentimiento paterno?

El corazón le dio un vuelco.

—*Ja* —respondió Brandt con firmeza.

El sacerdote, al parecer, decidió no ponerlo en duda y ella se relajó.

—¿Os une algún parentesco que impida este matrimonio conforme a la santa ley? Es decir, ¿compartís un tatarabuelo o tatarabuela?

La pregunta era tan absurda que estuvo a punto de soltar una carcajada, pero supuso que el clérigo no hacía más que seguir el protocolo.

—*Nein* —rebatió Sofía. Brandt respondió lo mismo.

El sacerdote tomó una bandeja de plata del muchacho que estaba a su lado y la extendió hacia Brandt.

—¿La dote?

Vidar le pasó una pequeña bolsa que Brandt depositó sobre la bandeja.

—Al dotar a vuestra prometida confirmas tu voluntad de confiarle la administración de tus bienes —explicó el sacerdote.

—Así lo confirmo —aseguró Brandt.

Consciente de la cuantiosa suma que sus padres habían aportado como dote, Sofía se permitió una sonrisa traviesa dirigida a su amado al mismo tiempo que tomaba la bolsa de la bandeja y se la entregaba a Kristina.

—¿Tienen las coronas?

Vidar dio un paso al frente, sosteniendo con firmeza entre ambas manos una corona de laurel.

Kristina agitó ligeramente la corona que sostenía.

—*¡Gut!* —declaró el anciano sacerdote, sonriendo por fin—. Podemos proceder.

Colocó una mano sobre el hombro de cada uno y los acercó un poco más.

—Como debe ser —dictaminó—. El novio a la derecha, la novia a la izquierda, mirando hacia las puertas, puesto que Eva fue formada de la costilla izquierda de Adán.

Aparentemente satisfecho, trazó en el aire la señal del Salvador, alzó los brazos y comenzó el rito en latín.

Por agradecida que estuviera por el sol, Sofía empezaba a sentir calor. Quizá no había sido buena idea renovar el vestido rojo con ribetes de armiño, y además Brandt le había pedido que no se recogiera el cabello. Lo sentía como un manto pesado sobre los hombros.

Cuando llegó el momento de pronunciar los votos, Brandt colocó la corona sobre su cabeza. Siguiendo las indicaciones del sacerdote, se comprometió ante ella.

—Sofía Agneta von Wolfenberg, te tomo por esposa y te desposo. Te entrego la fidelidad y la lealtad de mi cuerpo y de mis

bienes. Te guardaré en la salud y en la enfermedad, en cualquier condición que Nuestro Señor disponga para ti, y ni en lo peor ni en lo mejor cambiaré hacia ti hasta el final.

Sonriendo ampliamente, Kristina puso la otra corona en las manos temblorosas de Sofía. El corazón le latía con demasiada fuerza cuando Brandt inclinó la cabeza. Colocó la guirnalda, deseando pasar los dedos entre aquellos rizos brillantes. Él se irguió y a ella le costó tragar cuando le cruzó por la mente la idea de que estaba desposándose con Hércules. A esa noción imponente le siguió un pensamiento travieso: no veía la hora de verlo desnudo. Se quedó mirándolo, hasta que advirtió que el sacerdote, ceñudo, aguardaba a que repitiera sus votos. Los recitó entre titubeos, sostenida por la firmeza de la mano de Brandt y por la sonrisa que asomaba a sus labios. Le pareció oír la risa contenida de su padre a su espalda.

Cuando el padre Gebbert los declaró marido y mujer, cerró los ojos y elevó una ferviente plegaria al cielo por el regreso seguro de Brandt desde Italia. Entonces, él la besó, con suavidad y respeto.

—Te amo —susurró Sofía.

Brandt le rodeó la cintura con el brazo y la condujo al interior de la iglesia para la misa. El perfume intenso y familiar del incienso ascendió hasta sus fosas nasales.

—Es increíble —balbuceó él—. Sigues oliendo a madreselva.

Sofía sonrió para sí. Algún día tendría que revelarle el secreto de la destilación de aceite de madreselva que preparaba Wendelin.

***

El repicar de las botas sobre la piedra, las nubes de incienso, el rito de la misa entonado en latín, el dosel bajo el que él y Sofía permanecían de pie… todo le recordaba a las bodas celebradas en la iglesia del pueblo de Rödermark. No estaba seguro de que, en su tierra, los aldeanos hubieran acudido en número tan alegre para su enlace, pero Sofía cambiaría aquella suerte cuando se convirtiera en *gräfin*.

Se volvió para contemplar a su esposa entre los párpados entornados, recordando su visión del ángel vestido de rojo. Sofía

había resultado ser, en verdad, un regalo. La corona de laurel había sustituido a la dorada. En lugar de una aparición angelical, parecía Afrodita, pero él confiaba en que, a diferencia de la diosa griega, Sofía sería fiel a su Hefesto.

Para la mayoría, Brandt debía de parecer un hombre apuesto, vestido con el azul de la pureza; pero Sofía conocía la hondura de las heridas ocultas en su interior y, aun así, lo amaba. Wendelin había sanado su cuerpo, pero Sofía lo había devuelto a la vida, había redimido su alma. La administración de las tierras de Rödermark se le había antojado como una roca gigantesca contra la que su nave podría estrellarse; ahora, en cambio, ansiaba devolverles la prosperidad con la ayuda de su esposa. En cambio, primero debía sobrevivir a la campaña de Italia. Cuando el sacerdote depositó la hostia sobre su lengua, rezó por el regreso seguro de todos aquellos a quienes Sofía amaba y se juró hacer cuanto estuviera en su mano para proteger a sus hermanos. Ahora eran también sus hermanos.

Más tarde, mientras el padre Gebbert se adentraba en el segundo cuarto de hora de su homilía, su mente se desvió hacia la noche que les aguardaba. La anticipación se agitó en su interior al preguntarse qué dulces secretos le tenía reservados Sofía. Luego se reprendió por aquellos pensamientos impropios y elevó otra oración al cielo para que Hefesto estuviera a la altura del ardor de su Afrodita.

LECHO NUPCIAL

La iglesia era demasiado pequeña para acoger a todos los aldeanos. Los que se agolpaban en la entrada lanzaron un alegre vítor cuando Brandt y Sofía salieron al exterior. Una campesina sonriente puso en brazos de Sofía a un bebé que lloraba desconsoladamente. Brandt frunció el ceño, pero ella lo tranquilizó.

—Es una costumbre local. Se aseguran de que sea fértil —le explicó. Aun así, suspiró aliviada cuando el pequeño clavó los ojos en Brandt y dejó de llorar—. Está claro que tienes buena mano con los niños —añadió, devolviendo el bebé a su madre.

Su marido se irguió con visible orgullo, y el corazón de Sofía rebosó de alegría.

Johann, Lute y Kon lo acogieron oficialmente en la familia, dándole palmadas en la espalda —quizá con demasiado entusiasmo, temió ella— pero Brandt aceptó las bromas con buen humor.

Su madre los reprendió por su efusividad y luego dio a su nuevo yerno un beso en cada mejilla.

—Confío en que cuidarás de mi pequeña —le advirtió con fingida severidad.

Brandt le devolvió el abrazo.

—Gracias a usted, espero disfrutar de muchos años felices junto a mi hermosa esposa.

La miró con curiosidad, pero Sofía no deseaba revelar que había puesto a Brandt al tanto de sus «conversaciones secretas».

—Sé una buena esposa para tu marido —bromeó su padre, estrechó la mano de Brandt y luego la abrazó.

—Pienso serlo —replicó con un guiño travieso.

Siguiendo las indicaciones de Lute, algunos aldeanos comenzaron a tocar chirimías y panderos, y la comitiva emprendió el

regreso a la casa. Los sirvientes los recibieron con reverencias y cortesías, y los cubrieron alegremente con semillas de cilantro.

Para Sofía, fue un recordatorio agridulce de que, tarde o temprano, tendría que abandonar aquel lugar tan querido para comenzar una nueva vida junto a Brandt en Rödermark. En cambio, decidió no dejarse llevar por ese pensamiento. Aquel era el día más feliz de su vida, y no permitiría que ninguna sombra lo empañara.

—Echarás de menos esta casa —susurró él al mismo tiempo que entraban.

—Lo haré —admitió ella, agradecida por su comprensión.

—Ahora —declaró su padre—, tu madre ha dispuesto que tomemos una copa del hidromiel de tu tío Aidan en mi solar.

—Es un placer especial —explicó ella a Brandt—. Mi tío vive en Northumbria, en la casa donde creció mamá, y elabora el mejor hidromiel con la miel de sus propias colmenas.

—En Franconia brindamos con hidromiel por los recién casados —respondió él—, pero no con una añada llegada desde el norte de Inglaterra.

Los sirvientes aguardaban con bandejas repletas de copas. Brandt tomó dos y le entregó una; después, los demás fueron sirviéndose al entrar.

Su padre alzó la suya.

—Por mi hermosa hija, Sofía Agneta Rödermark, futura *gräfin*, y por su esposo, nuestro nuevo hijo por matrimonio, Brandt. Bienvenido a la familia. *¡Prost!*

El brindis resonó en la estancia y las copas se vaciaron con rapidez.

—*Köstlich* —murmuró Brandt, relamiéndose—. Realmente suave.

Lute se apoderó de otra copa.

—Que nadie se quede sin llenar —animó—. Quiero brindar por mi hermana.

—Oh, oh. —Sofía dio un codazo a Brandt.

Su hermano le guiñó un ojo.

—Antes, debo advertir a tu marido. Sofía ha crecido con tres hermanos mayores a los que ha provocado sin piedad.

—*¡Nein!* —protestó ella—. Ha sido al revés. Excepto Johann, que nunca se burló de mí.

Las risas llenaron la sala.

—La verdad es que la hemos malcriado. —Lute adoptó un aire solemne.

Brandt soltó una carcajada.

—Entonces espero seguir malcriándola y ser el blanco de sus provocaciones.

—Bien dicho —exclamó su padre.

Pero ella se había perdido ya en la profundidad seductora de los ojos azules de su esposo.

Johann se aclaró la garganta, mirando de soslayo a Lute, que ya había terminado su copa.

—Como hermano mayor, es mi grato deber desear salud, prosperidad y felicidad a Sofía y a Brandt, y que sean bendecidos con muchos hijos sanos.

—Gracias —contestó Sofía—. Tengo la fortuna de contar con tres hermanos maravillosos, y admito que me han consentido mucho.

—Bien —dijo su padre, dejando la copa sobre la bandeja—. Su madre indica que todo está dispuesto en el comedor, si los novios desean encabezar la comitiva.

Mientras salían, Sofía respiró aliviada al ver a su madre disuadir a Lute de servirse otra copa de hidromiel.

Kon se acercó a su lado y le besó la mejilla.

—No he hecho brindis, pero sabes que te deseo toda la felicidad, querida hermana. Estoy decidido a no excederme esta noche.

Ella sonrió. Al menos uno de sus hermanos había aprendido la lección en lo que respecta a las bebidas embriagadoras.

***

—Me temo que nuestro sacerdote se está quedando dormido —le comentó la madre de Sofía a Brandt varias horas después—. Desea bendecir su lecho matrimonial antes de marcharse.

Era la excusa perfecta para llevarse a su esposa a la alcoba, pero comprendió con pesar que aún era demasiado pronto para

abandonar la reunión. Todavía no se había servido el postre y no quería parecer excesivamente impaciente.

—Se me ocurre algo —propuso Lute—. Se meten bajo el cubrecama, el clérigo bendice el lecho y se va, y luego regresan a la fiesta. Nunca sabrá que seguís vestidos.

—Es sorprendentemente buena idea. Hagámoslo. —Sofía aferró el brazo de Brandt.

El brillo en sus ojos avivó aún más el fuego que ya ardía en su interior. Se puso en pie. La conversación cesó cuando todas las miradas se volvieron hacia él.

—Padre Gebbert, ¿podría acompañar a mi esposa y a mí a nuestra alcoba para bendecir nuestro lecho matrimonial?

El anciano sacerdote asintió y el *graf* Dieter lo ayudó a levantarse. Lute y Kon le ofrecieron un brazo cada uno y casi tuvieron que llevar al clérigo en volandas.

Los recién casados se adelantaron, se metieron en la cama completamente vestidos y se cubrieron deprisa.

—Puede que no consiga contener la risa —admitió ella, con el rostro sonrojado a la luz suave de las velas.

Era la primera vez que Brandt entraba en la estancia donde su esposa había dormido desde niña. La pequeña conspiración también lo tenía algo exaltado, pero fue la habitación la que lo envolvió en una sensación de cálida bienvenida. Todo en ella evocaba a Sofía: los tapices con escenas alegres, el mobiliario sencillo, el leve aroma a madreselva en el aire.

—Esta cama es demasiado pequeña para ti —soltó una carcajada.

La puerta se abrió con un leve chirrido. Brandt le apretó la mano entretanto su esposa sofocaba otra risita. El tambaleante sacerdote entró acompañado de toda la familia, todos fingiendo gravedad. El padre Gebbert, aún sostenido por Lute y Kon, se balanceó a los pies de la cama, entonó una oración de bendición sobre ellos, aceptó el hisopo de manos de Johann y roció agua bendita sobre el cubrecama.

El padre de Sofía le dio efusivamente las gracias, le retiró el utensilio, se lo devolvió a Johann, lo tomó del brazo y se ofreció a

acompañarlo a la salida.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Brandt y Sofía apartaron el cubrecama de un tirón. La risa de ella le calentó el corazón, pero su estómago se tensó cuando, de pronto, lanzó un grito. Lute se había abalanzado sobre ella antes de que pudiera bajar de la cama y estaba levantándole las faldas.

Su enfado se disipó enseguida cuando Lute alzó en alto la liga de su hermana.

—¡La tengo! —exclamó triunfante.

—¡Luther! —lo reprendió su madre—. ¿En qué estabas pensando?

—Para mi novia —respondió él, algo avergonzado—. El hombre que regala a su amada la liga de una novia tiene asegurada su fidelidad.

—¿Novia? —exclamó Sofía, quitándose la media ahora que ya no tenía liga que la sostuviera—. ¿Quién es esa misteriosa mujer?

Lute se subió la liga por el brazo hasta el bíceps. Murmuró algo acerca del futuro, pero Brandt estaba demasiado absorto contemplando la pierna desnuda de Sofía como para prestar atención.

***

Con los años, Sofía y Kristina habían reído a menudo de su capacidad para adivinar lo que la otra estaba pensando. Miró al otro lado de la estancia a su amiga sonriente y esperó que su propio pensamiento resultara evidente.

Kristina lanzó una mirada cautelosa hacia la madre de Sofía.

—Cuando Johann y yo nos casamos, estábamos deseando quedarnos a solas —le murmuró a su suegra—. Si yo fuera Sofía, no querría volver al comedor.

«¡Te quiero, Kristina!»

Su madre vaciló, pero fue Lute quien tomó la iniciativa.

—¡Claro que sí, mamá! Los nuevos hermanos de Brandt están aquí para asistirle, y tú y Kristina son quienes deben preparar a

Sofía. Digo que lo hagamos ahora y dejemos que los recién casados disfruten de su noche de bodas.

Había un exceso de entusiasmo en su voz. Brandt frunció el ceño y cruzó la mirada con Sofía. Evidentemente, él también lo había percibido. Tras sostenerse la mirada unos instantes, asintió.

—¿Le parece bien, *gräfin* Blythe? —preguntó el flamante esposo.

Riendo, ella tendió la mano a Sofía.

—Por supuesto. Solo falta servir el postre y estoy segura de que… —miró a Brandt y se sonrojó—. Ven. —La condujo al guardarropa.

Johann hizo un gesto a Brandt para que le permitiera quitarle el jubón. Conforme su madre y Kristina la ayudaban a desvestirse y a ponerse el camisón de seda que las costureras habían confeccionado, Sofía comenzó a inquietarse por las risas que llegaban desde la alcoba.

—No me fío de ellos —dijo—. ¿Qué estarán haciendo?

—Son juegos de hombres —respondió su madre—. No te preocupes. Johann no permitirá ninguna broma pesada.

Kristina asintió.

—Estaba agradecido de que tu padre se asegurara de que tus hermanos no nos jugaran ninguna trastada.

A Sofía le pareció que la risa de su medio hermano resonaba tan fuerte como la de los demás, pero no oyó la de Brandt.

—Quizá estoy demasiado nerviosa.

—Las novias deben estar nerviosas —informó su madre, besándola con ternura—. Pero he hecho todo lo posible por prepararte.

—*Ja* —añadió Kristina—. Si no hubiera sido por…

Se sobresaltaron cuando la puerta de la alcoba se cerró de golpe y las risas cesaron de inmediato.

—Debo advertiros, damas: mis nuevos hermanos han robado mi ropa —anunció Brandt luego de soltar una sonora maldición.

La visión de su Hércules de pie, desnudo, a solo unos pasos, trastornó el corazón de Sofía… y algo más íntimo. Se indignó por él y, al mismo tiempo, se sintió arrebatadamente emocionada.

—Adiós a mi sensato marido —murmuró Kristina llevándose las manos a la boca.

—Debí saber que no podía confiar en ellos —se quejó su madre, aunque sin demasiada convicción—. Cierra los ojos; Kristina y yo te llevaremos a salvo. —Le guiñó un ojo a Sofía—. No te preocupes. No miraré.

***

Brandt no era ajeno a las bromas subidas de tono en los barracones militares. Sin embargo, que tres hombres lo despojaran de la ropa era una experiencia nueva. Aceptó las chanzas y los comentarios sobre sus atributos físicos con buen humor; al fin y al cabo, era su noche de bodas y más de una vez había lamentado no tener hermanos. Tenía la incómoda sensación de que algo se traían entre manos, pero aun así lo tomó por sorpresa que Lute le informara de que habían dejado una bata en el armario, especialmente para la ocasión. Por supuesto, cuando se volvió, ya se habían llevado hasta la última prenda y no había rastro de ninguna bata. No le importaba que Sofía lo viera desnudo. De hecho, la perspectiva intensificó aún más su ya más que evidente excitación. Pero la *gräfin* y Kristina…

Mientras urdía futuras venganzas contra los tres granujas, estaba a punto de envolverse en el cubrecama cuando su sonrojada suegra salió apresuradamente del guardarropa, con una mano cubriéndose los ojos y la otra aferrando con firmeza la muñeca de Kristina.

Desaparecieron en un instante. Pensó en asegurar la puerta, pero un jadeo atrajo su atención. A pocos pasos de él, vestida con un camisón que se ceñía a cada curva, Sofía lo contemplaba boquiabierta. Sintió el impulso de pavonearse como un gallo, pero en su lugar abrió los brazos.

—¿Te gusta lo que ves, *liebling*?

Ella se humedeció los labios.

—Nunca imaginé… es decir, no me había dado cuenta…

Deseoso de borrar su turbación con un beso, avanzó hacia ella, pero el delicado camisón ya había pasado por encima de su cabeza y

había caído al suelo antes de que él la alcanzara. Sofía imitó su postura. Brandt se detuvo y tragó saliva, hechizado por la visión de su desnudez. Pechos perfectos, pezones maduros y areolas tan claras como había imaginado.

—No te alarmes —logró decir, con voz grave—. Sé que soy grande, pero te prepararé…

Ella sonrió, sin apartar la mirada de su miembro.

—¿Por qué te digo lo que ya sabes? —bromeó, atrayéndola hacia sus brazos.

Ella se fundió contra él, llenándole las fosas nasales con su perfume y el corazón con más amor del que creía merecer.

—Tu piel está caliente —murmuró él con voz ronca, rozando su cuello con los labios.

Tal como había prometido, Sofía se deslizó hacia abajo hasta arrodillarse a sus pies. Cerró la mano en torno a su miembro y alzó la vista hacia él con una sonrisa seductora antes de envolverlo con la calidez de su boca.

Brandt afirmó las piernas y entrelazó los dedos en su cabello entretanto ella lo acariciaba y besaba con devoción, acompañando cada gesto con el movimiento de su mano. En aquellos instantes, su vida cobró un significado nuevo. Aquella mujer extraordinaria que lo llevaba al borde del éxtasis lo amaba, pese a sus inseguridades y resentimientos. Haber encontrado a una mujer que disfrutara del amor con una naturalidad tan inocente era un regalo que jamás habría imaginado.

—Soy la envidia de todos los hombres del mundo —susurró con voz quebrada.

Cuando la euforia estuvo a punto de desbordarlo, apoyó las yemas de los dedos en su cuero cabelludo y la apartó con suavidad. El amor en los ojos de Sofía le debilitó las rodillas.

—Quiero sembrar mi semilla en tu vientre —explicó.

—Hazme el amor —susurró ella.

La alzó en brazos y avanzó hacia la cama.

—Esta cama realmente es demasiado pequeña para los dos —dijo ella con un deje de nerviosismo.

En ese momento lo comprendió con toda claridad: aunque la madre de Sofía le hubiera transmitido abundante teoría sobre los hombres, la mujer que sostenía entre sus brazos seguía siendo doncella. Oh, se le había concedido el privilegio de ser el único en llevarla a la cima del placer. Elevó una silenciosa oración de gratitud al cielo.

—Nos arreglaremos —concluyó, depositándola sobre el cubrecama.

Separó con suavidad sus piernas y se arrodilló entre ellas, contemplando la delicada intimidad que se abría ante él.

—Relájate y déjame jugar.

Sonrió para sí. Sofía parecía completamente cómoda con su mirada posada en la parte más privada de su cuerpo. Era él quien debía serenarse antes de que el corazón —y algo más— le estallara.

—Me gustó cuando jugaste antes —insinuó, enroscando un mechón de cabello en su dedo.

—Eso fue solo el comienzo —contestó él con picardía.

Le había repetido muchas veces, en los días previos a la boda, que lo primero que haría sería saborearla. No tenía sentido perder tiempo. Era un momento que ambos habían esperado con ansia. Ella había cumplido su promesa; ahora le tocaba a él.

Se deslizó hasta arrodillarse en el suelo, rodeó sus muslos con los brazos y besó con la lengua su rincón más íntimo. Sofía se recostó, aferrando sus antebrazos, y dejó escapar un gemido grave desde lo más profundo de la garganta. Su sabor lo embriagó. Lamer aquella dulzura salina no era suficiente. La cubrió con la boca y dejó que su lengua explorara la delicadeza de su esencia. Había perfumado el vello de su monte con la secreta esencia de madreselva. Una necesidad urgente de poseer cada parte de ella lo dominó. Quería seguir deleitándose en su sabor, pero si no la tomaba pronto…

—Apoya el pie en mi hombro y rodea mi cintura con la otra pierna. —Volvió a subir a la cama y le sujetó el tobillo.

Ella obedeció, soltando un leve quejido cuando él la atrajo hacia sí y su miembro rozó la entrada de su intimidad. Sostuvo su pierna

extendida con una mano y acarició con el pulgar el centro palpitante de su deseo, mientras su sexo buscaba el umbral de su cuerpo.

Sofía ronroneó cuando la joya ardiente de su deseo se endureció bajo su caricia.

—Me encanta —murmuró, jugando con sus pezones tensos.

Él deseaba avanzar, pero se obligó a esperar.

—Pronto te dejarás llevar, *liebling*, y entonces cabalgaremos hacia…

El gruñido bajo de ella se transformó en un largo lamento. Impulsó las caderas hacia adelante y él se deslizó en la calidez de su interior palpitante. Rodeó sus muslos con los brazos y se entregó al impulso de poseerla, cuerpo y alma. Ella se aferró al mismo tiempo que él penetraba más y más hondo, sin apartarse siquiera cuando sintió que la delicadeza de su virginidad cedía.

—¡So… fía! —clamó cuando la plenitud lo desbordó.

Ella cerró los ojos y arqueó el cuello.

—Estoy cayendo —susurró con voz entrecortada.

—Te tengo —murmuró tras abrazarla y se hundió un poco más. Flotaron juntos en una dicha saciada.

Un escalofrío helado le recorrió la nuca cuando la puerta crujió al abrirse. La piel de Sofía se erizó al oír una risa amortiguada.

—¿Qué estarán tramando ahora? —gruñó y la cubrió con su cuerpo.

La puerta volvió a cerrarse con un leve chirrido. Su miembro satisfecho se deslizó fuera de ella y él se volvió.

—*Schiesse* —maldijo en voz baja—. Conejos.

***

Sofía se incorporó de golpe, sobresaltada al ver tres conejos marrones saltando por la alcoba.

—Voy a matar a Lute —exclamó, bajándose de la cama.

—No tendrás ocasión —replicó Brandt mientras acechaba a uno de los peludos intrusos—. Estará muerto en cuanto lo tenga entre mis manos.

Ella sonrió al darse cuenta de que, entre todas las enseñanzas maternas, no había habido ninguna mención a contemplar a un espléndido hombre desnudo persiguiendo a un conejo aterrorizado.

Se sentó en el borde de la cama y decidió disfrutar del espectáculo. Soltó un gritito cuando el animal se metió bajo el lecho. Brandt se arrodilló e intentó atraerlo hacia fuera. Al no conseguirlo, volvió a ponerse en pie.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó, apartándose el cabello de la frente—. ¿No vas a ayudarme?

Ella sofocó la risa que le burbujeaba en la garganta.

—Me temo que no puedo —respondió con fingida solemnidad—. Si empiezo a correr de un lado a otro, podría perder el cálido y delicioso regalo que acabas de dejar en mi interior, y no habría hijo. Además, me encanta verte correr desnudo, con todos esos músculos moviéndose…

Vio claramente el instante en que comprendió que se burlaba de él. Lanzó un chillido cuando Brandt se abalanzó sobre ella y la inmovilizó en la cama.

—¿Te estás riendo de mí, bribona? —La besó entonces con pasión, con amor, con hambre… y entre risas—. Supongo que este también debe ser algún rito local de fertilidad —dijo cuando por fin se separaron, sin aliento.

Ella frunció el ceño, sin entender.

—Los conejos —aclaró.

Seguía riendo cuando, desde la puerta abierta, lo vio ahuyentar a los conejos hacia el exterior.

—Esta vez voy a echar el cerrojo —declaró él con una sonrisa.

EPÍLOGO

Dos semanas después

Brandt despertó antes del amanecer el día en que él y sus cuñados partirían hacia Múnich. Desde allí comenzaría la difícil travesía a través de los Alpes. Sofía seguía dormida, acurrucada a su lado, con su espléndida melena desplegada sobre su cuerpo. La cama quizá fuese demasiado pequeña para dos personas, pero les había regalado una cercanía que él no deseaba perder. La urgente necesidad de recuperar su forma de combate le había arrebatado tiempo que habría preferido dedicar a su esposa. Ella no se había quejado y parecía disfrutar viéndolo practicar esgrima y luchar cuerpo a cuerpo con sus hermanos. Él la provocaba diciéndole que simplemente quería verlo sin camisa.

En el tiempo compartido, se habían deleitado haciendo el amor de muchas maneras distintas, cada una más intensa y satisfactoria que la anterior, entretanto descubrían lo que complacía al otro.

—Despierta, princesa dormida —le besó la frente y susurró con dulzura.

—No quiero despertarme —murmuró, sin abrir los ojos—. Si sigo dormida, no tendré que despedirme de ti.

Cuando se giró de lado, él le dio una palmada juguetona en las nalgas, lamentándolo al instante al sentir cómo su deseo respondía con ímpetu.

—Levántate. Te llevaré a un lugar mágico.

Ella se volvió boca arriba, con las piernas abiertas y una sonrisa insinuante.

—No a ese lugar mágico —la reprendió, divertido—. Vamos a la cascada.

—¿A mi cascada? —se apoyó en los codos.

Él apartó la mirada de sus tentadores pechos.

—Quiero despedirme allí como es debido. Solo tú y yo.

—Me encantaría. —Ella lo besó, ahuecando su rostro entre las manos.

Se vistieron deprisa y bajaron al establo. Drogo ya había ensillado a Löwe y a Mut y aguardaba sosteniendo las riendas de ambos caballos. Brandt le lanzó una moneda, que el muchacho atrapó con destreza. Montaron y salieron del patio.

—Me preocupa cómo le irá a Drogo —confesó ella. Era propio de Sofía preocuparse por un sirviente al que apenas conocía.

—Velaré por él —aseguró Brandt.

—¿Y quién cuidará de ti?

—Vidar es un soldado capaz. Ya he combatido a su lado. Y ahora tengo tres hermanos. Nos protegeremos unos a otros.

Cabalgaban en silencio el resto del camino, mientras los cascos de los caballos crujían sobre la alfombra de hojas caídas. El aire se había enfriado con la llegada del otoño, pero el invierno aún no había despojado a los árboles de todo su follaje. Deseó que el buen tiempo continuara durante la larga marcha hacia Italia. La tomó por la cintura y la ayudó a desmontar. Dejaron que los caballos pastaran libremente y avanzaron por el sendero hasta la cascada.

Habían regresado allí más de una vez desde la boda, aunque siempre acompañados por otros miembros de la familia. En una ocasión, él se había vengado de Lute ocultando su ropa y la tela con la que pensaba cubrirse tras el baño. Había disfrutado enormemente viendo a su colorado cuñado deambular en busca de sus prendas, cubriéndose con una enorme hoja de arce. Le reconfortaba que los demás von Wolfenberg hubieran reído con él. Lo aceptaban como uno más de la familia. Sonrió al recordarlo al mismo tiempo que, de la mano, se acercaban al estanque al pie de la cascada, se despojaban rápidamente de la ropa y se lanzaban al agua.

***

El constante fluir de agua fresca hacia el estanque mantenía el agua helada. Zambullirse siempre suponía un sobresalto, pero Sofía

disfrutó del calor del cuerpo de su marido al tiempo que tiritaba contra él.

—F… f… frío —balbuceó, apoyando la frente en su pecho.

—Enseguida te entraré en calor —bromeó él, alzándola sobre su firme miembro.

Cada vez que la había tomado desde su matrimonio, ella había sentido una profunda sensación de regreso al hogar, y aquel día no fue distinto. Flotaban unidos, fundidos como si fueran uno solo.

—Gracias por traerme aquí —susurró—. Mientras estés lejos, recordaré estos momentos, este lugar mágico.

—Y deberíamos intentar algo nuevo para que sea aún más especial —sugirió con voz ronca.

Ella sintió cómo crecía en su interior. Fuera lo que fuese lo que tenía en mente, lo había excitado aún más.

Afirmó las piernas y la giró como si no pesara nada. Sus pechos flotaban sobre la superficie del agua, y sus nalgas se apoyaban en el vientre de él.

—Ahora estira las piernas detrás de mí —murmuró— y apoya las manos en la roca.

Sofía jadeó cuando él se hundió profundamente en ella.

—Soy como un pez volador —dijo tras ahogar un grito en cuanto la penetró profundamente.

Y, en efecto, al poco volaba, sostenida por el agua y por las firmes manos de su amante en sus caderas. Cuando él alcanzó el clímax, gritó su nombre, como siempre hacía. El eco rebotó en las rocas y en su corazón, y supo que aquel sería el recuerdo precioso al que se aferraría entretanto rezaba por su regreso sano y salvo.

***

Fue una despedida sombría. El emperador había solicitado que el conde Dieter permaneciera en Alemania para coordinar los esfuerzos diplomáticos destinados a contrarrestar la influencia de Ruggero de Sicilia sobre el Papado. Brandt sintió con toda su fuerza el peso de ser considerado el soldado de mayor rango de la familia, sobre todo porque su experiencia se limitaba a las escaramuzas esporádicas

entre los Staufen y el emperador. Johann, Lute y Kon aparentaban valentía, pero al montar sus caballos era evidente que les costaba abandonar Wolfenberg.

Dos ejércitos invadirían los ducados italianos de Ruggero: uno al mando del duque Heinrich y otro bajo el liderazgo del emperador. El conde Dieter le insistió en que procurara que todos quedaran asignados al ejército sajón en Múnich, no al de Lothair. Aunque Brandt no sentía especial estima por las tropas de Heinrich, coincidía en que el duque era el mejor estratega militar, sin mencionar que tenía la mitad de la edad de Lothair. La *gräfin*, Kristina y Sofía lloraban abiertamente.

Drogo aguardaba con las riendas de Löwe en la mano. El muchacho, pálido como la ceniza, había vomitado varias veces. Él también se había ganado un lugar en aquel alegre hogar sajón. Brandt lo había librado de marchar con la infantería, aunque viajar junto a un asno cargado con odres de agua no sería precisamente cómodo. Vidar, ya montado, esperaba en el campo junto a los hombres de los von Wolfenberg y los Rödermark, con una expresión más severa de lo habitual. Entre la casa y el río no quedaba ni rastro de tiendas ni pabellones.

—Regresaré sano y salvo —prometió y apoyó la barbilla sobre la cabeza de su esposa, que sollozaba—. Te lo juro.

Así sufre y medita un amante,
si es fiel y está lejos,
de la dama cuyo corazón ha de merecer

Con la voz quebrada, ella respondió cantando el estribillo:

Amor mío, somos como el árbol y la vid,
yo moriré sin ti, y tú sin mí.

Se puso de puntillas, lo besó y se apartó para reunirse con su madre y con Kristina. Brandt tomó las riendas de manos de Drogo y montó su querido caballo. Tras una última mirada a las tres mujeres agrupadas, envueltas en cálidos chales, se volvió y señaló a Vidar que pusiera en marcha a los hombres.

Sentía el corazón encogido. Le parecía que se le había concedido una bendición infinita para después arrebatársela. Mientras la columna avanzaba fuera del valle, se preguntó si volvería a ver a Sofía alguna vez.

FIN